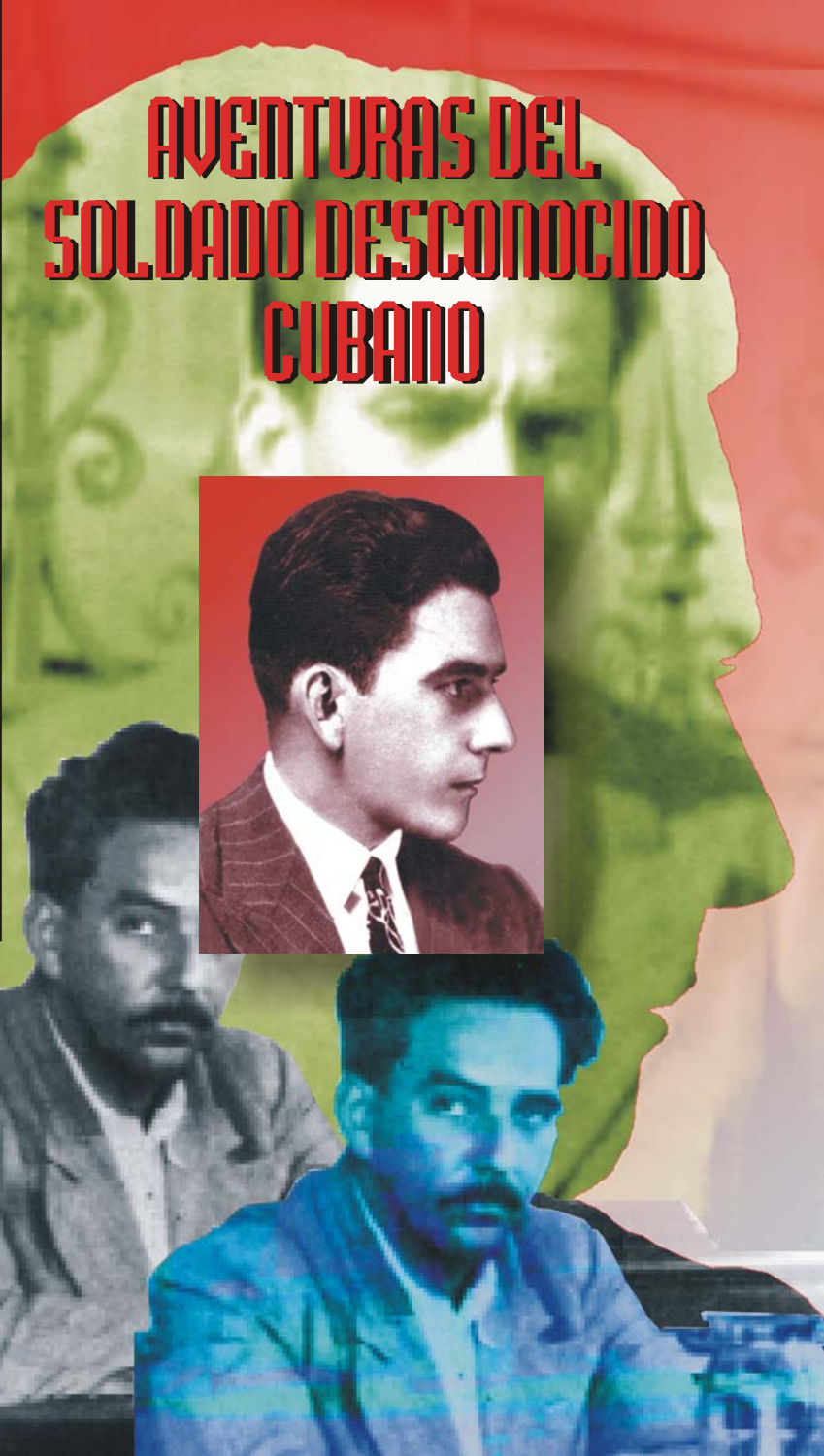


PABLO DE LA TORRIENTE BRAU

# AVENTURAS DEL SOLDADO DESCONOCIDO CUBANO



Edición: Emilio Hernández Valdés  
Diseño y cubierta: Héctor Villaverde  
Emplane computadorizado: Vani Pedraza García  
Composición: Aníbal Cersa García

© Sobre la presente edición:  
Ediciones La Memoria  
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*, 2000

ISBN: 959-7135-06-X

Ediciones La Memoria  
Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*  
Calle de la Muralla N° 63, La Habana Vieja,  
Ciudad de La Habana, Cuba  
Apartado 17012, Habana 17 C.P. 11700, Ciudad de La Habana  
Correo electrónico: [vcasaus@colombus.cu](mailto:vcasaus@colombus.cu) [vcasaus@artsoft.cult.cu](mailto:vcasaus@artsoft.cult.cu)

MEMORIA DE LA



P A B L O  
de la Torriente Brau

**AVENTURAS DEL  
SOLDADO DESCONOCIDO  
CUBANO**

**CRÍTICA ARTÍSTICA Y LITERARIA**

# AVENTURAS DEL SOLDADO DESCONOCIDO CUBANO

CRÍTICA ARTÍSTICA Y LITERARIA

PABLO DE LA  
TORRIENTE BRAU

PRÓLOGO  
DENIA GARCÍA RONDA



Centro Cultural *Pablo de la Torriente Brau*  
La Habana, 2000



## Prólogo

### *Aventuras del soldado desconocido cubano.* Novedad y trascendencia

*El 4 de agosto de 1936, Pablo de la Torriente Brau le escribe a Raúl Roa desde Nueva York: «Tengo casi concluso mis Aventuras del soldado desconocido, que son una coña terrible[...]».<sup>1</sup> Ya ha decidido irse a España, y pretende lograr que se mantengan encauzadas las múltiples tareas que se ha impuesto como revolucionario, incluyendo dejar encaminados los trabajos por la unidad de las izquierdas; garantizar la organización y el cuidado de los archivos de ORCA y del Club José Martí; terminar algunos artículos periodísticos y ensayos, y otras muchas gestiones, varias de ellas relacionadas con su ilusión de participar en la defensa de la República española.*

*El hecho de querer terminar esa, su única novela, en medio de tan febril actividad, tanto política como intelectual y personal, es algo que invita a la reflexión. Como lo es la aparente paradoja de escribir una novela contra la guerra y estar ansioso «hasta el insomnio» por participar en una, siquiera como corresponsal.*

*La negación de tal paradoja la ofrece, por una parte, el concepto del propio Pablo sobre las características de la guerra de España, contrarias a las que, de manera original, estaba criticando en su novela; y por otra la propia construcción de sentidos de Aventuras... que no*

<sup>1</sup> Pablo de la Torriente Brau, *Cartas cruzadas*, selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, p. 407.

*se limita, como veremos, a hacer un paródico diagnóstico de la Primera Guerra Mundial, sino un pronóstico de lo que podía pasar en el inmediato futuro, además de otras funciones ideoestéticas.*

*El triunfo de las fuerzas progresistas en España lograría, según Pablo expresó en varias cartas, variar el destino del mundo y dentro de este el de América Latina y especialmente el de Cuba, hacia donde «todo lo proyect[a]».<sup>2</sup> A Raúl Roa le dice:*

[N]o me cabe duda ninguna de que el mundo entero gira hoy alrededor de la revolución española. Si triunfa, el frente popular francés se robustecerá e, inclusive, podrá precipitar el engendro de revolución —de contrarrevolución— que sin duda hay en Francia; en general, la tinta roja se hará más intensa en Europa. Pero si la revolución se pierde, Francia verá todas sus fronteras rodeadas de fascistas; Alemania e Italia armarán precipitadamente a España; caerá el frente popular francés; y se romperá el pacto franco-ruso y será poco menos que imposible [evitar] la guerra contra Rusia. La resonancia de todo esto en nuestros pueblos coloniales es tan clara, que no hay que hablar de ello.<sup>3</sup>

*Y en otra:*

[L]a revolución cubana pende en estos momentos de la española; porque allí está el prólogo; porque si hay fracaso allí, podemos esperar un buen tiempo, probablemente ya, hasta que ocurra la gran crisis definitiva de Europa.<sup>4</sup>

*También a Ramiro Valdés Daussá le expone sus criterios:*

La importancia de la revolución española es mundial, y la guerra europea puede desencadenarse con ella; con respecto a Cuba, hay esa evidencia de la lucha del pueblo contra el ejército y por su liberación y por la conquista de todo lo que se le ha detentado sin razón ni derecho. En la América Lati-

<sup>2</sup> Ibidem, p. 417.

<sup>3</sup> Ibidem, p. 408.

<sup>4</sup> Ibidem, p. 417.

na, y aquí, nada se te ocultará de cuánto puede representar. Allí hay hoy pendiente este enigma, fascismo o socialismo. Y el triunfo de cualquiera de ambas cosas modificará toda la política europea y del mundo.<sup>5</sup>

*Su viaje a España y su inmediata transformación en un combatiente de la república no se oponen, de entrada, a los criterios vertidos en su novela. No se trata en ella de un pacifismo acrítico y absoluto, sino de una disección de las guerras hechas por ambiciones territoriales o de poder, —«matadero de bueyes anónimos», como diría Roa—, para descaracterizar sus mitos propagandísticos, y exponer su verdadera esencia.*

*Aunque Aventuras del soldado desconocido cubano quedó finalmente inconclusa, el desarrollo del capítulo V —relacionado con los avances del fascismo y con la casi segura posibilidad de una nueva confrontación mundial— hace pensar que la idea de la novela no estaba alejada del propósito de su autor de participar en la revolución española. Si de esta dependía el desencadenamiento o no de una nueva guerra en Europa, con intenciones similares a la anterior en cuanto a ambiciones territoriales y demagogias nacionalistas, pero seguramente mucho más definitiva del destino de la humanidad, el revolucionario Pablo de la Torriente tendría que participar en ella, porque «contribuir a la victoria española —que será dura y difícil— es contribuir a que el cuadro general de los acontecimientos cambie a nuestro favor».<sup>6</sup> De modo similar, mediante las específicas vías de comunicación del discurso literario, Aventuras... podría contribuir al esclarecimiento de las verdaderas intenciones de las potencias capitalistas en la confrontación que se avecinaba, y de paso vincularlas con la situación de Cuba y sus relaciones con los Estados Unidos.*

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 409.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 423.



*Sus indudables objetivos políticos han hecho olvidar, en muchos casos, los aspectos estrictamente literarios que convierten a Aventuras... en una de las novelas más originales y novedosas de la narrativa cubana. Ambos aspectos, sin embargo, no pueden ser separados sin afectar el resultado de la obra y la intención ideoestética de su autor.*

*Desde la estructura externa esta intencionalidad se hace evidente. La novela está organizada en dos grandes bloques: el «Prólogo» y la historia contada, complementarios en ese sentido. El primero, además de marcar el tipo de recepción que se espera, y de presentar el espacio, el tiempo y el personaje principal del relato, tiene la función de relacionar el contexto cubano —desde la política inmediata hasta aspectos de la idiosincrasia nacional— con los acontecimientos universales que centran la diégesis. El recurso más utilizado en esta parte de Aventuras... es la ironía. Mediante ella, el autor enfoca con sentido crítico la obligada subordinación de Cuba a los designios norteamericanos, sobre todo a partir de la Enmienda Platt, tomando como pretexto motivador la «participación» cubana en la Primera Guerra Mundial, y llevando hasta el absurdo humorístico la real rebaja del precio del azúcar para su venta a los aliados:*

[N]osotros, al sacrificar el precio de nuestro azúcar, hicimos factible el envío de esta en grandes cantidades a Europa, con lo cual, como fácilmente se colige, fue posible el que se les sirviera café a todos los soldados en las trincheras, trayendo esto como consecuencia, según la opinión de los más sesudos críticos militares alemanes y aliados, que los soldados de esta zona permanecieran desvelados largas horas, al paso que los soldados alemanes eran vencidos por el sueño, y enseguida derrotados por los asaltos nocturnos. Y todo ello, a causa de nuestro azúcar, por donde se ve nuestro gran aporte, no ya al triunfo de la guerra, sino a salvar la civilización.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Pablo de la Torriente Brau, *Aventuras del soldado desconocido cubano y otras páginas*, La Habana, Instituto del Libro, 1968, pp. 31-2.

*En una especie de mise en abîme preliminar, en el «Prólogo» se ofrecen claves que se desarrollarán en la historia, como la alusión —también irónica— al dominio de las grandes potencias sobre los pueblos pequeños. Al hacer variar los factores de la relación dominador/ dominado —y aparecer Cuba como un potencial peligro para la seguridad norteamericana—, se pone en evidencia, por contraste, el afán expansionista de los Estados Unidos, los subterfugios utilizados por su gobierno para justificarlo, y aun la condición neocolonial de la pequeña isla y de otros países latinoamericanos.*

*Del mismo modo, esa introducción alude a uno de los aspectos centrales de la novela: el relacionado con el concepto de héroe, en este caso refiriéndose al olvido en que la sociedad cubana de la época tenía a los verdaderos héroes de las luchas cubanas; en contraposición a la interesada algazara propagandística sobre los soldados desconocidos en el mundo desarrollado. Manteniendo el tono humorístico, Pablo «justifica» la escritura de este «libro de la guerra» mediante una reflexión que toca tanto el estado de la literatura en la época —aludido también en algunos relatos de Batey— como la desidia con que el discurso oficial mantiene en el olvido a las grandes figuras históricas:*

*¿Por qué habríamos de alardear de nuestro triunfo en la guerra mundial, si tan poco nos habíamos ocupado de nuestras propias guerras, las cuales, las pobres, apenas si han servido para que unos cuantos venerables devotos hayan ido malviviendo de los recuerdos de sus héroes, y eso, con la murmuración pública? ¿Para qué ocuparnos del aviador Rosillo, catalán de origen, pero cubano de corazón, que según aseguran algunos estuvo en Francia, si apenas nos hemos ocupado de José Martí, de Antonio Maceo, de Ignacio Agramonte y de otros del mismo prócer linaje? [...] Si tenemos un héroe, un artista o un sabio, allá él, que, después*

de todo, si tal ha resultado ser, será porque la naturaleza así lo quiso.<sup>8</sup>

*Finalmente, el «Prólogo» sugiere lo que, según mi criterio, constituye el punto focal de la intención ideotemática de Aventuras del soldado desconocido cubano, cuyo desarrollo quedó interrumpido al no poder ser concluida la novela: la convicción del autor implícito de la inevitabilidad de una nueva guerra mundial:*

Y si alguien alega que es muy tarde para salirse ahora con un libro de la gran guerra, que esto no sea obstáculo, porque, como la próxima gran guerra está al caer de la mata, como vulgarmente se dice, estos libros cubanos serán precursores de esa gran contienda y, alguna vez, habremos sido nosotros los iniciadores de una nueva corriente literaria.<sup>9</sup>

*Uno de los recursos que Pablo de la Torriente toma de su experiencia narrativa anterior es su inclusión en tanto personaje en el mundo presentado; o sea, el autor implícito crea un personaje-narrador que coincide —en una especie de desdoblamiento casi documental— con la experiencia de vida, ideas políticas, personalidad, y aun el nombre del autor real. De ahí que muchos críticos hayan visto una combinación de testimonio y ficción en Aventuras... Hay efectivamente, según mi criterio, una ruptura genérica, a partir del procedimiento de tomar hechos o condiciones del contexto referencial para que formen parte del relato; pero no creo que se pueda hablar de combinación o superposición de lo testimonial y lo ficcional, sino que lo que correspondería a la primera categoría se convierte en lo segundo al interactuar en un cosmos narrativo donde prima la ficción.*

*Esto se evidencia, sobre todo, en los diálogos del primer narrador —Pablo— con el verdadero sujeto del enunciado y de la enunciación, Hiliodomiro del Sol. Tomando procedimientos de la crónica y la entrevista,*

<sup>8</sup> Ibidem, p. 33.

<sup>9</sup> Ibidem, p. 39.

*el primer narrador conduce el relato, ubica el espacio, describe algunos lugares y objetos, y cumple una función de narratario implícito; pero los episodios que configuran la diégesis los narra Hiliodomiro. La presencia de este personaje —muerto en la guerra, pero actuante en la historia como un espíritu encarnado— define el carácter de la novela, la cual se puede catalogar, dentro de lo fantástico, en la tipología que reconoce la «presencia contrastiva de lo ordinario y lo extraordinario»,<sup>10</sup> es decir, ambos órdenes conviven en la historia, y lo hacen de manera armónica. En el «Prólogo», hay un intento de explicación «lógica» de la posibilidad de esa convivencia, a partir del espiritismo, lo que haría variar un tanto esa tipología. Tal justificación, sin embargo, debe ser tomada dentro de la intención humorística de la obra y no como un interés de otorgar categoría racional a los sucesos. La aparición de Hiliodomiro no responde a los métodos espíritas para convocar a los muertos, y su apariencia, salvo en los momentos en que se describe el proceso de su «condensación», no es la de un ser sobrenatural, sino el de una persona viviente.*

*Desde el punto de vista de la proyección semántica, la creación de ese personaje —narrador-testigo y evaluador de los acontecimientos que se desarrollan en la diégesis— es uno de los mayores méritos de Aventuras... Identificar al Soldado Desconocido de Arlington, supuesta representación de los héroes norteamericanos de la Primera Guerra Mundial, como un cubano mulato, pobre y descreído tiene más de una significación. En primer lugar, esas cualidades identitarias lo oponen polarmente al ideal de hombre norteamericano (blanco, anglosajón, rico, protestante),*

<sup>10</sup> Edelweiss Serra, «El cuento fantástico», en Catharina V. de Vallejo, *Teoría cuentística del siglo XX*, Miami, Ediciones Universal, 1989, pp. 222-41.

con lo que, de entrada, supone una transgresión de los valores que, según la propaganda, connota el soldado de Arlington, y de paso una especie de «venganza» satírica de los pueblos considerados inferiores. Hiliodomiro del Sol representa igualmente a sectores marginados del discurso sociocultural hegemónico de cualquier sociedad capitalista, incluyendo la cubana de entonces, por lo que, desde lo semántico, representa tanto a los «pueblos pequeños» como a aquellos grupos que supuestamente no tienen voz en los grandes acontecimientos de la humanidad. Su dibujo, en tanto personaje, como un «tipo de relajo» permite consolidar la proyección humorística de la novela y hacer más eficaces los recursos narrativos puestos en juego.<sup>11</sup>

Es él quien porta la visión paródica del «heroísmo» guerrillero al descaracterizar el mito de los soldados desconocidos, empezando por él mismo, quien ni era norteamericano, ni quiso ir a la guerra, ni murió en acción heroica. El relato acerca de cómo fue reclutado, su entrenamiento y su traslado al campo de batalla —literariamente un relato de enredos y malentendidos— es un excelente recurso para aludir a la conformación de los mitos, en este caso el de los héroes, en el imaginario colectivo, y de paso satirizar la demagogia de los discursos oficiales y su manipulación de la verdad histórica. Después de relatar cómo su indignación ante la aleccionada histeria bélica de la multitud fue entendida como gritos de ardor patriótico, confiesa:

<sup>11</sup> En el «Prólogo» se dice, cuando se califica al soldado desconocido cubano como «un tipo de relajo», que es «ni más, ni menos que cualquiera de nuestras grandes figuras». Es significativo que ese mismo año 1936, en un artículo titulado «El muñeco de turno», (*Frente Unico*, órgano de ORCA, año 1, no. 3, 28 de enero de 1936), Pablo se refiera a Miguel Mariano Gómez, presidente de Cuba en esos momentos, como «uno de los más notables tipos de relajo de la enciclopedia del choteo nacional», lo que le otorga un sentido adicional a la caracterización de Hiliodomiro del Sol. En el artículo hay también una valoración irónica del falso heroísmo, que lo emparenta con la novela que Pablo escribe ese mismo año.

Debo reconocer que yo fui el héroe del embarque. Mi nombre corrió a todo lo largo del regimiento y me llamó el Coronel para felicitar me por mi ardor patriótico, reconociendo delante del Estado Mayor la tradición bélica del pueblo cubano y el heroísmo de Roosevelt en la batalla de San Juan y el Caney, donde unos cuantos españoles bragados pusieron en ridículo a los yanquis que tuvieron que apelar, por último, a la astucia y la audacia de los mambises de Calixto García.<sup>12</sup>

*Otro tanto pasa en el episodio de su llegada a Europa y su encuentro con el mariscal Joffre, cuando —en medio de los gritos y vivas de la tropa a Francia y a los Estados Unidos—, introduce La Chambelona. La explicación de Hiliodomiro a Joffre del sentido de la conocida guaracha de los liberales es un verdadero collage de referencias que logra un resultado cómico y que —ante la credulidad del Mariscal y del resto de los miembros del regimiento— evidencia el total desconocimiento sobre los pueblos no europeos, y la consecuente discriminación a que son sometidas su cultura y su historia.*

[Y]o salí con facilidad del apuro, explicándole que *La Chambelona* era el grito de guerra de los más feroces indios siboneyes, cuyo desayuno consistía en un daiquirí de corazón de español y pólvora de arcabuz. El mariscal Joffre, emocionado por el símbolo sangriento del himno de mi país, recordando que ciertos pueblos salvajes se frotan la nariz en señal de amistad, delante de todo el Ejército primero me besó ambas mejillas a la francesa y luego se frotó ampliamente conmigo la nariz, pensando que este era el saludo que correspondía a las feroces tribus cubanas de *La Chambelona*.<sup>13</sup>

*Además de los hechos, que van argumentando por sí mismos la falacia de la heroicidad de los combatientes y de su inmolación voluntaria en la Primera Guerra Mundial, el autor implícito expone a través de Hiliodomiro*

<sup>12</sup> Pablo de la Torriente Brau, *Aventuras del soldado desconocido cubano y otras páginas*, ed. cit., p. 50.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 54.

*—con una argumentación que lo obliga a justificar la capacidad teórica de su personaje— su concepto de héroe y las razones para su manipulación en y después de esa confrontación bélica. En uno de los fragmentos más significativos de la novela —tanto, que se puede considerar su síntesis temática— se dice:*

La guerra mundial ha sido la única que no ha tenido héroes... Fíjate que es curioso... Y es lo siguiente: ¿Tú conoces la leyenda de algún buey héroe, que se haya rebelado en el matadero? Pues eso fue lo que pasó. Como la Guerra Mundial no fue más que un matadero en donde el heroísmo revisitó una forma negativa, una forma que nunca ha tenido: la resignación, la paciencia, la resistencia a sufrir, a rebelarse, es que podemos decir que en ella no hubo héroes... Tú sabes, perfectamente, que el héroe siempre ha sido un impulsivo, un rebelde.<sup>14</sup>

*Y se explica el porqué de la creación de la leyenda del héroe en las guerras, especialmente en la que trata la novela:*

[E]l caso es que, hasta ahora, el pueblo ha venido tolerando esto de las guerras sólo porque se le recompensa con la leyenda de los héroes. Y, efectivamente, en otras guerras ha habido sus héroes, no te lo niego [...] Y por eso es que, a falta de héroes reales, y para compensar al pueblo de la enorme tragedia de esos campos interminables de cruces blancas en que nadie ha hecho nada, algún tipo inteligente, que a lo mejor fue periodista, lanzó la primera piedra de elegir héroes desconocidos para honrar al resto, suponiendo que todos habían sido héroes.<sup>15</sup>

*Pablo de la Torriente Brau nos dejó, a lo largo de su vida, su visión profunda —creadora y antirretórica— del héroe. En su obra literaria se trata muchas veces ese tema de manera implícita o explícita. Su primer cuento publicado se titula precisamente «El héroe» y en él se*

<sup>14</sup> Ibidem, p. 57.

<sup>15</sup> Ibidem, pp. 57-8.

reconoce, en medio de la configuración humorística del relato, la verdadera condición heroica del protagonista; y en su periodismo —especialmente en sus crónicas desde España— el heroísmo, excepcional o cotidiano, es reconocido por quien, finalmente, también ganó esa condición.

Para él, la heroicidad no es un don gratuito ni casual. Requiere «el sacrificio, el valor, el desinterés y la constancia. ¡Y sólo se otorga con la victoria o con la muerte!». <sup>16</sup> Aunque en otros textos se reconoce el carácter heroico de diversas personalidades, <sup>17</sup> es en «Hombres de la Revolución» (de donde se ha tomado la cita anterior), en el que está más diáfano expuesto su criterio en cuanto a la condición heroica: «Ningún héroe es verdadero —dice en ese artículo—, si no es más grande en la muerte que en la vida, si no queda más vivo que nunca, después de su muerte. Si no es capaz de engendrar alientos en los que no lo conocieron sino por la leyenda, que es la única historia de los héroes verdaderos». <sup>18</sup>

No es, por tanto, raro —aunque sí significativo— que la temática de su única novela gire en torno a este asunto y que, desde la parodia, el autor implícito reflexione sobre el concepto. *Hiliodomiro del Sol* va destruyendo —mediante la relación de episodios que se pueden considerar historias insertadas en el marco novelístico—, la leyenda heroica de los soldados desconocidos de varios países involucrados en la guerra. Ninguno, por supuesto, murió en acción, y su glorificación

<sup>16</sup> Pablo de la Torriente Brau, «Hombres de la Revolución», en *Pablo, páginas escogidas*, [prólogo de Fernando Martínez, selección de Diana Abad], (Serie Hombres de la Revolución), La Habana, Impresora Universitaria André Voisin, 1973, p. 331.

<sup>17</sup> Véase «La voz de Martí», «Mella, Rubén y Machado», «La última sonrisa de Rafael Trejo», entre otros artículos.

<sup>18</sup> Pablo de la Torriente Brau, «Hombres de la Revolución», ob. cit., pp. 333-4.



*como símbolos del heroísmo de cada nación ocurrió por las vías más desconcertantes: desde el que ni siquiera pisó el frente de combate, hasta un pacifista camino del Tíbet, o un enloquecido boticario, obcecado por La Marsellesa Muchos, como el propio Hiliodomiro, no eran siquiera del país que representaban, y aun —como el Soldado Desconocido alemán y el italiano— pertenecían a naciones enemigas de la que los exaltó a esa condición. Con la narración de sus verdaderas acciones ratifica su discurso acerca de la inexistencia de héroes en la Primera Guerra Mundial.*

*Todas estas historias están narradas con una gran dosis de humorismo que destaca, por contraste, las muy serias apreciaciones de Pablo de la Torriente sobre la injusticia de la guerra, el pseudo-nacionalismo, la superficialidad propagandística y otras, así como sus concepciones sobre el real heroísmo. Por otra parte, la estructura narrativa que ha practicado garantiza, sin clausurar lo semántico, la autonomía estética de la obra, que puede ser apreciada aun sin conocer sus referentes específicos.*

### **La novedad literaria**

*Además de los valores ideotemáticos señalados, Aventuras del soldado desconocido cubano exhibe procedimientos novedosos para la época —como la intertextualidad, la doble narración, la igualación en la diégesis de lo real y lo fantástico y otros recursos— que han permitido que resulte uno de los mejores ejemplos de la narrativa cubana de vanguardia.*

*Como he dicho en otras oportunidades,<sup>19</sup> alrededor del año 1930 se empieza a manifestar en Cuba un cam-*

<sup>19</sup> Véase Denia García Ronda, «Pablo de la Torriente Brau y el inicio de la narrativa vanguardista cubana», prólogo a Pablo de la Torriente Brau, *Cuentos completos*, La Habana, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1998.

*bio de signo estético en la narrativa que se puede considerar —como estaba pasando en la poesía y en la pintura— como vanguardista. Dentro del grupo de narradores que se insertan dentro de esa renovación, Pablo de la Torriente Brau sobresale por su especial sentido de las funciones de la obra literaria. Contrario al arte autocomplaciente, su narrativa resulta, en primera o última instancia, alegórica de situaciones, conflictos, aspiraciones, que generalmente tienen que ver con lo social. Sin embargo, su confianza en las potencialidades de la literatura y su propio talento le permiten garantizar la autonomía estética de sus producciones. Ello se manifiesta desde sus cuentos incluidos en Batey y se hace aún más evidente en los relatos que escribe acerca de las terribles condiciones del presidio. El clímax de esa intencionalidad ideoestética es precisamente Aventuras del soldado desconocido cubano —a pesar de su condición de obra inconclusa y, por tanto, sin una revisión final que hubiera eliminado algunas incorrecciones.*

*La acción de la novela transcurre fundamentalmente en Nueva York, con un solo desplazamiento del primer narrador a Washington. Esos espacios «terrenales» sirven para hacer posible el equívoco que da pie a la historia y a su significancia. Sin embargo, los que se crean a partir de los relatos del protagonista son los que ofrecen mayores claves de novedad y de semantización. El lugar donde se encuentran los muertos no se describe como «cielo», «infierno» o cualquier otro proveniente de imaginarios religiosos. Hilidiomiro lo califica como «allá», en contraposición implícita con el acá donde desarrolla sus relatos. Aunque no se describe explícitamente en ningún momento, la propia trama lo presenta como infinito, de acuerdo con la también inconmensurable temporalidad. La presentación de ese cronotopo coincide con elementos de las distintas épocas que se señalan en la diégesis. Es una especie de doble del mun-*

*do real —en concordancia con las actitudes, nada «celestiales» de sus habitantes—, pero con la característica de su sincronía, en una suerte de eterno presente. Cuando los soldados desconocidos atacan con armas modernas a los héroes clásicos, la reacción de pánico es descrita de la siguiente manera:*

Los griegos se encaramaron todos en las Termópilas; los chinos se treparon a su Muralla; los árabes enterraron la cabeza en la arena; los indios huyeron en sus caballos; los romanos se refugiaron en el Capitolio. Se hizo un gran silencio. Y entonces salimos nosotros del tanque. Uno cayó desde un avión con paracaídas. Con ametralladoras de mano y careta. Animales más extraordinarios jamás se han visto sobre la tierra. Hasta el hombre de Neardhental, al contemplarnos, pegó un aullido de pavor y huyó hacia su caverna [...].<sup>20</sup>

*Varias de las innovaciones de Aventuras... sobrepasan las logradas por el conjunto de narradores de la década de los años 30, para proyectarse hacia el futuro. No hay que olvidar que es en los 60 cuando se hace común el tratamiento paródico de la historia en la literatura hispanoamericana, por lo que Aventuras... resulta una adelantada de esa tendencia, aunque —por ser tan desconocida como su soldado, en el ámbito latinoamericano— no se puede considerar que haya influido en ella.*

*Lo paródico —que forma parte de una de las categorías de la intertextualidad<sup>21</sup>— se instrumenta en la novela mediante dos vías: la transgresión del discurso histórico oficial, y la transformación humorística de determi-*

<sup>20</sup> Pablo de la Torre Brau, *Aventuras...*, ed. cit., p. 104.

<sup>21</sup> Véase Julia Kristeva, «Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela», en *Intertextualité* (selección y traducción de Desiderio Navarro), La Habana, UNEAC/Casa de las Américas/Embajada de Francia, 1987, pp. 1-24; Michael Riffaterre, «Semiótica intertextual: el interpretante», *ibidem*, pp. 147-62; Charles Grivel, «Tesis preparatorias sobre los intertextos», *ibidem*, pp. 64-74.

*nados textos, no en forma de citas, sino mediante las alusiones a ellos en boca de Hiliodomiro.*

*Dentro del primer caso, se incluye, además de lo relacionado con lo contemporáneo, la utilización del recurso de lo apócrifo para estructurar las «hazañas» épicas de decenas de personajes históricos. Aunque las referencias a ellos y los acontecimientos históricos «reconstruidos» recorren todo el libro, es, sobre todo, en la «asamblea de héroes» donde ello se manifiesta con mayor claridad y eficacia. En el relato de Hiliodomiro aparecen —en un solo espacio y tiempo— personajes célebres de distintas épocas y de los más diversos países centrando historias que generalmente niegan el discurso oficial de su actuación en vida. La versión sobre Napoleón Bonaparte puede servir de ejemplo:*

[N]o has visto tú individuo más parecido a Greta Garbo que el tal Napoleón. Siempre enigmático, silencioso y empeñado siempre en poner cara de inteligente, o de individuo a quien le aprietan los zapatos. [...] Alejandro dice que quiso imitarlo y fracasó con su conquista de Egipto en donde lo mejor que hizo fue el discurso de las Pirámides; Aníbal asegura que su campaña de Italia, aparte de que no fue contra romanos, fue una mala copia de la suya; César asegura cínicamente que lo único que le interesa de Napoleón son sus cuerpos de hermosos y gigantescos granaderos de la Guardia Imperial; Carlos XII de Suecia dice que sus triunfos fueron debidos a que no tuvo contrarios de categoría, sino una partida de aguantagolpes.<sup>22</sup>

*Por el juicio ridiculizante de Hiliodomiro pasan personalidades como Julio César, el Cid, Carlomagno, Lafayette, Guillermo el Conquistador, Federico el Grande y otros muchos, así como los historiadores, escritores y artistas que los alabaron o criticaron en su momento. Las actitudes y el lenguaje de esos «héroes» —dados a través de la versión del Soldado Desconocido cubano—,*

<sup>22</sup> Pablo de la Torriente Brau, *Aventuras...*, ed. cit., p. 99.

*responden a las circunstancias y la retórica contemporánea; muchas veces con alusiones a categorías del marxismo, lo que amplía el sentido cómico del fragmento y facilita la sátira que lo informa:*

La heroicidad, como casi todos los oficios, está en crisis. Hay «exceso de producción». Yo, por muy héroe que sea, no me ciega la pasión. Los héroes —casi todos, desde luego, porque hay sus excepciones— son como las tiples. En cuanto surge otro héroe, ya saben que tienen que pasar a otro plano y no se resignan. No quieren que nadie cante más que ellos. Son como esas «damas jóvenes» del teatro, que cuando al cabo de cuarenta años de tablas, las quieren pasar a características, patean y chillan, alegando que las quitan del puesto, precisamente, cuando ya tienen gran experiencia. Bueno, pues así son los héroes. Tienen furor de publicidad y no se resignan a que otro salga en los periódicos.<sup>23</sup>

*La figura de Espartaco se trata como una especie de líder obrero, y es uno de los pocos que cuenta con la simpatía del narrador:*

Quiso buscar apoyo en las «masas populares», y allí lo desenmascaró Espartaco, quien dijo que todo lo que se traía eran unas maniobras asquerosas con la burguesía romana y que nada tenía que hacer con ellos, aconsejándole, en tono despectivo, que se fuera a donde los Gracos, que esos eran unos «oportunistas de izquierda».<sup>24</sup>

*Aunque todos entran en el mundo de la ficción, estos héroes «clásicos» se diferencian, en el plano de la estructuración narrativa, de los soldados desconocidos precisamente por su carácter de representaciones paródicas de seres reales, mientras los segundos son creaciones totalmente ficcionales. De ahí la condición de apócrifas de sus historias. Esta tendencia, también con sentido humorístico, se manifestó en obras universales posteriores, como Decadencia y caída de casi*

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 92.

<sup>24</sup> *Ibidem*, pp. 94-5.

todo el mundo, de Will Cuppy,<sup>25</sup> Apócrifos, del checo Karel Capek.<sup>26</sup> Pero en el momento en que Pablo de la Torre escribe su novela, no era común este procedimiento.

En cuanto a los comentarios paródicos de textos —literarios, históricos, artísticos— estos abundan en Aventuras... Una referencia básica es la novela Sin novedad en el frente, de Erich María Remarque, (sobre todo su versión cinematográfica) que le sirve a Pablo de motivación y de pretexto para la suya, a la que califica de «réplica cubana» de la anterior. En este caso no se trata de una parodia strictu sensu, si se considera que para ello debe haber un sentido crítico del hipotexto;<sup>27</sup> pero es evidente que —aunque desde el punto de vista ideológico coinciden en términos generales,<sup>28</sup> es esta una versión satírica de los hechos que sirven de asunto a esa y otras novelas. Y si aquella quiere demostrar el drama de la guerra y de los que fueron enviados a ella, la de Pablo lo demuestra por la vía de la transgresión de lo solemne y patético. Por ello puede catalogarse dentro de la intertextualidad paródica en relación con la de Remarque, aunque la parodia no se manifieste en la inmanencia de la forma.

Más evidente es la parodización de los discursos codificados sobre el heroísmo y, en general, de la retórica épica.

<sup>25</sup> Will Cuppy, *Decadencia y caída de casi todo el mundo*, La Habana, Instituto Cubano del Libro, 1971.

<sup>26</sup> Karel Capek, *Apócrifos*, Praga, Artia, 1962. (Hay edición cubana.)

<sup>27</sup> Charles Grivet considera que «la parodia [...] amplifica excesivamente la apariencia del modelo, a fin de producir la irrisión del mismo (un texto paródico no posee, en principio, un efecto positivo propio, concentrado como está en la negación). «Tesis preparatorias sobre los intertextos», ob. cit.

<sup>28</sup> En «Inicial», introducción a la primera edición de *Aventuras del soldado desconocido cubano* (1940), Raúl Roa dice: «Hasta Henry Barbusse y Erich María Remarque la guerra capitalista no cuenta con realizaciones ejemplares de signo contrario. *El fuego* y *Sin novedad en el frente*, inauguran y consagran la genuina y eficaz literatura antibélica. Formidables admoniciones contra la guerra, constituyen ya la referencia obligada, el clásico precedente de los auténticos cultivadores del género.»

*Así, por ejemplo, Hiliodomiros dice: «caí gloriosamente en los campos de Francia»,<sup>29</sup> y también «se pronunciaron sobre mi tumba las primeras oraciones fúnebres en elogio de mi desinterés, de mi heroísmo, de mi generosidad sin límites, de mi abnegación por la causa de los pueblos pequeños y de la libertad del mundo»;<sup>30</sup> lugares comunes que la parodia irónica pone en evidencia para construir su propio discurso transgresor. Del mismo modo se ironiza sobre los lemas propagandísticos de la prensa norteamericana de la época, como «A pagarle la deuda a Lafayette» o «A pelear por la libertad de los pueblos pequeños».*

*Las referencias a obras y autores de diversas épocas son numerosas y todas se producen mediante los parlamentos de Hiliodomiros. Así encontramos menciones a la Historia de la Revolución francesa, de Michelet; la «Declaración de los derechos del hombre y el ciudadano», La retirada de los diez mil, de Jenofonte, las novelas de Rocambole, la literatura policial, los textos de historiadores de la Antigüedad, etc. Igualmente se mencionan óperas, filmes, obras de teatro, ejemplos de música popular, himnos, y aun estribillos como La Chambelona o It's a long way to Tipperary.*

*Otra vía de intertextualidad paródica se manifiesta en la reminiscencia de El Quijote en el episodio del Soldado Desconocido francés, en este caso no con referencia explícita, sino reproduciendo la causa de la locura del personaje:*

*Como te dije, es un boticario de Burdeos que tiene un rostro pacífico y que hasta parece un poco aguantón [...] Parece que, allá en Burdeos, entre receta y receta, el hombre leía sus libros de historia y sus versos. Allá, bajo el Arco de Triunfo, tiene su biblioteca con libros de Lamartine, Víctor Hugo y una pandilla más. Tantas lecturas dicen que acaba-*

<sup>29</sup> Pablo de la Torriente Brau, *Aventuras...*, ed. cit., p. 55.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 59.

ron por crearle una doble personalidad, y aunque el hombre era pacífico, y cuarentón, y con su ya discreta barriga, pues le entraban rachas, y unas veces le daba por escribir versos y otras por irse de cacería, matar *boches* como le decía a ir a tirar sobre los conejos y las perdices. La revolución francesa lo había vuelto loco.<sup>31</sup>

*A todo lo anterior se añade la sátira a las identidades nacionales a partir de estereotipos (el aristocratismo inglés, el científicismo alemán, el comercialismo norteamericano, etc.). Esta multiplicidad intertextual no le resta organicidad a la novela, cuyo marco, a partir del diálogo entre los dos personajes, se mantiene bien estructurado. No hay, por tanto, un estallido del texto como pasa con algunas obras posmodernas, pero es indudable que varios de los recursos y procedimientos que caracterizan a las más actuales tendencias de la narrativa ya estaban en Aventuras del soldado desconocido cubano, sobre todo en lo referente a la intertextualidad paródica.*

*Muchos de esos procedimientos son posibles por el desacostumbrado punto de vista que asume el autor implícito: el diálogo de dos personajes, uno de los cuales es un muerto. Aunque tal recurso no es nuevo en la literatura, siempre crea una situación excepcional que permite determinadas libertades tanto compositivas como lingüísticas. La intencionalidad alegórica de Aventuras... puede desarrollarse con mayor eficacia literaria por la utilización de lo fantasmagórico. La condición de conviviente en un espacio extraterreno, donde se sincronizan todas las etapas humanas, le confiere a Hiliodomiro el poder de comentar y juzgar las actitudes «heroicas» de individuos de los más disímiles espacios y tiempos, aspectos que entran en la intención ideotemática de la novela, como ya hemos visto.*

*Igualmente, esa mezcla de los órdenes ordinario y extraordinario, facilita el cumplimiento del sentido hu-*

<sup>31</sup> Ibidem, pp. 82-3.



*morístico de la novela, que, como se ha dicho, se apoya fundamentalmente en la parodia y dentro de ella en recursos como la ironía y la sátira, y también en el llamado choteo cubano, utilizado con una doble intencionalidad: caracterizar lingüísticamente al protagonista y aprovechar sus posibilidades para una mayor libertad expresiva. Al contrario de otras obras que cuentan con seres sobrenaturales en su sistema de personajes, entre los procedimientos humorísticos de Aventuras... no se apela a lo macabro. Ni aun en la descripción de las muertes de los diferentes soldados desconocidos este recurso es utilizado. A lo más que llegan las narraciones del protagonista es a acercarse a lo patético, como en la muerte del francés:*

[...] El boticario de Burdeos se quedó solo en el hospital. Los ojos le brillaban de cólera. ¿Dónde está la Francia? —gritaba— ¿Dónde están los galos? Y levantaba los brazos, con su brocha y su cubo de yodo. Puesto a la puerta del hospital, solo, sombrío, terrible, esperó a los *boches*. Y cuando las primeras patrullas asomaron, desolado corrió hacia ellas cantando a borbotones *La Marsellesa*. Las primeras filas se detuvieron sin saber por qué durante un momento; las segundas miraron; las terceras vieron a un hombre que, en medio de la destrucción, cantaba avanzando, loco, y confundieron el cubo de yodo y la brocha con una bomba espantosa y la mecha...<sup>32</sup>

*Finalmente, el boticario, confundido por su propia gente con un traidor, es fusilado «por pasarse al enemigo con las armas en la mano».*<sup>33</sup>

*Por otra parte, los hechos extraordinarios no presentan problematidad en relación con los ordinarios, como generalmente ocurre en la narrativa fantástica. El personaje Pablo acepta como real la posibilidad de entrevistarse con Hiliodomiro, así como la veracidad*

<sup>32</sup> Ibidem, p. 87.

<sup>33</sup> Ibidem, pp. 87-8.

*de sus historias. Ello conforma el nivel semántico de la novela, independientemente de su carácter alegórico. Esta variante de lo fantástico tampoco era común en la época en que Pablo escribe su obra y ha sido muy practicada posteriormente en la literatura latinoamericana.*

*Uno de los aspectos de mayor interés en Aventuras del soldado desconocido cubano es lo logrado en el plano lingüístico. El protagonista era en vida —social e individualmente hablando— un marginal, como ya se ha dicho, y su habla refiere, en ocasiones, esa condición. Es efectivamente un lenguaje excéntrico: procaz por momentos, «repleto de expresiones zafias y frases gruesas», como lo califica Raúl Roa; pero al mismo tiempo es portador de conocimientos catalogados tradicionalmente dentro de la «alta cultura», con un léxico coherente con ello. No hay en esto contradicción, ni error en la identidad lingüística del personaje, porque su «adelanto» cultural está justificado en la diégesis. Hay sí una cercanía al habla del autor y aun de varios miembros de su generación —un ejemplo de ello es Raúl Roa— que conscientemente incluyen en su discurso, en un mismo nivel de importancia, manifestaciones del léxico popular (a veces hasta del vulgar) y de lo canónico culto, lo que ha llegado a considerarse una característica generacional.*

*La estructura lingüística de Aventuras... se basa en la oralidad, a partir de su condición dialógica. En general, el léxico y la sintaxis remiten al español oral de Cuba, reforzado por expresiones coloquiales como «chico», «no te creas», «no te ocupes», «figúrate», y otras. Ello es importante en varios sentidos: por una parte, garantiza el punto de vista popular de las proposiciones semánticas de la novela, por otra remite a lo cubano que se ha aludido en el «Prólogo» y en el título; y además contribuye al carácter antiépico de los relatos de Hiliodomiro y proyectivamente de la obra.*

*Como se ha podido apreciar, la única novela de Pablo de la Torriente Brau trasciende la crítica a la propaganda belicista contemporánea al autor, aunque este aspecto reviste una gran importancia en el objetivo ideológico de la obra. Su indagación se proyecta hacia sentidos más amplios y diversos, como la manifestación de la identidad cubana; la denuncia de la explotación imperialista de los «pueblos pequeños», y en general del colonialismo económico y político; el emplazamiento de los valores burgueses mediante la reinterpretación paródica de la historia oficial; la validación del discurso popular y de los verdaderos intereses y necesidades del hombre. Y todo ello mediante una configuración artística muy eficaz y procedimientos compositivos novedosos en la literatura latinoamericana.*

**Denia García Ronda**  
diciembre de 1999

**AVENTURAS DEL SOLDADO  
DESCONOCIDO CUBANO**



## Inicial

Para Pablo de la Torriente Brau, el oficio de escritor jamás estuvo desvinculado de la actividad práctica revolucionaria. En él, como en José Carlos Mariátegui y Rubén Martínez Villena, verbo y acción se conjugaron en armónica y fecunda reciprocidad. Nada escribió que no fuera expresión militante de su conducta. Nada hizo que no se ajustara indisolublemente a su pensamiento. La historia de sus hechos tuvo gloriosa culminación y es ya del dominio público. La historia de sus dichos permanece todavía inédita en gran parte. Me propongo ahora ir la dando a la estampa en cumplimiento de un mandato imperativo suyo y de un deber ineludible mío que trasciende ese mandato. Fui yo, entre sus amigos, el designado por él para recoger y publicar sus «papeles» si no regresaba vivo del frente. Ni siquiera ha regresado muerto: los jugos de su carne redentora aún alimentan, generosamente, los surcos ensangrentados de España. Había sido el primer hombre de América poseído por la fiebre de la revolución española. Y será, por eso mismo, el último en abandonarla. Ya sólo volverá a nosotros, a esta tierra caliente que le dio el ímpetu heroico y la pupila sin sombras, cuando el pueblo español corone victoriosamente, para todos los pueblos, la gesta emprendida en 1936.

La publicación de la obra inédita de Pablo de la Torriente Brau —cuajada de fuertes realizaciones— se inicia con estas *Aventuras del soldado desconocido cubano*. Inmediatamente habrá de seguirle una recopilación de crónicas y documentos de la revolución española. El material de este libro, de vivísimo interés político y humano, me ha sido facilitado —comprometiendo inextinguiblemente mi gratitud— por José Luis Galbe, Primer Fiscal del Tribunal Popular de Madrid. Estas crónicas y documentos irán precedidas de un prólogo

mío y de una semblanza del héroe arrancada por Galbe de sus memorias de guerra próximas a ver la luz. Y las colofonará condignamente Gabriela Mistral con una página henchida de cordial plenitud. El turno subsiguiente lo he reservado para su prolija y bizarra denuncia de los crímenes cometidos en el Presidio Modelo durante el machadato. Y, finalmente, es mi propósito recoger en dos apretados volúmenes sus cuentos y crónicas, sus reportajes políticos y los trozos inteligibles de sus proyectadas biografías de Gabriel Barceló, Julio Antonio Mella y Carlos Aponte. Acaso me decida a exhumar de la intimidad en que yacen algunos poemas fragantes a tierra mojada y un manojo de versos en que resuena triunfalmente el candor dionisiaco de su juventud.

Las *Aventuras del soldado desconocido cubano* fueron compuestas por Pablo de la Torriente Brau en New York y quedaron bruscamente interrumpidas por su viaje a España. No tuvo nunca tiempo de concluir las. El tiempo le faltaba para ver y ser útil. Y realizó así, involuntariamente, una de sus más caras aspiraciones, confesada más de una vez en los diálogos temblorosos de luceros de la cárcel de Nueva Gerona: dejar un libro suyo con la propia advertencia al lector que puso Federico Engels al último tomo de *El Capital*.

Hasta Henri Barbusse y Erich María Remarque la guerra capitalista no cuenta con realizaciones ejemplares de signo contrario. *El fuego* y *Sin novedad en el frente*, inauguran y consagran la genuina y eficaz literatura antibélica. Formidables admoniciones contra la guerra, constituyen ya la referencia obligada, el clásico precedente de los auténticos cultivadores del género. Sus autores no lograron, sin embargo —menos Barbusse que Remarque—, desembarazarse totalmente del virtuosismo profesional, que asoma la oreja pulida a cada vuelta de hoja. En las *Aventuras del soldado desconocido cubano*, el hombre, el agonista, el revolucionario suplanta al escritor y señorea sobre él. Si algo pervive de este, es únicamente su personalísima capacidad de comunicación. La palabra —limpia de viciosas limitaciones— es

aquí vitalmente leal a sí misma, retozando con fructuosa y proteica libertad. Es bueno que se sepa de entrada. Las *Aventuras del soldado desconocido cubano*, es un libro crudo y veraz, traspasado por un humorismo aséptico y repleto de expresiones zafias y frases gruesas, sin concesiones a la pudibundez de sacristía y a contrapelo del *Manual de Carreño*, hecho para los que gustan de verdades como puños y desprecian las mentiras enguantadas, para los que nada humano les es ajeno y están prestos a sacrificar la propia para restituirle a la vida sus fueros arrebatados. La esencia de la guerra capitalista —matadero de bueyes anónimos— queda expuesta a plena luz en estas páginas. Y, asimismo, apuntada la vía para transformarla revolucionariamente en guerra de liberación, en guerra de héroes, dirigida al aniquilamiento definitivo del régimen social cuya vigencia conlleva la muerte del hombre sin sábado de gloria. El pacifismo ojeroso, delicuescente y romántico, propio para arrullar melancólicamente los remordidos desvelos de un mariscal jubilado, sirve sólo, a lo sumo, para obtener el Premio Nobel y pagar la proeza en un campo de concentración.

La pugna que asuela hoy a Europa y afecta ya a este hemisferio imprime a las *Aventuras del soldado desconocido cubano*, una relevante y candente actualidad. Es hoy, en 1940, que la lectura de este libro, escrito en 1936, cobra plenitud de sentido. Todo cuanto se narra y denuncia en sus páginas está ahora aconteciendo de nuevo. Millares de soldados desconocidos, lanzados a la muerte por los imperialismos rivales, están frente a frente luchando contra su propia liberación. Morir, para perpetuar la guerra, es lo que se está haciendo otra vez en Europa. Morir, para extirparla radicalmente, es lo que hizo el pueblo español en duelo imponente con todas las potencias regresivas de la historia criminalmente concertadas. Fue aquella una pelea en función de humanidad, una guerra contra la guerra, una guerra por la paz y la justicia, una guerra contra la enemistad constitutiva de la sociedad de clase. Y, porque eso fue, Pablo de



la Torriente Brau, soldado de la revolución y autor de un libro destinado a desenmascarar el heroísmo postizo de la guerra capitalista, cayó de pie sobre la nieve de Romanillos como un héroe auténtico. «De veras hay que morir —dice en carta memorable— para acabar con la guerra.» Y acabar con la guerra, cegar el hontanar nutricio del sistema de relaciones sociales que la engendra y reproduce, es renacer a la vida.

Esa es la postura que propugna Pablo de la Torriente Brau en este libro impar en la literatura cubana y la única válida en esta coyuntura dramática y creadora de la historia. Hagámosla nuestra. Y luchemos como él, con desesperación esperanzada, para hacernos acreedores a merecerla, por una vida más bella y más justa, por el derecho al pan y el derecho al canto, por el libre acceso de todos al banquete platónico, por un mundo donde el recuerdo del soldado desconocido advenga símbolo trágico de la prehistoria de la convivencia humana.

**Raúl Roa**

## Prólogo

Entre otras cosas de menor importancia, nuestra literatura carece de su libro de la guerra. Desde *Sin novedad en el frente* —y aún antes, según tengo entendido— Alemania, Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, Italia y hasta España —que no tomó parte en la contienda—, han producido una serie de obras de diversa notoriedad, constituyendo todas ellas lo que se ha venido llamando la literatura de la guerra. Cuba, por su parte, en nada ha contribuido a enriquecer este episodio de la literatura universal.

Y, sin embargo, Cuba, fatalmente, tenía que producir también su literatura de la guerra, puesto que nadie negará el importantísimo papel que desempeñamos los cubanos en aquella, por fortuna, lejana conflagración.

A pesar de aquella famosa caricatura, de quién sabe qué osado ignorante, que pintaba al Kaiser y a su Estado Mayor buscando a Cuba en un mapa, al recibir la noticia de que esta le había declarado la guerra a Alemania, lo cierto es que puede afirmarse que la Guerra Europea la ganamos nosotros.

Acostumbrados como estamos a no darle importancia a lo nuestro, no me extrañaría que algún sabio de café sonriera, irónicamente, asegurando que se trataba de una pequeña exageración de mi parte. Mas no es necesario argumentar mucho.

Por lo pronto, para los que piensan demasiado en nuestra insignificancia, es necesario recordar que el vaso ya lleno hasta los topes, se desborda con una gota de agua; y ya, cuando nosotros, conscientes de nuestro deber de humanidad, decidimos intervenir para poner punto final a la guerra, aliados y alemanes estaban con los hígados fuera, como dos

boxeadores que no pueden más y no tienen más esperanza que la de la campana. La lucha estaba realmente en estas condiciones, cuando se supo por todas las potencias que Cuba, la Perla de las Antillas, «la tierra más hermosa que ojos humanos hayan visto», como dijera Cristóforo Colombo, iba a lanzar su peso formidable en la balanza para decidir la justa. Quien niegue esto, ni sabe un camino de historia, ni es capaz de ninguna grandeza. Y, aun más, desprecia a su propio país y merece, en consecuencia, no sólo la excomuniación, sino también el ostracismo.

Hay que aclarar, no obstante, que en este hecho histórico, como en tantos otros, se nos ha tratado de robar toda la gloria. ¿No pretenden los americanos que no fue nuestro gran Finlay, sino el mayor Gorgas, quien venció a la fiebre amarilla? No es nuevo, por desgracia, esto de que nos arrebaten las cosas...

Yo debo, pues, ponerlo todo en su lugar, y con vista a una serie de documentos irrefutables, que no cito para evitar que otros historiadores, como se hace siempre, los interpreten al revés, aclararé los hechos punto por punto, y dejaré definitivamente establecido que no fueron los Estados Unidos, sino los cubanos, quienes decidimos la guerra mundial con nuestra actitud.

Para analizar el problema en su dimensión de profundidad, hay que recordar lo siguiente: por aquella época —período de 1914-18—, existía en la Constitución de la República de Cuba un apéndice denominado Enmienda Platt, a virtud del cual, nosotros, para declarar la guerra a cualquier otra nación, teníamos que contar con la venia de los Estados Unidos. Algunos han considerado esto como vejaminoso para nuestra nacionalidad. Muchos de nuestros más sabientes críticos, tácticos y estrategias militares, consideran en cambio, que esta Enmienda Platt no ha sido otra cosa que un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre Cuba y los Estados Unidos, obtenido por estos que necesitaban una fuerte aliada, frente a su Canal de Panamá, y, temerosos, más que

nada, de que Cuba firmara un tratado similar con Inglaterra, en cuyo caso, no ya sólo se vería en peligro el susodicho Canal, sino que también era muy probable que Cuba, a la larga, conquistara la Florida y aun la Lousiana. Acéptese o no esta tesis de los peritos militares, lo cierto es, y no habrá quien lo ponga en duda, que Cuba y los Estados Unidos, por razón de la Enmienda Platt—tan severamente enjuiciada por todos esos nuevos revolucionarios rojos vendidos al oro de Moscú— han devenido en potencias aliadas y gracias a esa alianza se ha mantenido el equilibrio norteamericano, como dicen los estadistas y diplomáticos.

A fuer de justos, precisa subrayar el hecho de que en esta alianza ofensiva y defensiva, quien en realidad ha salido más beneficiado han sido los Estados Unidos, ya que nosotros, francamente, no teníamos problemas que nos abrumaran. Según los mismos críticos militares en quienes fundamento mi argumentación, ni Haití, ni Santo Domingo han estado durante mucho tiempo en capacidad de hacernos agresión; ni tampoco las Bahamas, ni el Archipiélago de los Canarreos, que han sido nuestros más peligrosos rivales. A todos, no hay duda de que, en un momento determinado, podríamos aplastar. ¡Que por algo nos han llamado la Inglaterra del Nuevo Mundo! No así los Estados Unidos. Por el norte, la gran frontera canadiense, propicia a cualquier invasión inglesa en caso de conflicto, y por el sur, la frontera mexicana, ocasión de constantes choques y posible punto de desembarco de la infantería japonesa, llegada la coyuntura de una guerra contra el Imperio del Sol Naciente. Si a esto se añadía la posibilidad de una invasión cubana por la Florida, utilizando Cayo Hueso y Tampa, ya pasados al enemigo, se comprenderá que la situación de los Estados Unidos, en esa dramática circunstancia, sería desesperada. Por ello, sus críticos militares convinieron en que, cuanto antes, se contara con nuestra alianza. Y de ahí que firmáramos la Enmienda Platt.

Ni qué decir tiene que nuestros estadistas y estrategas, también han tratado de obtener ventajas de la tal Enmienda.

Por lo pronto, se exigió la cuestión de las Carboneras de Caimanera, con el fin de intensificar la vida comercial de Guantánamo y de evitar un nuevo ataque de los ingleses, como ya lo habían realizado con anterioridad, en 1762. Y añádase que esta alianza con los Estados Unidos, nos ha evitado la reconquista española, como le ocurrió a México. Y nada quiero decir en cuanto a consideraciones de índole política y económica, pues de todos es sabido cuántos cubanos han triunfado en el orden político y prosperado en punto a riqueza, gracias, única y exclusivamente, a la tan calumniada Enmienda Platt.

Es en virtud de este vituperado apéndice, pues, que nosotros, cuando decidimos, después de meditarlo con toda justicia, arrojar nuestra espada en la balanza de la guerra, a favor de los aliados, que eran los que luchaban por «la libertad de los pueblos pequeños», nos vimos compelidos a notificar, por conducto de nuestra Cancillería, a la norteamericana, la decisión que habíamos tomado de poner glorioso término a la guerra con nuestra presencia. Esto aconteció tal día como hoy, y al siguiente, cuando esperábamos la respuesta de Washington, para cumplir con la fórmula, los periódicos nos sorprendieron con la noticia de que los Estados Unidos le habían declarado la guerra a Alemania.

Sin duda, se había cometido una violación «moral» del tratado entre las dos potencias, cubana y americana. Si bien es cierto, en efecto, que, por un olvido, en la Enmienda Platt no se especifica que los Estados Unidos se encuentren en la obligación de consultar a Cuba cuando ellos, a su vez, deseen declarar la guerra a otra nación, es claro que, aunque sea por pura cortesía, debían contar con nosotros, ya que nosotros contamos con ellos, en la Enmienda Platt, aunque siempre, desde luego, de potencia a potencia.

Analizado el caso, y haciendo un poquito de historia —sin que ello quiera decir que estamos atizando la candela para producir un rompimiento entre las dos naciones— lo cierto es lo siguiente: por sobre todo hay que convenir en que nuestra

aliada —los Estados Unidos— heredera legítima de la pérfida Albión, jamás se ha embarcado en zafarrancho de combate sino con la seguridad ya plena de robar. Examínese su historia y se comprobará esto: anexión de Texas; guerra con México; guerra con España y otros pequeños *affaires*. Además, en este caso concreto, nuestra aliada, aunque estaba desesperada por entrar en la guerra, puesto que advertía que si Alemania triunfaba se iba a quedar sin cobrar un centavo de los miles de millones de pesos que había prestado a Inglaterra, Francia e Italia, aparte de que «la defensa de los pueblos pequeños», de los cuales tradicionalmente se ha considerado ella matrona, por lo menos en América, se iba a ver en peligro, no se decidía porque, como se ha dicho, quería estar segura de nuestra actitud, ya que no podía lanzarse a la aventura, en tanto existiera la posibilidad de que los cubanos, mientras las tropas yanquis marchaban hacia Europa, invadiéramos la Florida y conquistáramos el Canal de Panamá, separando, de esa manera, sus flotas. Esto es claro y sencillo como un día de abril. Ahora bien, una vez en posesión los Estados Unidos de la seguridad nuestra, no sólo de que íbamos a permanecer neutrales, sino de que asimismo íbamos a combatir «por la libertad de los pueblos pequeños», nos robaron la arrancada y se llevaron toda la gloria de la declaración de guerra a Alemania, aprovechándose del desdichado olvido de nuestros estadistas de no incluir en la Enmienda Platt una simple clausulita, según la cual también los Estados Unidos se vieran precisados a contar con nosotros para declararle la guerra a cualquier otra potencia. Y así, mientras el presidente Wilson se pasea hoy entre las grandes figuras de la historia, el general Menocal sólo se pasea por el Vedado, cuando no se cree obligado a hacerlo por Miami Beach. Todo, sin embargo, con el tiempo se aclara, y ya algún día el espionaje alemán, siempre astuto, pondrá los puntos sobre las íes.

Ya sé que, como toda esta argumentación es irrefutable, los que siempre se empeñan en desmoralizarnos, dirán que

con qué derecho reclamamos la gloria de haber decidido la guerra si no fuimos a ella. Esto no debiera discutirse, por baladí. Tampoco fueron al frente ni Wilson, ni Clemenceau, Lord Edward ni siquiera Joffre, Foch ni ningún otro mariscal, a los que, no obstante, todo el mundo les atribuye la paternidad de la victoria. Con igual razón nosotros podemos alegar esa paternidad por control remoto, como se dice ahora. Además, ciertos autores estarán de acuerdo en atribuirnos, cuando menos, un decisivo factor psicológico, ya que los alemanes, al recibir cada día la noticia de un nuevo pueblo que se les echaba encima, pudieron sabiamente, ir descifrando el origen, la causa, el motivo, el por qué de esa nueva agresión, pero al conocer que un pueblo cuya existencia ignoraban —y lo prueba la caricatura ya mencionada de una manera irrefutable— y cuyos odios, inquinas o razones se les ocultaba a todo el esfuerzo de sus molleras concentradas, sufrieron un colapso parecido al que experimenta el que no puede construir un rompecabezas o falla al resolver un crucigrama: *shock* moral, que se llama en medicina. De lo que se aprovecharon los Aliados, como es natural.

Mas si todo esto es cierto también, alguien, por último, se aparecerá —¡oh, ruindad de los hombres!— recordando, a los que reclamamos nuestra tajada de gloria en la gloria de la guerra mundial, que cuando se lanzó la idea de enviar cubanos al frente, por millares se casaron y que de aquella época data el verdadero descubrimiento de muchos de nuestros impenetrables montes. ¿Cómo un pueblo que tanta tierra cogió a la guerra puede ahora alegar su participación en la victoria? La impugnación de este argumento resulta, en verdad, ociosa. Salta a la vista su fragilidad. Si franceses y alemanes no se escondieron fue, sencillamente, porque no tenían donde hacerlo, ya que, el terror a ser soldado desconocido es algo que viene de antes del descubrimiento de Cuba. De haber contado ellos con las montañas de Oriente, no los encuentra ni un detective inglés. Además, para dejar aclarado este punto de una manera definitiva: el arte de la guerra

siempre ha sido el arte de esconderse. Tanto más guerrero y audaz ha sido un pueblo cuanto mejor se ha escondido. Nada más despreciable, a mi juicio, que las referencias eruditas. Vale la pena recordar, sin embargo, que ya los guerreros antiguos se escondían detrás de cascos y escudos de metal; los salvajes más feroces utilizan máscaras para no parecerse a nadie, cuando van a la pelea; las ciudades se han acurrucado medrosamente detrás de las murallas; los guerreros más legendarios de la Edad Media se refugiaron en la cúspide de inaccesibles montañas, y, no encontrándose seguros ni en esa forma, se aislaron por medio de fosos y puentes levadizos y aun fabricaron inexpugnables castillos. Y en los tiempos modernos, ¿qué otra cosa que escondrijos han sido las trincheras? ¿Y los tanques? ¿Se conoce algo más parecido a una tortuga, el animal más escondido de la creación? El mismo avión, ¿acaso no es el aparato mejor preparado para la fuga que conoce la historia humana? La guerra, pues, no es sino el arte de esconderse bien, como ya dije. Y pueblo que se esconde, pueblo vencedor es. De ahí nuestra gran victoria en la Guerra Europea. Y, el que no trague, que consulte serenamente las estadísticas. Ni Francia, ni Inglaterra, ni Rusia, ni Italia, ni el Japón, pudieron vencer a los poderes centrales durante cuatro años. Entramos nosotros y a los pocos meses todo había acabado y pudimos celebrar el Armisticio en Santiago y en La Habana, con sendos arrollaos y congas. Por otra parte, mientras murieron franceses, ingleses, italianos, rusos y japoneses por racimos, los cubanos, con nuestra enjundiosa táctica militar, nos eludimos de una muerte inútil. Y, a no haber sido por la funesta influenza, se hubiera sentado el caso de un pueblo vencedor que no había sacrificado en su epónima victoria ni una sola vida.

Por último, para los que aún no estén del todo convencidos de que fuimos nosotros los que verdaderamente inclinamos la balanza de la victoria del lado aliado, me veré obligado a recordar —aunque siempre luce feo el estar sacando



los favores<sup>1</sup>— que nosotros, al sacrificar el precio de nuestro azúcar, hicimos factible el envío de esta en grandes cantidades a Europa, con lo cual, como fácilmente se colige, fue posible el que se les sirviera café a todos los soldados en las trincheras, trayendo esto como consecuencia, según la opinión de los más sesudos críticos militares alemanes y aliados, que los soldados de esta zona permanecieran desvelados largas horas, al paso que los soldados alemanes eran vencidos por el sueño, y enseguida derrotados por los asaltos nocturnos. Y todo ello, a causa de nuestro azúcar, por donde se ve nuestro gran aporte, no ya al triunfo de la guerra, sino a salvar la civilización. Pues de haber triunfado Alemania, ¿qué hubiera sido de la libertad de los pueblos pequeños? Sólo con haber subido el precio del azúcar a lo que hubiéramos querido, se hubiera producido lo siguiente, según el análisis hecho por avisados técnicos: de inmediato, imposibilidad de los Aliados de comprarnos el azúcar; después, imposibilidad de darles café a sus soldados y, en consecuencia, como sucedía la mayor parte de las veces en las trincheras alemanas, se hubiera dado el caso de haberse tenido que cancelar la guerra por sueño, ya que ambos ejércitos, incapaces de despertarse unos a otros hubieran permanecido inalterablemente en las mismas posiciones, lo que hubiera, a su vez, originado una baja enorme en la venta de los periódicos y, correlativamente un pánico bursátil que hubiera puesto fin a la guerra sin vencedores ni vencidos. Gracias, pues, a nuestro azúcar barato, fue posible la terminación de la guerra. Sin hipérbole puede afirmarse que cualquier machetero de nuestros campos de caña hizo más, mucho más, por la causa aliada, que el propio mariscal Foch. Cada caña de tres trozos cortada, era azúcar para una taza de café aliada, y por ende, desvelo victorioso para un héroe a punto de caer en el insomnio.

<sup>1</sup> Fea costumbre que tiene nuestra aliada, los Estados Unidos, con su historia de la ayuda que nos prestaron en la guerra de independencia.

Creo haber pulverizado, punto por punto, todas las falaces y precarias argumentaciones que suelen oponerse al crédito que, universalmente, debía reconocérse nos como vencedores de la Gran Guerra. Mas, lo cierto es que, no obstante su participación decisiva en la magna contienda, Cuba no ha producido su literatura de la guerra. ¿Por qué?

En rigor, no hay que alarmarse. ¿Es que Cuba tiene su literatura de la paz? A mí me parece que ello debe atribuirse a nuestro carácter radicalmente generoso. ¿Cómo darle importancia, sin mixtificar nuestra idiosincrasia, a nuestros sacrificios, ni siquiera a nuestra homérica victoria? ¿Por qué habíamos de alardear de nuestro triunfo en la guerra mundial, si tan poco nos habíamos ocupado de nuestras propias guerras, las cuales, las pobres, apenas si han servido para que unos cuantos venerables devotos hayan ido malviviendo de los recuerdos de sus héroes, y eso, con la murmuración pública? ¿Para qué ocuparnos del aviador Rosillo, catalán de origen, pero cubano de corazón, que según aseguran algunos estuvo en Francia, si apenas nos hemos ocupado de José Martí, de Antonio Maceo, de Ignacio Agramonte y de otros del mismo prócer linaje? En el fondo, nosotros poseemos una elegancia helénica. Hacemos las cosas y luego no les damos relevancia. Todo es natural para nosotros. Si tenemos un héroe, un artista o un sabio, allá él, que, después de todo, si tal ha resultado ser, será porque la naturaleza así lo quiso. Las culminaciones de esta están reñidas con el *bally hoo*. En esto le llevamos cuantiosa ventaja a nuestra aliada. En los Estados Unidos, apenas un individuo inventa, por ejemplo, un vulgar cosmético, ya sale en los periódicos, le escriben biografías y se les asegura a todos los muchachos que, al lado de semejante químico, Lavoisier mismo no era sino un principiante un poco bruto.

¿Qué de extraño tiene, pues, que no tuviéramos hasta hoy nuestro libro de la guerra? Y, aun, dado nuestro carácter, y la acusación que sobre mí pesa, de vivir protegido por el oro de Moscú, ¿qué de extraño tendrá que se me acuse de falsario,

de irrespetuoso y aun de humorista, por dar a la estampa este libro, réplica cubana de *Sin novedad en el frente?* Como buen cubano, me contentaré con no hacer mucho caso a la crítica vernácula, en la seguridad de que ya vendrá mi reivindicación algún día. Sí otra cosa buena tenemos nosotros, es precisamente la gran paciencia de que disponemos para todo y el no apurarnos por nada. Y he aquí hallada, casi sin querer, otra de las razones fundamentales para no haber producido aún nuestra literatura de guerra: nosotros, por tomarnos nuestro tiempo, siempre empezamos a producir con un retraso sobre cualquier corriente literaria o artística, de quince, veinte y hasta cien años. También esta morosidad nuestra es una gran virtud. Nunca incurrimos en exageraciones que ya no se conozcan.

En todo caso, empero, como se trata de un libro de rigurosa fundamentación científica y cimentado, principalmente, en revelaciones espiritistas —ciencia en la cual los aportes cubanos marchan a la cabeza del mundo<sup>2</sup>—, debo rechazar de plano algunas acusaciones que, seguramente, se me harán.

En primer término, el hecho de que mamá sea una enfebrecida beata del espiritismo y de que, por ello, en casa muchas veces no haya un vaso listo para tomar agua, por estar todos ocupados en oraciones a los distintos espíritus de los cuales ella es devota —Juan Bruno Zayas, la hermana María y muchos más— me exime de la imputación de irreverente hacia una creencia que es, sobre todo, una cuestión de familia. Si los muertos salen, el Soldado Desconocido, que también es un muerto como otro cualquiera, tiene derecho a salir también.

Mucho se ha argumentado en contra y a favor de la salida de los muertos. Yo, por ejemplo, a pesar de mi fe, no puedo dejar de constatar el hecho, de que, en una larga prisión en que estuve, en la cual mis camaradas casi todos tenían en las costillas algún asesinato, y que, en conjunto, por

<sup>2</sup> Nuestro espiritismo tiene manifestaciones múltiples: literarias, musicales, coreográficas y económicas.

los alrededores de la cárcel debía haber un par de miles de espíritus, lo cierto es que ninguno salió jamás, ni hizo la menor señal de su presencia. ¿Debe esto considerarse como definitivo? Falso. Y ello porque, ante todo, hay que partir de la base de que los muertos también son humanos, y ¿cómo iban a pensar en salir, a presencia de semejante grupo de forajidos? Los muertos —no debe olvidarse— no pierden su condición de vivos, y la puñalada por la espalda que recibieron como pasaporte para el otro mundo, les enseñó que con hombres dispuestos a ir a presidio, no se puede andar con jueguitos, ni lucecitas, ni nada de eso. Por eso, los espíritus no aparecen en las cárceles, donde, además, la disciplina es extremadamente rígida y peligrosa.

El argumento a favor es que, por el contrario, hay muertos que salen en todas partes y que le salen a cualquiera, por muy buen resguardado que esté. Y esto refuerza sólidamente mi tesis de que los muertos siguen siendo vivos en todos los sentidos. En efecto, ¿quién no recuerda los sustos que hemos pasado nosotros por andar sacándole a la gente determinados muertecitos?

No hay duda, desde luego, que este problema, como todos, pertenece a la relatividad y, si se me permite, yo formularé la teoría de la aparición espiritual de esta suerte: el que ha sido vivo antes de estar muerto, ese sale de todas maneras; y el que ha estado muerto antes de morir, ese no sale de ningún modo ni a nadie. De otro modo: hay muertos, amigos del descanso, muertos de temperamento abúlico, que no salen de ninguna forma y otros que, por el contrario, por mucho que se guarezcan los que les temen, salen siempre, por encima de todos los obstáculos, y, como suelen ser muertos con propósitos determinados, en definitiva se salen con la suya. Y, claro está, que estos son sólo principios generales, porque si me pusiera a clasificar los muertos, de acuerdo con sus actividades y temperamentos, necesitaría otro ensayo, que no este lugar.

Sentada ya sobre bases firmes la evidencia científica de la salida de los muertos, me resta sólo desvirtuar ciertas insinuaciones de la crítica llamada seria sobre la veracidad de mi trabajo. Si en Cuba muy pocos se atreverían a negar el espiritismo, en cambio, sí hay muchos que dudarán de mi capacidad para ponerme en comunicación mediumnímica con cualquier ser. Estos individuos objetarán de fijo, que yo no he sido favorecido realmente durante mi estancia en Nueva York por las visitas del Soldado Desconocido sino que, más bien, influido, yo, como don Quijote, por la lectura de los libros de la guerra, y aun por las películas que de ellos se han filmado, me he dispuesto al truco y he escrito falsas narraciones.

Muy fácil me resulta destruir esa presunción. Jamás he leído, uno solo, de entre los famosos libros de la guerra. Si no lo sabían, ya lo saben. Ni de Remarque, ni de Arnold Zweig, ni de Barbusse. Ello no significa que me haya podido sustraer totalmente a su influencia. Largo y tendido he escuchado a mis compañeros hablar de ellos. Por si también lo ignoraban ya lo saben: una de las formas que más he aprovechado yo para aprender es dejar que otros lean y luego me cuenten sus impresiones. De esa manera, he ahorrado una barbaridad de tiempo. En cuanto a las películas de guerra, de estas sí he visto varias, no lo niego. Pero de ahí, a decir que mis lecturas de oídas y sesiones cinegráficas he sacado yo mis relatos, hay enorme diferencia. Véase por qué. Yo he leído sobre astronomía y botánica y otra porción de cosas, sobre las cuales no he escrito por mucho que me interesen e impresionen. Y en punto a películas, si algunas de guerra he visto, muchas más las he sufrido de gánsters, reinas, policías, bandidos, *cowboys* y niñas ingenuas que se casan con millonarios. Y, a pesar de que estas suelen ser tan malas como las de guerra, jamás me ha dado ni por escribir la biografía de Al Capone, ni aventuras de Tom Mix, ni amores inéditos para Janet Gaynor.

Echados por tierra todos estos argumentos, sólo me queda por rebatir ya el tan poco gentil de «¿por qué he sido yo y

no otro el favorecido por la amistad y las confesiones de Hiliodomiro del Sol, Soldado Desconocido de Arlington?».

Como buen marxista, yo podría en este caso ir desdoblando la serie de causalidades que fueron propiciando el que un día, por casualidad, nos encontráramos Hiliodomiro y yo. Mas rechazo hacer esto para no cansar y me acojo al crédito público. Hay quien se encuentra un billete de cien pesos y todo el mundo se lo cree. Cuando un novelista necesita que se acabe el libro, hace que determinado personaje mate al protagonista, y todo el mundo está conforme y nadie protesta. Cuando en las películas del Oeste, un *cowboy* dispara cien tiros con un revólver de seis cápsulas, todo el mundo se emociona y admite la creación del revólver-ametralladora, no sólo sin protestar, sino encantado. Cuando compra cualquiera un billete de lotería y durante veinte años no se saca un centavo nadie protesta y todo el mundo sigue jugando. Cuando se casa uno con una mujer nacida en Borneo, nadie se pone a indagar la razón del misterio de esa realidad. Cuando, en fin, un vendedor de rábanos llega a lo que ni él mismo soñó llegar jamás, nadie protesta tampoco... ¿Y se me va a negar ahora, a mí, el derecho de haber tropezado con el Soldado Desconocido, y el que este me diera su confianza? ¡Vamos, hombre! No hay que hacer caso a tales suposiciones y dejar el asunto a un lado. Y el que quiera creer que crea y el que no, que dude o que niegue. ¡Que sí, por casualidad, se le ocurre al Soldado Desconocido protegerme y conseguirme algún alto puesto, ya tendré yo también quien venga a reunirse conmigo por casualidad!...

No quiero terminar esta ya larga, pero necesaria disquisición introductoria, sin rebatir las críticas sobre la interpretación que puedo haber dado yo a las confesiones de Hiliodomiro. Rechazo enérgicamente esas suposiciones. Y, la mejor prueba de ello, está en que él sigue siendo mi amigo y que nuevas revelaciones me hace a cada rato, que si tengo tiempo alguna vez, recogeré. Por lo demás, él no ha dejado de ser cubano, por muy soldado desconocido que sea, y no puede, por

tanto, dejar de tirar a relajo un poco su alta posición. Y esta es la mejor prueba de la fidelidad de mi interpretación: el que Hiliodomiro, soldado desconocido, no sea otra cosa, en el fondo, que un tipo de relajo. Ni más, ni menos, que cualquiera de nuestras grandes figuras.

Sea, pues, este libro, el comienzo de una fecunda literatura cubana sobre la guerra mundial. No tengo ambiciones de gloria y de triunfo con él, y únicamente reclamo, si se me permite, el derecho de haber sido el precursor. Y si alguien alega que es muy tarde para salirse ahora con un libro de la gran guerra, que esto no sea obstáculo, porque, como la próxima gran guerra está al caerse de la mata, como vulgarmente se dice, estos libros cubanos serán precursores de esa gran contienda y, alguna vez, habremos sido nosotros los iniciadores de una nueva corriente literaria.

Nueva York, 1936

## I

Cuando conocí al Soldado Desconocido, ya este tenía la experiencia que sólo dan los años y había perdido un poco de resabios y de pretensiones. Por ello, y por un complejo de circunstancias que nos atrajeron con mutua simpatía, fue conmigo enteramente franco y cordial y me narró interesantísimos episodios de su vida. En realidad, desde aquel momento yo llegué a la conclusión de que el Soldado Desconocido debía ser más conocido. Y, por eso, me he dispuesto a dar a conocer, con la exactitud que demanda la historia, la biografía de un ente, extraordinario a la fuerza, verdadero infarto mitológico en medio de la claridad de nuestro tiempo.

El motivo inicial de estos relatos, debe ser, desde luego, cómo conocí al Soldado Desconocido, entre otras razones, por lo interesante que la cuestión fue, así para mí como para él.

Sucedió ello el cuatro de julio de 1935, en la ciudad de Nueva York.

Tal día, es el de la fiesta nacional norteamericana.

Aprovechando la circunstancia de que vacaban las oficinas y factorías, los revolucionarios cubanos habíamos convocado a un mitin en el Club Cubano Julio Antonio Mella, en la Quinta Avenida y la 116, con el propósito de recabar el apoyo moral y material del movimiento popular norteamericano para la lucha contra los nuevos tiranuelos de nuestro país.

El mitin fue magnífico. Se llenaron los salones y se prodigaron generosamente los aplausos a todos los oradores. Particularmente, yo obtuve un éxito extraordinario.

Ocurrió que, por ser el último orador, cuando me llegó el turno para hablar casi no me quedaba nada interesante que decir sobre la situación cubana y, entonces, exprimiéndome la imaginación, ocurrióseme ligar los acontecimientos mun-



diales del día, la experiencia de la historia y ciertos conceptos filosóficos deliberadamente vagos, con los aspectos de la lucha contra el imperialismo en Cuba y, como les suele ocurrir a los que no son oradores, que improvisando quedan mejor, coronó mi trabajo el más rotundo triunfo.

Como procede, al objeto de esta explicación, debo referirme a la parte del discurso en que hice mención a la pasada guerra mundial y a la posibilidad de que se repitiese el «espetáculo». Recuerdo que estuve feliz al referirme a las patrañas de que se habían valido las potencias para justificar y glorificar la horrenda carnicería. Entre estas patrañas hice referencia concreta a la deificación del Soldado Desconocido y tuve un acierto singular cuando señalé cómo ninguna de las innumerables estatuas que se han levantado a este mártir anónimo de la matanza, tenía ni la figura ni las facciones de un negro. La idea produjo impresión en la asamblea, que la acogió como una revelación.

De todas maneras, lo interesante de toda esta afortunada especulación oratoria es que motivó la entrevista que voy a referir inmediatamente.

Cuando terminó el mitin, yo, como presidente, o *chairman*, como se dice acá, hice una petición de dinero para luchar contra la guerra y contra el imperialismo en Cuba. Comencé, prudentemente, solicitando un simpatizante que tuviera cinco pesos para dar. (Ustedes saben. Se acostumbra hacer un ingenuo truco que consiste en dar de antemano esta cantidad para que alguien se decida a romper el hielo y los demás no tarden en emularlo.) Y sucedió lo inverosímil. Se adelantó, inmediatamente, a dar los cinco pesos convenidos nuestro compañero encargado del truco y, entre aplausos, otro oyente se levantó para ofrecer diez pesos para la lucha contra la guerra. En la mesa nos miramos unos a otros para averiguar quién era el autor de semejante reforma genial a nuestra estrategia. El resultado fue tan estupendo que rompimos todos los records de recaudación aquella noche. La afluencia de donantes fue tal que apenas si tuvimos tiem-

po de fijarnos en el hombre que había dado «diez pesos para la lucha contra la guerra».

Pero, a la salida, el hombre me estaba esperando. Era un mulato alto, bastante bien vestido, aunque se notaba que la ropa era un poco anticuada. Era más bien delgado, pero fuerte, de rostro simpático y charla fluente en la que pronto noté algo raro, algo que me traía recuerdos de la infancia y de la adolescencia.

El hombre, saliendo del Club, se me presentó y enseguida todo quedó aclarado entre nosotros.

—Me llamo Hiliodomi del Sol, y soy de Cuba, de Santiago de Cuba...

—¡Cómo! —le interrumpí—. ¿Usted es Hiliodomi del Sol?...

—Yo mismo... ¡Qué! ¿Usted me conoció, acaso?...

Me extraña, porque usted es muy joven... Sin embargo... (Y el hombre se quedó pensando un rato.) Venga acá —me dijo—. ¿Por casualidad usted es hijo de don Félix de la Torriente, aquel maestro que tenía un colegio en Santiago, allá por el año 14?

—Claro que sí, que soy hijo de don Félix —le dije— y, aunque yo era un muchacho, me acuerdo perfectamente de usted.

Entramos en una cafetería de Lenox y tomamos algo en una bandeja para propiciar la conversación evocadora.

—Caramba —comencé— yo me acuerdo de usted, porque usted era un hombre famoso para los muchachos allá en Santiago. Nosotros le decíamos el Habanero, porque decíase que una vez había ido a La Habana y traído dichos de allá. Usted siempre estaba de guaracha y de rumba. Y tenía bronca por los cafés con aquel Aparicio que era tan grande. O andaba de serenata con Sindo Garay, el guitarrista. Era un hombre alegre y guapo, por eso los muchachos lo conocíamos. Usted cuando llegaba la fiesta de carnaval de Santa Ana, Santa Cristina y Santiago, arrollaba con la comparsa de los Hijos de Quirino y una vez me acuerdo que, frente al

Club San Carlos, con un grupo de amigos, plantaron un catre en la calle y orinales nuevos y los llenaron de cerveza... La gente se reía a carcajadas y ustedes estaban borrachos y nosotros los seguíamos en pandilla cuando tomaron por San Félix para abajo y se llevaron de la Plaza de Armas varios músicos tocando clarinetes y bebiendo cerveza en orinales, que parecía que bebían meao. Así llegamos hasta el barrio de Los Hoyos y allí se armó la gran parranda que hasta nosotros arrollamos...

Noté que mi evocación había llenado de complacencia a mi interlocutor. Desde luego, había halagado su vanidad y, sobre todo, le había refrescado recuerdos agradables de su turbulenta juventud.

Impresionado favorablemente hacia mí, fue que asumí aquella actitud tan rápida en lugar de emplear los rodeos que, sin duda, hubiera utilizado, para darme a conocer su verdadera personalidad. Por ello, cuando le pregunté, para infundirle nueva vida a la conversación, qué hacía en Nueva York y por qué había desaparecido de Santiago, me dijo, sin más rodeos:

—Yo sólo estoy en Nueva York de visita hoy. Yo soy el Soldado Desconocido de Arlington...

Mi estupefacción fue silenciosa y hondamente pensativa. Al pronto, saqué recuerdos de mis abigarradas lecturas y admití la posibilidad de una locura sifilítica, cosa bastante natural en quien había hecho una vida tan correntona.

Pero Hiliodomiro me atajó enseguida y con esa efectiva clarividencia que sólo los espiritistas han tenido el talento de reconocer en los muertos, me dijo:

—No, no se trata de ninguna locura. Recuerda y obsérvame. Yo soy otro hombre. Yo era más joven que lo que eres tú y sólo han pasado unos quince años desde entonces...

Consideré que lo mejor era dejarlo hablar.

—¿No te acuerdas de cuando vino la guerra?... Bueno, tú eras muy muchacho y yo era muy borracho para que le

diéramos importancia a aquello... Pero seguro estoy de que tú tomarías parte en las «guerrillas» del Tivolí, Los Hoyos y la Plaza e' Marta y que alguna pedrada cogerías en ellas. Y yo, por mi parte discutí violentamente en el café, a favor de Francia, hasta «jumarme» y cantar *La Marsellesa*.

»Pero de *La Chambelona* sí te acordarás mejor, porque esa fue en Cuba y nos tocó directamente y el mismo Santiago fue tomado y perdido por los alzados, cuando nos retiramos para Songo, con Rigoberto y Loret de Mola. Bueno, los liberales no quedamos muy bien parados que digamos y cuando vino la cuestión de meter a Cuba en la guerra, por guataquería a los yanquis, nos metieron los monos en el cuerpo con aquello del Servicio Militar Obligatorio... ¿No te acuerdas de aquel desbande que se armó de todo el mundo a casarse para no tener que ir a la guerra?... A mí se me ocurrió lo mismo. Pero ¿con quién me iba a casar? Tenía cuatro o cinco muchachas donde escoger, pero si me decidía por una me iba a tener que pelear con las otras y pensando pensando se me ocurrió que lo mejor era huirme un tiempo de Santiago, «perderme», para salvarme de ir a la Guerra donde nada se me había perdido. Y, como era amigo de parrandas de tantos marinos, me fue fácil embarcar sin pasaporte ni nada y venir a dar a Nueva York.

»Aquí no quiero decirte. Ya tú conoces esto. Al principio escapé bien y por el sólo hecho de andar «juma» y de no hablar inglés me libré dos o tres veces de ir a parar a un campo de entrenamiento. Ya estaba preparando mi viaje para la Argentina, cuando un día, al salir del *subway* me encontré con un cordón de policías que iban separando a los hombres de edad militar, sin preguntarles si eran americanos o no. Para mi desgracia, ese día no había probado ni jota y parece que, por ello, mis argumentos carecían de esa lucidez que da el buen alcohol.

»Nada me sirvió. Por último, de estúpido, quise utilizar los servicios del Cónsul y del Ministro, pero estos tipos se ensañaron conmigo y no sólo no me ayudaron a escapar sino que

impidieron que yo fuera con las tropas americanas que fueron a la guerra, a jugar la pelota allá, en el valle de San Juan, cerca de Santiago.

»Fui a dar a un campo de entremamiento en Texas. Monté en unos caballos que parecían mulos; rompí a bayoneta-zos qué sé yo cuántos muñecos de cuero y arena; me tiraron desde aeroplanos con paracaídas; hice túneles para poner minas; cargué alambres de púas para plantar trincheras de alambre y, por último, como era grande y fuerte, me pusieron a practicar el lanzamiento de granadas... Te aseguro que nunca en mi vida he estado tan fuerte. Esa gente parecía que se había propuesto prepararme para quitarle el campeonato a Jack Johnson. Y, en efecto, como si la guerra fuera a ser a puñetazos, todas las tardes me metían en el ring con boxeadores profesionales encargados de darnos tremendas palizas. Una vez que no pude aguantar más golpes, me acordé de cómo nos fajamos en Santiago y le pegué una terrible patada por los cojones al instructor que por poco lo mato. A poco más me salvo de ir a la guerra porque se me hizo Consejo de Guerra y se me iba a juzgar severamente por insubordinación e indisciplina; pero me defendí tan estúpidamente que el tribunal reconoció en mí defectos naturales en un temperamento combativo y valeroso y acordó enviarme para Francia antes de terminar el entrenamiento...

»No te quiero contar... Por lo pronto, nos embarcaron para Nueva York. Allí nos pasearon por las calles atestadas de un público inmenso que había ido a comprobar que otros se iban por él y nos aplaudía a rabiar, en el fondo exteriorizando su alegría de quedarse, y por donde quiera nos tocaban el *Tiperary* y el *Over there*... Ni sé cuántas viejas me abrazaron llorando, llamándome. ¡Hijo!... Y qué sé yo cuántas muchachas me besaron. Yo iba marchando nada más que vigilante a la oportunidad de salirme de filas y desaparecer, pero el entusiasmo de la multitud por quedarse y vernos partir era tal, que había hecho una verdadera muralla a lo largo de todo Broadway hasta los muelles y nadie en el mundo

hubiera podido barrenar aquella pared humana. Al cabo, convencido ya de que, por lo menos hasta el barco, no tenía ninguna oportunidad, y, como además, los admiradores me habían ido ofreciendo tragos de *whiskey* por el camino, determiné poner a mal tiempo buena cara y comencé a marchar con una marcialidad digna de un prusiano de los que despanzurré en Francia más tarde. Y, como entonces apenas había españoles en Nueva York, pues aproveché para gritar todos los ¡Me cago en Dios! ¡Viva Cuba! ¡Muera Francia! y ¡Viva el Kaiser! que me dieron la gana de gritar, y los gritos se confundían con los *overtheres* y el entusiasmo de la juventud... Muchas muchachas al reconocerme extranjero me imaginaban un caballero moderno que iba a sacrificar mi juventud y mi vida por la libertad y me besuqueaban y se restregaban conmigo emocionadas hasta el espasmo... Yo respondía a estas efusiones con gritos de ¡Muera Washington, coño!... y ellas entendiendo lo de Washington aplaudían frenéticamente...

»La multitud aleccionada por los periódicos gritaba: «¡A pagarle la deuda a Lafayette!... ¡Viva Francia!...» Yo, indignado, me preguntaba cómo esta gente había esperado siglo y medio hasta que yo estuviera en edad militar, para ir a pagarle la deuda a Lafayette... Con el sentido comercial que tiene este pueblo —pensaba yo— los intereses que tendrán que pagar ahora serán enormes... Pero, sobre todo, lo que me indignaba era que tuviera que ir yo también a pagarle la deuda a Lafayette... Porque ¿qué le debía Cuba a Francia? Como no fueran los saqueos de los corsarios franceses capitaneados por Jacques de Sores, ninguna otra cosa le debía.

»Pero, de pronto, otros gritos brotaron bajo los auspicios del interminable *It is so long to Tiperary*...«¡A pelear por la libertad de los pueblos pequeños!...»

»No pude más. Me indigné hasta el colmo y comencé a vociferar:

—¡Partía de cabrones!... ¡Qué pueblos pequeños ni qué carajo! ¡Acaso no son pequeños Cuba, Puerto Rico, Haití,

Filipinas, Hawai, Panamá, Nicaragua, y los tienen ustedes jodidos hasta no poder más!... Lleno de rabia tiré el fusil en tierra y una avalancha de pueblo se me tiró encima y me cargó en hombros vitoreándome hasta desgañitarse... Habían oído los nombres de tantos pueblos oprimidos y comprendieron instintivamente que yo había pedido la libertad de esos pueblos... Por eso, vociferaban a más y mejor y me proclamaban a priori paladín ayudándome a irme para Francia a pelear allí por la libertad de lo que podían dar en Washington tranquilamente...

»Debo reconocer que yo fui el héroe del embarque. Mi nombre corrió a todo lo largo del regimiento y me llamó el Coronel para felicitar me por mi ardor patriótico, reconociendo delante del Estado Mayor la tradición bélica del pueblo cubano y el heroísmo de Roosevelt en la batalla de San Juan y el Caney, donde unos cuantos españoles bien bragados pusieron en ridículo a los yanquis que tuvieron que apelar, por último, a la astucia y la audacia de los mambises de Calixto García.

»Y así comenzó mi carrera de héroe de la guerra. En el barco ya, acorralados como reses, entre pitazos, *La Marsellesa*, los alaridos de la multitud, el *Stardt Spangler Banner* y el *God Save the King*, partimos de los muelles. Así pasamos ante la Estatua de la Libertad, más rígida que nunca, aunque agitada por todos los lados con banderitas francesas, inglesas y americanas, que nos despedían para la matanza.

»Frente a la Estatua de la Libertad, y ya seguro de que nadie me entendía, comencé de nuevo mis insultos, gritando:

—Adios, ¡hija de la gran puta...! ¡Ojalá te destroce un avión, so cabrona!...

»Un soldado me tocó en el hombro y, mirándome con gran seriedad, me dijo en un perfecto español de México:

—Choque esos cinco hermano que, por culpa de esa gran chingada de la libertad, es que nos llevan a que nos pinchen por todos los lados... Nosotros también vamos a pagarle la

deuda a Lafayette... cuando todavía debíamos cobrarnos más lo de Maximiliano!...

»Del viaje tampoco quiero contarte nada. Íbamos, como ya te dije, acorralados, como rebaños, y, apenas salimos de Sandy Hook y comenzaron los primeros golpes de mar, toda aquella gente que no había visto nunca el agua ni para tomarla, muchos, comenzaron a marearse y vomitar y el asco fue tal que los que no nos mareábamos por el mar teníamos que arrojar por la porquería de todo aquello. No había un lugar limpio en donde sentarse y, para dormir, hubo que echar cubos de agua por dondequiera con el resultado de que la porquería se quedó, pero más abundante, aparte de la humedad.

»Sin embargo, las noches eran peor que los días, porque apenas alguien soltaba la primera leyenda sobre los submarinos ya a todos se nos subían los huevos al pescuezo, a pesar de que íbamos rodeados por aquellos buques mosquitos que tan bien protegían los transportes contra los torpedamientos.

»A lo mejor, de pronto, sonaban las cornetas y las sirenas y había que precipitarse a los botes, con un frío del carajo, porque al Coronel se le había ocurrido un simulacro de naufragio... ¡Me cago en su madre!... Y luego resultaba un problema encontrar el equipo de uno... Y si no se encontraba, corte militar segura...

»Por eso, cuando, por fin, arribamos a Francia, aunque sabíamos que allí íbamos a dejar el pellejo y el alma, vimos los cielos abiertos. Quien más quien menos, después de tanto tiempo de abstinencia forzada, recordó con delicia las delicias de las habilidades de las francesas... ¿No te acuerdas de Barracones y Marina?... Allí cogí una gonorrea de «garabatillo» que todavía, con los años que llevo en Arlington, me corre por los huevos como si con ella no fuera lo de la muerte... Te aseguro que este problema de mi gonorrea francesa es lo más que me ha hecho pensar en eso de la



inmortalidad de la Francia y en que, efectivamente, yo también le debía algo a Lafayette.<sup>3</sup>

»Llegados a Francia, la imaginación se nos abrió a todas las especulaciones. Miles de viuditas rubias, finas y cariñosas, nos vieron desfilan con nuestra pestilente marcialidad por las calles de Brest. El recibimiento, teniendo en cuenta las proporciones, fue parecido a la despedida de Nueva York. Sólo que allá nos recibían como los héroes que venían a matar más *boches*; a evitarles la violación y a sustituirles los esposos...

»Yo, para contribuir a pagar la deuda de Lafayette, *in mente* me propuse un festín de francesitas, acordándome de aquella casa que había tenido con Margot, Lilly, Renée y tantas otras que tan buenas ganancias me dejaron.

»Para nuestra desgracia, la cosa estaba en extremo difícil por Los Argones, por Chateau Thierry, por Iprès, y por qué sé yo cuántos lugares, de manera que apenas cruzamos la ciudad nos acorralaron de nuevo en un tren interminable y nos pusieron camino de Chalons. Por los pueblecitos salían viudas y más viudas a saludarnos. Estaban frescas como lechugas, pero nosotros no parábamos en ningún lado. Por fin, llegamos a Chalons y allí nos revistó el mariscal Joffre, gordo, amplio, bigotudo, con más cara de médico de pueblo que de general. Pero lo cierto fue que echó un discurso corto y al final gritó: *¡Vive La France! ¡Vive les États Unis! ¡Vive Lafayette! ¡Vive Washington!* y todo el mundo levantó los rifles y comenzó a gritar, rebuznar y relinchar a más y mejor. Yo, indignado, por el olvido en que se tenía a Cuba, representada por mí, comencé a cantar a todo pecho *La Chambelona*:

Aé... Aé....Aé la Chambelona  
Aspiazo me dio botella  
y yo voté por Varona.

<sup>3</sup> Yo, al transcribir, con toda la fidelidad que reclama la historia, estas declaraciones que no dejan de parecerme un tanto cínicas, del Soldado Desconocido, comprendo que me escapo de recibir el día menos pensado la cruz de la Legión de Honor... Pero el historiador todo lo debe arrostrar por el esclarecimiento de la verdad.

»Como mi voz era terriblemente alta, al cabo se hizo notar más de la cuenta y tuve el honor de que el mariscal Joffre se me acercara para preguntarme qué canto era el mío.

»El regimiento hizo un silencio mortal. Era para impresionar a cualquiera. Pero yo salí con facilidad del apuro, explicándole que *La Chambelona* era el grito de guerra de los más feroces indios siboneyes, cuyo desayuno consistía en un daiquirí de corazón de español y pólvora de arcabuz. El mariscal Joffre, emocionado por el símbolo sangriento del himno de mi país, recordando que ciertos pueblos salvajes se frotan la nariz en señal de amistad, delante de todo el Ejército primero me besó ambas mejillas a la francesa y luego se frotó ampliamente conmigo la nariz, pensando que este era el saludo que correspondía a las feroces tribus cubanas de *La Chambelona*. El Ejército rugió de entusiasmo ante el gesto democrático del Mariscal de Francia y todavía yo recuerdo las ganas que me entraron de morderle el bigote apesotado de vino que me restregó por la cara...

»De la Guerra realmente puedo contarte poco. Cometí el error de contarle al Coronel de mi Regimiento, que pertenecía a la Ciencia Cristiana, algunas de las costumbres de los indios «chambeloneros», de los cuales yo descendía. Le aseguré que pensaba encuadernar todos los libros de la Biblioteca Nacional de Cuba con pellejo de alemanes como construían mis antepasados sus chozas con huesos de conquistadores españoles, y el Coronel se horrorizó. Pensó que los alemanes iban a utilizar para propaganda política mis desafueros, y dispuso que yo pasara a la retaguardia, al sector de Sanidad Militar. Allí, asegurando que ningún plato podía ser tan sabroso como una buena nalga de *boche* bien estofada, el jefe se espeluznó por mis instintos antropófagos, y, aunque se habló de licenciarme, me pasarom aún más atrás, a los hospitales, en donde, sólo de tarde en tarde, oía el ruido de algún avión que dejaba caer su bombita y que acababa por caer él, envuelto en llamas.

»En realidad, el *bluff* me iba salvando de tomar parte verdaderamente en la guerra al paso que, por otro lado, tenía

ya mi problema resuelto con las heroicas enfermeras, a las que parece que no les caía mal mi color un poco trigueño y mi forma de feroz guerrero, descendiente del cacique Rigoberto, y la historia de mis sombríos apetitos de carne humana...

»Pero la dicha no puede durar mucho en la tierra y al fin caí gloriosamente en los campos de Francia. La guerra es la guerra. Ya tú sabes que vino aquella terrible epidemia de influenza. Bueno, pues yo, aunque fui citado varias veces en la Orden del Día, por mi heroísmo en la cura de los enfermos, no pude evitar la enfermedad y, por lo mismo que estaba bien alimentado por mis enfermeras, no pude resistir y morí como un valiente entre espantosos escalofríos y rodeado por las lágrimas de todo el cuerpo de *nurses* de aquel hospital de convalecientes. Fue algo conmovedor que aún recuerdo.

»Pero la guerra es la guerra, como ya te dije, y ni después de muerto puedes considerarte tranquilo. A mí me mataron después de muerto.

»Parece que los alemanes se enteraron por su servicio de espionaje que había muerto su más implacable enemigo, y, procediendo con la falta de sentido de caballerosidad innata en ellos, ya que habían sido incapaces de hacerme frente mientras tuve vida, decidieron atacar mi entierro, y cuando iba camino de mi hoyo reglamentario, un Taube cobarde dejó caer una bomba desde considerable altura y no quedó nadie del cortejo. Yo que fui el que mejor parado quedé, me quedé en cueros, sin identificación y con diez o doce huesos de menos. El Taube, alcanzado por una bala perdida, cayó cerca de nosotros. Y, por esta hazaña, fui de nuevo mencionado en la Orden del Día, aunque nadie pudo identificarme. Y así terminó mi historia en la Guerra Mundial.

Caminando caminando, ya habíamos llegado hasta Riverside Drive y nos acercábamos al monumento erigido a la altura de la calle 125, creo, a la memoria del Soldado Desconocido, que estaba cubierto de coronas de flores, y donde iba a pernoctar Hiliodomiro quien no quería irse hasta

el día siguiente para su tumba en el Cementerio Nacional de Arlington.

No dejó de extrañarme que el día en que, precisamente, se le hacían más festejos allá, él hubiera abandonado el lugar y le interrogué. Pero parece que tenía otra cosa en la cabeza y me contestó:

—Más adelante te hablaré de ello.

Llegamos al monumento, rematado por un águila que parece en trance de parir, de puro angustiada que está. Hiliodomiro echó un vistazo por los contornos. Sólo había una pareja arrinconada que se besaba de la manera más ensimismática, prolongada y penetrantemente posible.

—Aquí podemos hablar porque a esos no los separaría ni el bombardeo de un Taube, comentó Hiliodomiro, siempre con sus imágenes de la guerra.

»Debo contarte ahora —de acuerdo con tus preguntas— cómo fue que llegué a soldado desconocido. Tú sabes que a raíz de la guerra, cuando comenzaron a publicarse las primeras fotografías de aquellos campos enormes de cruces blancas, donde a trechos se veían mujeres vestidas de negro llorando, la conmoción fue tan grande que se hizo necesario hallar un paliativo. Yo, después de muerto, por mi contacto con cierto elemento superior del que ya te hablaré, he adquirido alguna cultura. Por eso, te puedo transmitir esta observación, que, desde luego, no es mía. La guerra mundial ha sido la única que no ha tenido héroes... Fíjate que es curioso... Y es lo siguiente. ¿Tú conoces la leyenda de algún buey héroe, que se haya rebelado en el matadero? Pues eso fue lo que pasó. Como la Guerra Mundial no fue más que un matadero en donde el heroísmo revistió una forma negativa, una forma que nunca ha tenido: la resignación, la paciencia, la resistencia a sufrir, a rebelarse, es que podemos decir que en ella no hubo héroes... Tú sabes, perfectamente, que el héroe siempre ha sido un impulsivo, un rebelde. Por eso, si acaso, por paradoja, los únicos héroes que tuvo la guerra mundial fueron los rusos, que fueron los primeros en «rajarse», en ne-

garse a pelear... Bien, pues el caso es que, hasta ahora, el pueblo ha venido tolerando esto de las guerras sólo porque se le recompensa con la leyenda de los héroes. Y, efectivamente, en otras guerras ha habido sus héroes, no te lo niego. Tan es así, que te diré que a nosotros estos otros héroes de verdad nos miran con cierto retintín de desprecio que el día menos pensado va a acabar mal... Y por eso es que, a falta de héroes reales, y para compensar al pueblo de la enorme tragedia de esos campos interminables de cruces blancas en que nadie ha hecho nada, algún tipo inteligente, que a lo mejor fue periodista, lanzó la primera piedra de elegir héroes desconocidos para honrar al resto, suponiendo que todos habían sido héroes.

»Y hay que reconocer que la idea es ingeniosa y que produjo muy buen efecto, pero la desproporción del premio es tan enorme que tú no sabes los líos que ha traído... ¡Imagínate tú un soldado desconocido en Verdún!... ¡Hay lo que ustedes llamarían un terrible problema de desempleo entre los soldados desconocidos!...

»Pero te voy a contar ya cómo fue que me hicieron soldado desconocido.

»Ya te dije que me mataron después de muerto. Esto, te advierto que ha sido bastante frecuente en la guerra. Es más, hay soldado a quien han matado diez y hasta quince veces, porque la artillería, como habrás visto en la película *Sin novedad en el frente*, no respetaba cementerios ni nada, y cuando tú llevabas ya tu mes de enterrado y creías que todo se estaba tranquilizando y que los gusanos podrían trabajar sin sobresaltos, caía una avalancha de metralla y te destrozaban de nuevo. Más tarde, cuando venía la contraofensiva, allí mismo mataban a los contrarios y a seguidas el entierro en común, la confusión de huesos y quedabas ya, hasta el próximo bombardeo, con un brazo de alemán, la pata de un inglés y la cabeza de un negro sudanés de la infantería. Esto, aunque te parezca raro, ha dado origen a numerosas controversias entre los soldados desconocidos y yo mismo no es-

toy exento de algunos de estos problemas. La jurisprudencia sentada en el asunto me ha salvado.

»El caso es que yo tuve más leche y sólo tengo en el cuerpo dos o tres costillas de una *nurse* francesa que era más celosa que el diablo, y por este detalle, cuando escogieron en el Cementerio de Chalons el soldado desconocido que había de descansar en Arlington, tuve la suerte de parecerles muy completo y armónico a los encargados de la selección. Debo advertirte que se tenía cierto cuidado en seleccionar un soldado desconocido. Quien más quien menos trataba de comprobar que el soldado en cuestión, por lo menos, pertenecía a su país; asimismo, se rechazaron esqueletos de negros y hasta hubo quien prefirió escoger los lugares donde habían peleado determinados regimientos. Pero, con todo, la realidad es que, en general, somos bastante desconocidos.

»Ya, después que fui seleccionado, se contrató una banda militar, un regimiento; el Presidente de la República Francesa; el general Pershing; el Alcalde de Chalons; un grupo de lisiados de la guerra y a las doce del día, con un sol espléndido, se pronunciaron sobre mi tumba las primeras oraciones fúnebres en elogio de mi desinterés, de mi heroísmo, de mi generosidad sin límites, de mi abnegación por la causa de los pueblos pequeños y de la libertad del mundo. El Presidente de Francia dijo que yo era tan excelso como Lafayette; más excelso aún que Lafayette y que yo había unido a través del océano, por mi sacrificio, a los dos pueblos más grandes del mundo, asegurando que mi alma sería recibida triunfalmente por las almas de los inmortales guerreros galos y que, a mi entrada en el cielo de la gloria, Napoleón Bonaparte se quitaría su tricornio para saludar mi paso, mientras me presentaría armas un regimiento todo formado por mariscales de la Francia... Cuando dijo esto, te confieso que sentí un escalofrío de emoción. Todo el que estaba presente lloró. Los cañones ladraron como gigantescos perros. Las banderas arrastraron sus pliegues sobre mi tumba. Los rifles de los soldados se pusieron a la funerala. Te aseguro que jamás en la

vida he presenciado nada comparable... Ni los arrollaos de Santiago se le pueden comparar... Después uno, como a todo, se va acostumbrando, pero al principio estos actos son terribles. Te aseguro que los huesos se me arrugaban de emoción...

»Después del presidente de Francia, habló un general inglés quien con gran solemnidad dijo que el pueblo americano era hijo del pueblo inglés y que él sentía que en aquel acto, al honrarseme a mí, se honraba a toda Inglaterra. Un ministro español, que el día antes había asistido al desenterramiento del Soldado Desconocido alemán, rabiaba por hablar y lamentaba que España no hubiera tomado parte en la guerra, en la seguridad de que ese argumento de los pueblos hijos y los pueblos madres lo hubiera él «movido» con más dramaticidad que el inglés. Pero el protocolo lo obligó a callarse, y se limitó a movilizar su dedo índice, como quien dice «ha dado en el clavo». Yo, por mi parte, al sentirme reconocido como un hijo del pueblo inglés, recordé la toma de La Habana por los ingleses y supuse que a lo mejor mi sexto abuelo fue muerto, ignominiosamente, en algunas de las emboscadas tendidas por Pepe Antonio, el héroe de Guanabacoa.

»Mas todo acaba, hasta los discursos fúnebres, y el general Pershing con el sentido americano de que *time is money*, pronunció su discurso con toda brevedad y con la secular falta de talento que se le reconce universalmente desde la pateadura que le dio Pancho Villa. Dijo que agradecía el homenaje que se rendía al pueblo americano, que era el que había ganado la guerra en realidad, y que así como él había tratado de civilizar a México, también había venido a Europa a poner un poco de orden; que gracias a las ideas del presidente Wilson los pueblos pequeños disfrutarían de libertad y que, gracias a mi sacrificio, se había vencido en Chateau Thierry. Dijo, por último, que el pueblo americano me pondría en el mismo plano que a Lincoln, Edison y Ford, porque yo representaba el esfuerzo por conquistar el record de la in-

mortalidad al menor tiempo posible. Y que, sin duda, yo descendía de los peregrinos del «Mayflower»...

»Y me metieron en una caja de hierro, como si yo fuera un tesoro; me encaramaron en un armón y entre himnos y banderas me llevaron para el tren. Las flores me caían desde los aeroplanos y, de vez en cuando, me estremecía temiéndome un bombardeo. Por fin, llegamos al barco y te aseguro que vi los cielos abiertos cuando el barco se alejó y se fueron perdiendo las últimas marsellesas y los últimos discursos... Pero, con todo, no pude dormir tranquilo en toda la travesía, porque uno de los soldados de la «guardia de honor» se la pasó aprendiendo a tocar *La Marsellesa* en una filarmónica... Y, desde entonces, le cogí tal odio a los himnos, que en cuanto hay alguna fiesta, como pueda, me escapo de Arlington...



## II

Hablando y hablando se nos había hecho muy tarde. Los dos amantes seguían «haciendo un silencioso trabajo nocturno de alambradas» —según expresión de Hiliodomirot— y acaso todavía continúen en el mismo, pero nosotros tuvimos que separarnos, no sin que antes el Soldado Desconocido me invitara a pasarme un *weekend* en el Cementerio de Arlington para conocer el resto de sus aventuras. Yo cogí a lo largo de Riverside y él, como en una representación de *Don Juan Tenorio*, pero a la inversa, se fue introduciendo en el mármol del monumento, tan sutilmente como una neblina que se diluía.

Y al primer *weekend* que tuve libre —que han sido todos los de mi estancia en este país— me fui hasta Washington, para visitar el Cementerio Nacional, pero, en el fondo, con la duda prendida de sí, efectivamente, se me aparecería de nuevo el Soldado Desconocido.

Llegué, según me había indicado Hiliodomirot, al atardecer, a la hora en que se hace el último cambio de guardia hasta la madrugada, y cuando el soldado que había sido relevado se alejó, me acerqué a su relevo, quien me presentó el arma, y ante mi más profunda estupefacción, en un cómico español chapurreado, me dijo:

—¡Carajo, Pablo, chico, Hiliodomirot te está esperando a ti!... —Y, con la misma, me dio un afectuoso palmetón en los hombros, como si me conociera.

Inmediatamente, sin embargo, mi estupefacción cambió de motivo, cuando una tenue bruma se fue condensando alrededor del monumento, adquiriendo, a poco, ese aspecto lácteo y denso de las fotografías del ectoplasma. Poco después, todo cobró forma y voz y ya no me cupo duda ninguna de que Hiliodomirot del Sol, *el Habanero*, famoso

parrandero de Santiago de Cuba, era el auténtico Soldado Desconocido de Arlington. De paso, comprobé que el espiritismo es una realidad y, al efecto, Hiliodomiro, con la videncia innata en los espíritus, según ya dije, me advirtió:

—Ya ves. Soy una realidad. Soy, luego existo, como dice todavía mi amigo Renato... Descartes, quiero decir, sabes, pero nos tuteamos, porque le he caído bien ¡y de vez en cuando le gusta su toque de Bacardí! Y que no se te ocurra en tu libro hacer ninguna alusión despectiva al espiritismo, porque entonces le vas a quitar verosimilitud a todo esto y voy a tener que presentarme en todos los «centros» como Juan Bruno Zayas para dar fe de la realidad...

Enseguida se puso a hablar, mitad en inglés mitad en español, con el soldado, que entre risas sacó de no sé dónde, una botella de ron Bacardí, y nos dimos un trago para entrar en calor, porque ya las nohecitas se estaban poniendo frescas.

—Este —me dijo Hiliodomiro refiriéndose al soldado— es el gran cabrón... Nos llevamos muy bien y todas la noches o charlamos, o nos vamos de parranda por ahí, o se va él solo y así no tiene que estarse pasando el tiempo marcha que te marcha delante de este monumento estúpido y pesado... Yo tengo influencia bastante para que lo dejen siempre con este trabajo y así, aun cuando venga la guerra, pues se libra de ser un soldado desconocido, como yo, y verse obligado a estar de retén *ad perpetuam*, como dice Santo Tomás de Aquino, que es un coñón de mil demonios...

»Porque no te quiero decir lo terrible que es estar fijo de posta en un solo lugar toda la vida... O toda la muerte, como tú quieras... ¡Tú no sabes las ganas que tengo de ir a pasarme unos carnavales a Santiago!... Pero me es por completo imposible... Las obligaciones de mi cargo me lo impiden en lo absoluto. ¡Y gracias que yo he sabido «trabajar» al tipo este y puedo pasar mis noches por ahí!...

Mi silencio interrogativo fue suficiente para que Hiliodomiro comprendiera y se extendiese en las consideraciones necesarias.

—Te voy a explicar —me dijo. No pienses que es una «botella» lo que tengo. Nosotros, los soldados desconocidos, tenemos un trabajo muy intenso que realizar.

»Debes saber que, al principio, no hacíamos nada más que recibir honores; mas cuando se generalizó esta idea de honrar a los héroes anónimos, la avalancha fue tal que hubo que poner un poco de orden y hacer una especie de Liga de las Naciones lo suficientemente elástica para ir culipandeando entre tantas protestas y limar asperezas, como dicen todos los diplomáticos, vivos y muertos.

»Como comprenderás, se formó un Consejo Supremo de la Liga, atendiendo a las categorías, y yo, como Soldado Desconocido de Arlington, entré a formar parte del mismo. Inmediatamente, surgieron las envidias y los insultos y los ataques. Los otros soldados desconocidos de este país rechazaron, indignados, la idea de que yo, un mulato, y cubano además, un *spanish* como ellos dicen despectivamente, fuese quien los representase. Pero yo me defendí con la elocuencia de un candidato a Senador, y a uno le dije: Si usted es judío ¿a qué viene a decirme que soy extranjero? A otro: Si usted es alemán y no yanqui, y, en realidad no ha sido más que un traidor, ¿a qué viene a combatirme? A otro más: Si usted es un italiano que debió irse a pelear tres años antes, ¿a qué viene a protestar?... Y así, uno por uno, fui rechazando soldados desconocidos americanos, húngaros, rusos, franceses, polacos y hasta filandeses... Sólo quedaba uno que, por casualidad, era realmente americano, y para más señas, de Boston, graduado de Harvard y descendiente de los peregrinos del «Mayflower», pero el pobre era tan estúpido e hipócrita que como el día de la asamblea caía domingo, temía asistir a ella, para cumplir con las Leyes Azules de Massachusetts, y al fin fui acatado por la gran mayoría. Esto aparte, desde luego, de la declaración del Soldado Desconocido inglés, quien, pensando que, por no tener yo muchas simpatías por los yanquis, sería un buen aliado suyo en el Consejo de la Liga, afirmó que sólo me reconocería a

mí, oído lo cual por los americanos y temiendo una nueva cuchufleta de Bernard Shaw, se apresuraron a ratificarme en el puesto.

»Yo sólo te cuento lo mío, porque no me gusta chismear. Esto que te voy a contar es sólo para ti, desde luego... (El soldado de posta ya se había dormido, después del décimo trago.) Mira, lo que pasó conmigo, pasó con todos más o menos. Con el inglés no. Ese sí es inglés legítimo. Esa gente todo lo prevén y, por eso, aunque dicen que lo recogieron en Iprès, la realidad es que nunca estuvo en Francia, porque los encargados de hacer su selección, para no incurrir en errores, dirigidos por el Ministerio de la Guerra, enterraron antes a un miembro de la Cámara de los Lores, y a ese fue al que le hicieron los honores... Sí, porque ellos pensaban con muy buen juicio, que a la Guerra sólo habían mandado a toda la canalla de los barrios bajos de Londres, o a irlandeses que no podían ver a Inglaterra, o escoceses de quienes ellos se burlaban... Sin contar, claro está, a los indios y negros y canadienses y australianos, que bastante honor habían recibido ya con habérseles permitido morir por Inglaterra... En cuanto al soldado italiano, resultó ser un tirolés y el pobre, en realidad, no sabía si era italiano o austriaco, por lo que el soldado inglés lo rechazó enérgicamente y, contando con mi apoyo —no te negaré que entonces tenía yo mis prejuicios raciales— impuso a un negro de Trípoli que no podía ver a los italianos... El soldado francés resultó ser francés, pero por casualidad. Para comprobarlo, no hubo más que tocarle *La Marsellesa*, y aunque el pobre había sido un modesto y pacífico boticario de Lyon, apenas escuchó los acordes de *La Marsellesa*, su rostro se puso tan feroz que parecía un antiguo galo... No hubo duda ninguna... No te ocupes, para los franceses *La Marsellesa* es como para los cubanos *La Chambelona* o para los mejicanos *La Cucaracha*... En cuanto al soldado ruso, después de lo de Kerenski, se nos pasó a los bolcheviques y allá está en la Plaza Roja, en Moscú...

»Pero no te he contado lo mejor. Lo que nos ocurrió con el soldado alemán. Esto sí fue fenomenal... Yo no sé, a esta gente con tantos cálculos y tantos estudios, siempre les coge la noche, igual que a nosotros los negros... Nosotros, no, qué carajo, que yo no soy negro... que estoy bien «adelantao»... Pues el caso fue, según hemos averiguado, que los alemanes, para perfeccionarle la obra a los ingleses, escogieron una comisión de antropólogos eminentísimos, que dictaminaron cuál era el arquetipo del alemán entre una montaña de huesos... Y verás lo cómico: escogiendo un cráneo aquí, una clavícula allá; un fémur en un lado y un hioides por otro, con un talento maravilloso completaron los quinientos y pico de huesos que tiene el esqueleto humano, según me ha contado mi amigo Ambrosio Paré, con tal precisión y exactitud milagrosa que todos correspondieron, efectivamente, a un sólo individuo, con sus mismas muelas, colmillos y dientes, inclusive uno que tenía medio picado... Es algo para pasmar a cualquiera, te lo aseguro. Puesto en su ataúd, «armado» como suele decirse, el hombre tenía seis pies, era calvo, robusto, barrigón (claro esto se desprendía de la configuración de las costillas, ¿tú entiendes, no?). En fin, ¡era tan alemán aquel esqueleto que parecía que estaba bebiendo cerveza!... Bien, pues lo enterraron y lo desenterraron de nuevo y entre músicas van y vienen, *Deutschland uber Alles*, estampidos de cañón, taconeos de infantería prusiana y coros de miles de voces, fue enterrado bajo el Arco de la Avenida de los Tilos, le encendieron su lamparita para todos los siglos venideros y a reposar se ha dicho, siempre bajo una montaña de rosas.

»Pero, resultó, chico, lo inaudito, lo increíble, lo que debía ocurrirle a cualquiera menos a unos científicos alemanes... Resultó que el alemán reconstruido no era alemán... Y no sólo no era alemán, sino que era francés, francés del Rosellón, cerca de España, y que era un misionero pacifista, que la guerra le había sorprendido en París con el encargo de ir hasta el Tibet...

»Y sucedió lo natural. El hombre, francés y pacifista, al verse objeto de tantos homenajes en Berlín, casi al terminar la horrenda carnicería de la guerra, sufrió una conmoción tan terrible, se emocionó de tal manera ante semejante transformación de la especie humana, que loco acaso, delirante de alegría, salió de su tumba, abrazó al soldado alemán que lo custodiaba, y que quedó medio muerto de espanto, y se lanzó, sin conocer a Berlín y sin saber alemán, en busca del primer Centro Espiritista en que poder manifestarse, sin presentarse antes, como era su obligación, al Comité Central de Almas. Al fin lo encontró. Otros espíritus estaban hablando y se puso en fila para coger su turno. Él sólo entendía lo de «*la France*» que citaban tanto, y casi se derretía de amor por el pueblo alemán. Pero cuando él habló todo se desencadenó. Como era de esperarse, todos aquellos alemanes allí presentes, vivos y muertos, eran políglotas y entendieron a la perfección sus confesiones. Confesó que era francés, misionero pacifista francés, que la guerra lo cogió en París y que no había tenido más remedio que matar a bayonetazos ni sabía cuántos *boches*; que, al fin, fue hecho prisionero y entonces, internado en un campamento de prisioneros en Alemania, había concebido el proyecto de fugarse, vistiéndose de soldado alemán, y huir, atravesando toda Polonia y Rusia, para comenzar en el Tibet la misión pacifista que se le había encargado y civilizar un poco aquellas gentes feroces... Confesó que ante su proyecto no pensó en dificultades y, venciendo escrúpulos, asesinó una noche al centinela para encasquetarse su uniforme, pasó a terreno libre y, como no sabía alemán, se fingió mudo. Por fin, cuando ya estaba a punto de dejar a Prusia para comenzar su odisea al Tibet, fue identificado y, previo al trato correspondiente, fusilado en el acto, dejándose para más tarde el Consejo de Guerra necesario. Su fusilamiento fue tan rápido que le dejaron el uniforme alemán, y así le echaron unas cuantas paletadas de tierra encima. Después, una tarde, pasando un convoy de artillería por los alrededores, hizo

explosión una caja de dinamita, explotaron otras consecutivamente, y todos los huesos salieron a danzar... De entre todos los cementerios alemanes, por haber sido este el más protegido contra la barbarie, fue el escogido para seleccionar al alemán arquetipo, fuera o no soldado... Y, al ver los homenajes que después de su muerte se le rendían, a pesar de ser francés y a pesar de ser pacifista, no podía menos que dar las gracias...

»Apenas pudo terminar su discurso. Bismarck, que estaba presente en espíritu, lo abofeteó; el conde Von Moltke, ordenó su fusilamiento inmediato por segunda vez; Federico el Grande soltó tres carajos, en alemán, por supuesto; Schopenhauer bufó contra todas las mujeres, causantes de todas las guerras desde Helena de Troya hasta la madre del Kaiser, por haberlo parido; Goethe con su orgullo de siempre se había negado a asistir a una reunión tan plebeya y vino a resolver el problema el Barón de Humboldt quien dijo, con docta palabra, que, ante todo, había que salvar a la ciencia alemana y que no se podía desacreditar la antropología alemana por un error tan enorme, por lo que la mejor solución era nacionalizar a aquel francés, porque, al cabo, él siempre había sido partidario de la unión universal... Su idea de salvar, ante todo, la ciencia alemana, prevaleció inmediatamente y el misionero pacifista francés fue naturalizado en Postdam, en Prusia, creo. Asimismo, se tomó el acuerdo de enviar a los antropólogos que habían hecho la selección, a realizar estudios por veinticinco años más a la Universidad de Jena...

»Y, ahí tienes tú, por qué el Soldado inglés —concluyó Hiliodomiro— no puso reparos ningunos a este Soldado alemán, a pesar de ser francés, porque este, por ser pacifista en el fondo, si se consigue que no le toquen *La Marsellesa*, irá acostumbrándose a todo, y ni defenderá a Alemania, porque no le interesa, ni se ocupará de otra cosa que de su frustrada misión de pacificar al Tibet...

### III

Parece mentira. Hasta cuando se está hablando con muertos, el tiempo no deja de caminar. Para mí, fue un asombro el comprobar que el alba se acercaba a lentos pero inevitables pasos, mientras Hiliodomiros hablaba sin parar. Aun, para él mismo, fue una contrariedad aquello. Como buen muerto, tenía que descansar forzosamente durante el día. Mas se conoce que me había tomado verdadera simpatía, pues por su cuenta resolvió el problema y me citó para la noche siguiente, lo que me produjo mucha alegría, ya que me había ido interesando cada vez más en sus relatos y quería que me puntualizara varios detalles.

Por ello, no falté a la cita y, apenas caída la tarde, ya estaba yo en Arlington, de donde a poco salí del brazo de Hiliodomiros para irnos a dar unos tragos por alguna barra cercana.

No me fue difícil traer la conversación al terreno deseado. Había barruntos de guerra entre Rusia y Japón, como siempre, y, además, Italia amenazaba con invadir Etiopía, y, como quiera que Hiliodomiros era, a la vez militar y diplomático, comprendí que el tema le interesaría. Habló enseguida. Pero yo prefiero colocar aquí, todas las aclaraciones que me hizo, al final de la noche, ya medio borracho, y que pudiéramos considerar como biografías de varios soldados desconocidos. Porque yo tenía curiosidad vivísima por que me aclarase algunos puntos que había dejado incompletos.

—Es claro —me dijo— lo que pasó conmigo entre los soldados desconocidos americanos, ha ocurrido, más o menos, con todos los demás. Es más —continuó— y esto es ya un verdadero secreto que sólo te confío porque tú eres paisano, hay casos en que el primitivo soldado desconocido ha sido



desplazado por las intrigas y las maniobras y, actualmente, hay otro en su lugar. El caso a que me refiero es el de Alemania. Tú verás lo que pasó:

»Ya te conté cómo, para «salvar la ciencia alemana» Humboldt había conseguido que se dejara de Soldado Desconocido alemán a un ventrudo pacifista francés. Viejo, tenemos que comprender que, en realidad, esto era demasiado para Alemania. Date cuenta: pacifista y francés. Era demasiado. Y, por eso, a la primera oportunidad, sucedió lo que tenía que suceder. Se apareció un soldado desconocido con un poco de demagogia y nos derribó al pacifista que según creo, anda ahora, al cabo, por el Tibet, tratando de cumplir su misión.

»Todas estas intrigas nos han hecho mucho daño y han contribuido a desprestigiar nuestra organización. Porque te advierto una cosa: este nuevo Soldado Desconocido alemán no vale más que el otro. Al contrario. Se trata de una verdadera rata. Con decirte que es un perfecto maricón ya está dicho todo. Imagínate que hemos investigado rigurosamente sus orígenes y resulta que, antes de la guerra, era maestro de escuela de aquellos que estimulaban a los jóvenes para ir al combate y a las trincheras, pero cuando le llegó su turno, desapareció misteriosamente de su pueblo y más nada se supo de él por mucho tiempo. Luego, fingiéndose el inválido, como si ya hubiera regresado del servicio, se aprovechaba de la hipótesis, y vistiendo el uniforme de alguna víctima a quién había robado o matado, disfrutaba de todos los beneficios del héroe sin ninguno de sus inconvenientes. No sé, a derechas, por qué causa fue identificado, y entonces sí que se portó como un valiente. Su persecución fue feroz y tenaz y, por último, rodeado por todas partes, desapareció en el interior de una fábrica de cerveza. Se rodeó el edificio y se hizo un registro cabal. Nada. De veras, se lo había tragado la tierra. En realidad, no era esto propiamente dicho. En realidad, se lo había tragado pues a los dos días ya no pudo aguantar más la debilidad y salió dentro de un enorme tonel,

chorreando cerveza por todos lados. Parecía que se meaba por todos los poros... Capturado al fin, y temblando de miedo y de frío, confesó de plano su terror a la guerra y al frente. Naturalmente, fue enviado al frente y murió en la retaguardia de disentería incontenible. Sobre su cementerio hubo un furioso combate de infantería y de ahí que, en aquel lugar, se escogiese un soldado desconocido.

»Todos estos datos han sido obtenidos por nuestra Sección de Investigación y se han comprobado con retratos, fechas, huellas digitales, etc., y el Soldado Desconocido inglés los conserva para esgrimirlos a la primera coyuntura favorable (porque como tú sabes estos ingleses no hacen nada sino es al seguro o a la desesperada) pero, por lo pronto, el estado de ánimo de los soldados desconocidos alemanes, está con él: «la masa», como dicen ustedes, lo apoya, porque, como maestro que era, se sabía unos cuantos «discos» de historia, y les habló de los antiguos guerreros germanos del Walhalla, y de Federico el Grande, y de la vergüenza de que un pacifista, y francés por añadidura, fuera el representante de ellos. Imagínate, con esto, y con las ganas que tenía el pacifista francés de mandar a Alemania para el carajo y seguir su viaje hacia el Tibet, no le resultó difícil conseguir sus objetivos. Y hubo que admitirlo en el Consejo Supremo y contemporizar con él. Aunque nos desacreditaba a todos y sus aires de afeminado —porque parece mentira, esto, ni con la muerte se pierde— ha provocado más de un disgusto serio, particularmente con cierto grupo de antiguos guerreros. Inclusive alemanes...

—Bueno, ¿y el Soldado Desconocido italiano? —le pregunté.

—Mira —me contestó—, ya te conté lo que pasó al principio. Fue seleccionado un soldado tirolés, que, en realidad, no sabía si era austríaco o italiano. Era un perfecto imbécil, el pobre. Cuando Austria entró en la guerra cruzó la frontera y se declaró italiano. Y de allí no pudo escapar cuando Italia entró en guerra. Y tuvo una suerte negra. Apenas

llegado al frente, como para entrenarlo le habían metido una de marchas forzadas y de escalamientos de montañas, el infeliz estaba agotado al extremo, y la primera noche que entró en servicio de vigilancia, de puro cansancio se quedó dormido y cuando vino a abrir los ojos tenía dos cuartas de bayoneta en la barriga. Una avanzadilla austríaca lo había sorprendido. Mas un perro que lo acompañaba en la posta, tuvo tiempo de ladrar con furia y esto despertó a varios; se generalizó el tiroteo, y, aunque al principio los austríacos, con la ventaja de la sorpresa, llevaron la mejor parte, los italianos, estratégicamente protegidos por la altura, al cabo pudieron retirarse sin mucho desorden, dejando sólo unas 20 000 víctimas en aquella acción de los Alpes, que fue el comienzo de una terrible ofensiva austríaca. Después de la guerra, se reconoció que allí había habido un héroe, y, al lado del cadáver del perro, se halló el de un soldado clavado a la tierra, por una bayoneta. No cupo duda alguna de que este había sido el verdadero héroe de la acción. Y se le eligió.

»Pero, como ya te dije, este resultó ser un aldeano estúpido, que se envaneció demasiado con su inesperada elevación, y el inglés se las arregló para obtener que fuera un soldado tripolitano, que odiaba a Italia, quien la representara. Además, debo advertirte que este soldado tripolitano era un tipo del demonio, con su buena punta de ladrón y negociante. Se robaba ciertos productos muy necesitados por los soldados y una vez, huroneando en la botica de un hospital de sangre, ingirió precipitadamente qué sé yo qué líquido, creo que permanganato, estirando la pata. El médico certificó su muerte como consecuencia de los gases.

»Y en esto le pasó al inglés como con el Soldado Desconocido alemán, que al fin y al cabo fue destituido. Yo no sé —Hiliodomiro se puso a monologar— pero hay veces que parece que al inglés «se le está yendo el santo al cielo», como decimos en Cuba. Porque ha querido apretar tanto y dominar tanto, que ha enseñado a bandoleros a muchos y se le está virando la tortilla por dondequiera. Él pudo ser más

inteligente en estos casos. Pero la ambición rompe el saco, no te ocupes. El caso es que un día se apareció un italiano y derribó al tripolitano casi de la misma manera utilizada por el alemán. Indiscutiblemente, hay que reconocer que tiene condiciones el muy cabrón. Figúrate, como italiano al fin, era medio cantante, barítono de ópera ambulante, sin «escuela», como dicen los periodistas críticos de música, pero con mucho torrente de voz; además, había sido saltimbanqui de circo y había aprendido un poco de magia y transformismo, y, desde luego, sabía todos esos cuentos de César y la legiones romanas. Y hablaba que parecía que estaba representando *Aída* o *La fuerza del destino*... Pues este tipo tanto dio con sus historias y sus maromas y sus discursos, que un día ya los soldados desconocidos italianos no pudieron más, y recordando que una vez «Roma la eterna», como él decía, se había sacudido la sarna de Aníbal, se sacudieron al tripolitano y fue exaltado el nuevo héroe que, por sus condiciones, durante la guerra había sido el cómico del regimiento, y había hecho las delicias de los soldados, ora cantando *Torna a Sorrento*, ora sacando conejos de la gorra de un oficial, ora dando saltos mortales. Además, había tenido una muerte gloriosa: en una ocasión, estando en una trinchera, habiendo hecho una apuesta de que se zafaría de cualquier amarre dentro de un corto tiempo determinado, los austriacos asaltaron la trinchera por sorpresa, y por rápido que anduvo, a fuerza de tiros y de bayonetas fue como le cortaron las ligaduras que tenía con la vida. Por eso, al encontrar su esqueleto, envuelto en sogas, se le supuso martirizado por el enemigo. Y esto contribuyó no poco a aumentar su prestigio, no te creas.

Yo tenía verdaderos deseos de oírle hablar sobre sus colegas el inglés y el francés y así fue que le pregunté sobre ellos. Hiliodomiro me habló con gran admiración del inglés.

—Es un pícaro redomado —me dijo—. Ya te expliqué que de la guerra se enteró por los periódicos. Es un miembro de la Cámara de los Lores, de aquellos que al principio de la

conflagración —que es como se decía entonces— se inscribieron de voluntarios, siguiendo el ejemplo del Príncipe de Gales y de otros duques, con el fin de impresionar a «la canalla», como ellos dicen. Y no te creas, hasta se llegaron a poner uniformes de coroneles, y aun, hasta desfilaron por las calles de Londres, Edimburgo y Dublín, sonando gaitas y con sayas escocesas, con todos los pelos al aire. Pero tú figúrate. Para ser miembro de la Cámara de los Lores e ir a la Guerra es necesario estar loco. Y, si se es loco, no se puede ser miembro de la Cámara de los Lores. Por eso, lo que hacían todos estos condenados, como le cogían el gusto a los uniformes, porque era un «gancho» tremendo con las mujeres, era incorporarse a los «servicios especiales», en donde se llenaron de cruces el pecho. Este, por ejemplo, era un especialista de vuelos a Francia, a donde lo conducía un famoso piloto, trayendo y llevando mensajes sobre la llegada de más soldados canadienses, australianos, indios, irlandeses y escoceses y alguno que otro inglés, y la necesidad de que siguieran remitiendo contingentes a los sectores de Iprès y del Somme. Por estos servicios recibió la Cruz de la Legión de Honor y el Cordón de San Jorge, la más alta condecoración inglesa, aparte de otras numerosas insignias y condecoraciones de todos los países aliados. Con esto de las cruces, como habrás observado, ocurre que tan pronto le conceden una a determinado individuo, todas las otras vienen por su peso. Y, por eso, no existe aún el hombre que tenga una cruz. Naturalmente, alto, buen tipo, noble y héroe reconocido por varios países, le sucedió lo natural durante un período en que un hombre se cotizaba a alto precio: las mujeres acabaron con él. Y que caiga la culpa de su muerte sobre las mujeres francesas e inglesas a partes iguales. Aconteció el funesto desenlace una tarde reverberante. Mientras en el Somme morían las tropas inglesas triunfalmente a montones, rodeado de francesas e inglesas que se miraban sin compasión porque para ellas la guerra había terminado con la muerte de él, como si una explosión de granada le hubiera

destrozado el pecho, murió el héroe inglés, echando esputos por la boca. No tuvo tiempo de ver en el periódico su nombre a todo título, junto al de la victoria que inició la ofensiva inglesa.

»En realidad, aunque toda Inglaterra lo sabe y está satisfecha con ello, lo cierto es que vino a parar en soldado desconocido por una intriga de sus mujeres, por celos entre ellas. Una inglesa, mujer del Ministro de la Guerra, y a la que él no había hecho demasiado caso en gracia a la poca cantidad de curvas de que disponía la pobre, y también, por la preferencia insultante que le dio a una famosa querida del Embajador de Francia, al enterarse de que se iba a crear un soldado desconocido inglés, en parte para insultar la memoria de su despreciador y en parte, principalmente, para ofender a su triunfante rival, la francesa del Embajador, se las arregló de manera que el esqueleto del Lord desapareciera misteriosamente y, previamente depositado *ad hoc*, resultara el escogido para soldado desconocido. Ella, desde luego, como por su marido sabía que este homenaje era una cosa puramente artificial, pensó que, a la larga, carecía de importancia tal maniobra y que, pasados los años, todo el mundo se habría olvidado del Soldado Desconocido. Ella se dijo: A tipo tan pretencioso, nada le molestará tanto como el que se le haga pasar por «desconocido». Y, encantada de su habilidad, todo lo dispuso para que la francesita se enterara, haciéndola rabiar hasta la desesperación.

»Pero nunca sabe uno cuando siembra para el vecino. El negocio este de los soldados desconocidos, inesperadamente se convirtió en uno de los *rackets* más grandes de la posguerra. Los escultores hicieron su agosto. Los poetas y los novelistas fueron laureados. Y, hasta los pintores ingleses, reconocidos como los peores del mundo, desesperadamente buscaron en él la inspiración. Las canteras de Italia han estado a punto de agotarse. Y, como los reyes, los presidentes y ministros siempre prefieren retratar-se al lado de un majestuoso monumento que puede darles

realce, tomaron la costumbre de acudir a los homenajes al Monumento del Soldado Desconocido, y de ahí la importancia que estos han llegado a tener para la prensa gráfica, y, por tanto, para el público.

»En consecuencia, la maniobra de la Ministra inglesa se desmoronó. En realidad, esto ha sido un fracaso más de la diplomacia británica. El Lord, que ya estaría medio olvidado como tal Lord, es univesalmente conocido como el Soldado Desconocido inglés. Y la francesa del Embajador, ni se sabe el prestigio que ha ganado, los contratos que ha obtenido para los mejores cabarets de Europa y los queridos regios que ha disfrutado. Todavía, vieja y todo, es terrible... No descansa la muy puta. En cambio, la inglesa, despreciada por todos, incluso por su marido, no tuvo otro recurso que crear una especie de Ejército de Salvación y despedirse para siempre de toda aventura publicable.

Puesto a averiguar —el vicio del periodismo me ha tornado incansable—, y así, aunque ya era muy tarde, no quise dejar pasar la noche sin que me contara algo sobre el Soldado Desconocido francés. Y, como, por otra parte, tenía ganas de oír la historia de un verdadero héroe, le interrogué:

—Bien, y ¿a qué debió su cargo el Soldado Desconocido de Francia?

Hiliodomiro estaba complaciente, y, además, como ya dije, un poco alcohólico. Fue una cosa fácil el seguir charlando con él. Mejor dicho, conseguir que siguiera dando palique.

Hiliodomiro comenzó con un tono de admiración:

—Pues ese, chico, te diré que es un tipo raro. Como te dije, es un boticario de Burdeos que tiene un rostro pacífico y que hasta parece un poco aguantón. Y en realidad lo es. Pero tiene un defecto gravísimo: en cuanto le tocan *La Marsellesa*, ya no puede contenerse. Le produce un efecto fulminante y terrible. El rostro se le transforma. Los mostachos se le erizan. Y mira hacia todos lados con ánimo insolente y bravío. Mas lo curioso es toda su vida. Parece que, allá en Burdeos, entre receta y receta, el hombre leía

sus libros de historia y sus versos. Allá bajo el Arco de Triunfo, tiene su biblioteca, con libros de Lamartine, Víctor Hugo y una pandilla más. Tantas lecturas dicen que acabaron por crearle una doble personalidad, y aunque el hombre era pacífico, y cuarentón, y con su ya discreta barriga, pues le entraban rachas, y a veces le daba por escribir versos y otras por irse de cacería, «matar *boches*» como le decía a ir a tirar sobre los conejos y las perdices. La Revolución francesa lo había vuelto loco. Para él, Napoleón; después, los mariscales de la Francia; después, Víctor Hugo, después, Lamartine: luego, los galos. Y todo así. El mundo entero giraba alrededor de la Francia, si es que quería girar. Y toda la historia alrededor de la Revolución francesa. Su gran amargura era la Guerra Franco-Prusiana. Y por eso, algunos domingos, se iba a matar liebres y pájaros, *boches*...

»Pero ya tú sabes como son estos hombres imaginativos. Pura musaraña todo, por supuesto. En realidad, era un honesto boticario bien querido por todos sus vecinos.

»Cuando vino la declaración de guerra, ya, con tanta alarma por los periódicos, su sistema nervioso estaba en crisis. En Burdeos la movilización lo exasperó. Corrió a inscribirse; por de pronto, no le tocaba. Sin embargo, su caso se tomó como un pretexto de propaganda y salió retratado en los periódicos: primera mención en la Orden del Día, de hecho. Las primeras derrotas lo pusieron furioso; y cuando el avance alemán hizo casi necesario el traslado del gobierno a Burdeos, sintió casi un alivio pensando en la muerte heroica que iba a encontrar en el sitio. «Siempre el sur ha salvado la Francia», decía, y recordaba la marcha de los marseleses sobre París. Por las noches, su imaginación no descansaba. En un sueño, puñal en mano, entró hasta la cámara del Keiser y allí lo había acribillado y luego, dando un grito de *¡Vive la France!* se clavó el puñal en el corazón. El grito y el puñetazo, claro está que lo despertaron, y pudo ver a su infeliz mujer llorando en un rincón. Colérico, la increpó con dureza: «¿De dónde eres tú, entonces? ¡Tú no eres francesa!» Otro día, domido



también, él había sido el salvador de Burdeos. Su estatua se levantaba a la entrada de la ciudad. Por la noche, había logrado pasar las líneas francesas. Al llegar a las líneas alemanas, haciéndose el muerto, esperó el paso de alguna ronda nocturna. El cañoneo regulaba los minutos, como sucede muchas veces en estos combates. Un obús estalló cerca e hizo un gran hoyo. La suerte lo favorecía. Se refugió en él. A poco pasó una cuadrilla de reconocimiento alemana. Un oficial venía con ella. Todos fueron deslizándose y, al quedarse solo, el oficial tropezó con él. Le dio una patada y se hizo el herido. Entonces el oficial se agachó para reconocerlo y registrarlo y le pegó un balazo en el corazón. Inmediatamente, se puso su ropa y, como sabía alemán, pudo entrar sin dificultad en la primera línea de trincheras. De ahí pasó a atrás y, llegando hasta las líneas de la artillería alemana, hizo estallar, volando él también, por supuesto, la gran batería de artillería pesada que venía destruyendo a Burdeos. Todo el estado mayor alemán desapareció. El pánico fue enorme. La infantería francesa realizó un asalto incontenible y ya no pararon los alemanes hasta el Rhin. Poco después, registrando el campo, se encontró su carnet que decía simplemente: «¡Muero por salvar a Burdeos! *¡Vive la France!...*» Y así eran todos sus sueños. Hubiera parado en loco de remate si, por fin, a fuerza de reveses, Francia no hubiera necesitado, y urgentemente, toda su reserva militar. Fue llamado al servicio activo, y cruzó por todo Burdeos, con cara ya de matador de *boches*, con su rifle al hombro, y, en la mochila, los cuatro tomos de Michelet, *Historia de la Revolución francesa*, para leérselos a los soldados en las trincheras, «porque el espíritu necesita alimento en las horas de desaliento», decía. Su alegría era realmente frenética y en los desfiles, tan pronto sonaba *La Marsellesa*, se ponía ora rígido, imponente, ora arrebatado y sublime.

»Sin embargo, en cuanto llegó el regimiento a los campos atrincherados, como era boticario, lo pasaron al servicio de hospitales. A poco lo mata la rabia. Se volvió terriblemente

sombrío. Con un cubo de yodo, inclemente, desfilaba por entre las camas, dando brochazos terribles a todos sus heridos. Sus lamentos y sus relatos de los combates lo desesperaban; pero el deber era el deber. Y seguía dando brochazos de yodo con la débil esperanza de que algún día los alemanes asaltarán repentinamente el hospital de sangre y entonces se librará un feroz combate en el cual entregará su vida por la Francia. Cuando, de vez en vez, volaba sobre el hospital algún avión alemán, dejando caer las consiguientes bombas, salía a los patios con su cubo de yodo y su brocha y miraba radiante a los cielos con sus ojos azules, iluminados por la gloria. Esto, y su falta de corazón para con los heridos —pensaba con desprecio profundo de todo el que se quejaba por haber sido herido combatiendo por la Francia— acabó por llamar la atención de algunos jefes, que, de haber tenido más tiempo disponible, tal vez hubieran dedicado atención a su caso. Por lo pronto, les extrañó este éxtasis ante los aviones alemanes y el que supiera hablar alemán y el que fuera hombre de libros de historia, de planos de batallas, etc.

—Al cabo, como en la guerra todo puede suceder, se cumplieron los deseos del heroico boticario. Los alemanes, secretamente, prepararon una feroz y arrolladora ofensiva. La artillería tronó sin cesar día y noche y, luego, al asalto furioso, nubes de infantería delirante tomaron la primera trinchera; se lanzaron a la segunda y rompieron aquel tramo de sector, asaltando y tomando la tercera línea. Todo en tan breve tiempo, que el pánico, al cundir, desmoralizó toda la retaguardia, las reservas, avituallamiento, hospitales, facilitando un triunfal recorrido de la caballería hulana y de agresivos y vandálicos regimientos que tomaron aldea tras aldea. No hubo tiempo de organizar nada; y, desde que comenzaron a pasar los primeros fugitivos, hasta que se pensó en organizar el traslado de los heridos, transcurrió el suficiente tiempo como para que ya se acercaran los *boches*. Un pánico de naufragio invadió el Hospital. El Coronel médico no aparecía. Una escuadrilla de aviones combatía en el cielo y

bombardeaba. Los heridos, huían a montones, a más velocidad que los enfermeros, descubriéndose que muchos estaban matando el tiempo. Un oficial daba una orden y desaparecía. Otro hacía lo mismo. Todos aseguraban que, o iban a «contener al enemigo» o iban a «detener a balazos a los fugitivos cobardes». Mas ninguno regresaba. Del boticario de Burdeos nadie se ocupaba. Y, mientras tanto, las reservas se organizaban, se rehacían los regimientos de «valientes *poilus*» y, por fin, se iba a poner fin a aquella racha brutal.

»El espectáculo fue emocionante. El boticario de Burdeos se quedó solo en el hospital. Los ojos le brillaban de cólera. «¿Dónde está la Francia?» —gritaba. ¿Dónde están los galos? Y levantaba los brazos, con su brocha y su cubo de yodo. Puesto a la puerta del hospital, solo, sombrío, terrible, esperó a los *boches*. Y cuando las primeras patrullas asomaron, desolado corrió hacia ellas cantando a borbotones *La Marsellesa*. Las primeras filas se detuvieron sin saber por qué durante un momento; las segundas miraron; las terceras vieron a un hombre que, en medio de la destrucción, cantaba avanzando, loco, y confundieron el cubo de yodo y la brocha, con una bomba espantosa y la mecha... Es un galo, dijo uno. Un alemán que ya apuntaba, al oír, soltó el arma. Uno viró la espalda y tronó el cañón francés en ese momento. El boticario de Burdeos corría hacia ellos, ya perseguidos, cantando *La Marsellesa*. Pero no pudo darles alcance. Detrás de él, avanzaba la infantería francesa. Un oficial le puso la mano en el hombro y lo viró violentamente: «¡Traidor!» —lo increpó—. Se pasaba usted al enemigo. El boticario se quedó mudo de asombro. El oficial era uno de los jefes que había huido del hospital «a contener al enemigo...» La mudez del boticario fue tomada por el pánico de ser cogido infraganti... Allí mismo se formó juicio sumarísimo y, condenado a muerte, fue fusilado contra el paredón del hospital, por «pasarse al enemigo con las armas en la mano», según el Código Penal Militar. «No en balde se le alegraban tanto los ojos cuando veía un avión alemán

—decía el Coronel—. Era un traidor a la Francia» —comentó—. Y en esto, nuevo asalto de la infantería alemana y nueva fuga de los franceses, con el Coronel a la cabeza, por supuesto. Y el mismo día, nuevo asalto de los franceses y nueva fuga de los alemanes. Y la misma función como siete veces más, hasta que, al fin, ganaron los franceses por resistencia y allí mismo comenzó la debacle alemana. Por eso, escogieron este lugar para recoger el Soldado Desconocido de Francia. Pero en este sitio, tanto cañoneo no dejó a nadie sano. Además, allí nadie hubiera podido decir quién era alemán o francés. Pero quiso la fortuna que una granada que estalló detrás de él, lanzara sobre el cadáver del boticario fusilado, todo el paredón del Hospital; y cuando vino el escombrecimiento mucho después, ya descompuesto del todo, se le encontró. No tenía identificación ninguna, porque antes de fusilársele se le arrancaron las insignias y documentos... Sin embargo, un hecho conmovió a toda Francia: con tinta china, en los calzoncillos, tenía escrita la Declaración de los Derechos del Hombre... ¿Quién mejor que él para Soldado Desconocido de Francia?...

El tiempo estaba vencido. Y, aunque lo hubiera querido, aquella noche no me hubiera podido contar nada del Soldado Desconocido ruso, de quien tenía ganas de oírle hablar. Todo se quedó para otra ocasión en que quedamos citados.

## IV

Una tarde, cuando llegué a mi cuarto, al abrir la puerta, noté con sorpresa, y hasta con un poco de susto, que un hombre estaba sentado en mi balance, de espaldas a la puerta, leyendo un libro y con las piernas, a la americana, sobre mi cama. Francamente, por esos días tenía yo olvidado a Hiliodomiro del Sol, el Soldado Desconocido de Arlington, amigo mío, pero en esa fracción de segundo en que se pasa de la inercia del miedo a la de la reacción contra él, yo relacioné el hecho de que hubiera dentro de mi cuarto —que estaba cerrado con llave— un hombre aparentemente despreocupado de ser sorprendido y el recuerdo de Hiliodomiro. En efecto, sin abandonar la puerta, y como él no se volvía, pregunté:

—¡Eh!...

Y me respondió, mientras estiraba el cuerpo con toda confianza:

—Pasa, pasa. Aquí estaba esperándote hace un rato. Estaba leyendo este libro que tienes aquí, a cuyo autor conozco «allá». De vez en cuando, me vas a prestar algunos de tus libros para conversar con mis amigos de «allá», sobre sus obras.

El libro era *La retirada de los diez mil*, de Jenofonte.

No puedo negar que algunas veces tengo aciertos psicológicos. Comprendí que Hiliodomiro estaba dispuesto a platicar sobre sus amigos de «allá», como él les decía. Y le di por la vena del gusto.

—Bueno, ¿y qué te parece el libro?

—Te diré. Con todos los griegos estos no me llevo muy bien que digamos; y por eso no siento muchas simpatías por sus hazañas y sus libros. A este Jenofonte, francamente, no

lo puedo ver. Porque tú verás. En una ocasión, una de las tantas veces que se planteó el problema de nosotros, los «soldados desconocidos», con los «verdaderos héroes», como ellos se llaman —y te advierto que esta es una discriminación que va por muy mal camino y el día menos pensado se produce una hecatombe— vino con mucho casco con pluma, y una sayita de tiras colgantes, bastante indecente por cierto, a dirigirse a mí con un tono burlón a lo Aristófanes — que, entre paréntesis, es uno de los hombres más simpáticos que te puedas encontrar— preguntándome que con qué títulos me mezclaba yo, un refugiado de hospitales, en una asamblea de héroes de todas las edades. Después que se apaciguó un poco la asamblea, gracias a la vozarrona del Cid Campeador, que con la Tizona en alto se cagaba en Dios y amenazaba con retirarse de la presidencia si no se imponía el orden y cesaban las burlas que se me dirigían, yo le contesté que estaba allí con el mismo derecho que él, todo cuyo mérito consistía en ser el guerrero de la historia que más facultades había demostrado tener para las retiradas... Muchacho, acabé con el griego. No encontró más ironías en su repertorio. Bramaba de cólera, y pedía un duelo a muerte conmigo. Yo le pregunté que si para «retirarse» otra vez y le dio un ataque epiléptico al pobre y se lo llevaron dos generales de Alejandro Magno, quien, por cierto, me tiene alguna simpatía porque le he hecho creer que, aunque no lo digan, en la gran guerra, todos los famosos mariscales no hacían más que estudiar sus planes. Por eso, ahora estaba leyendo este libro. Realmente, fui injusto con el pobre Jenofonte, porque para hacer esta retirada hacía falta más valor que para pelear con persas y medos, que no fueron sino unos «jaibas» totalmente desacreditados por «allá». Tanto, que esto ha motivado algunas polémicas muy serias entre Alejandro Magno y Aníbal el Cartaginés, por decir este que aquel no supo más que derrotar a unos pueblos pendejos, mientras que él siempre combatió a ejércitos bragados. Gracias a que nunca se está más seguro de que no pase nada que cuando

se está entre guapos, no ha habido muertos por esta discusión. Alejandro se desquita diciendo que las campañas de Aníbal en Italia, al lado de las suyas en Asia, son como una zarzuela al lado de una ópera, y que, después de todo, al fin y al cabo, mientras a él nadie lo venció a Aníbal vino a darle la puntilla un don nadie como Escipión el Africano... Su estúpido orgullo lo hizo cometer esta pifia y ahora tienes tú que los romanos, al sentirse ofendidos por Alejandro, son aliados de Aníbal frente a aquel... Y así en todo. Ah, y gracias a esto nos defendemos y vamos tirando, que si algún día se disponen a hacer el frente único revolucionario acaban con todos nosotros.

Pero yo tenía ganas de conocer más detalles de todo esto y le pregunté:

—Bueno, y ¿por qué tanta inquina contra ustedes de parte de esa gente?

—Ah, chico, te voy a decir. La heroicidad, como casi todos los oficios, está en crisis. Hay «exceso de producción». Yo, por muy héroe que sea, no me ciega la pasión. Los héroes —casi todos, desde luego, porque hay sus excepciones— son como las tiples. En cuanto surge otro héroe, ya saben que tienen que pasar a otro plano y no se resignan. No quieren que nadie cante más que ellos. Son como esas «damas jóvenes» del teatro, que, cuando al cabo de cuarenta años de tablas, las quieren pasar a «características», patean y chillan, alegando que las quitan del puesto, precisamente, cuando ya tienen gran experiencia. Bueno, pues así son los héroes. Tienen furor de publicidad y no se resignan a que otro salga en los periódicos. Por eso, en cuanto empezamos a llegar nosotros «allá», y todo el mundo no hacía más que hablar de nosotros, se irritaron. Inclusive hubo alguno de nosotros que por su ignorancia «metió la pata», pues cuando nos presentaron a algunos tipos famosos, preguntaron: Bueno, ¿y usted, quién es? ¡Preguntarle eso a un mariscal de Francia o a un conquistador español! Naturalmente, por to-

das esas razones hemos estado en difícil situación de tirantez siempre. Y, ahora, más que nunca.

Yo, siempre en función de periodista, le pregunté a Hiliodomiro: ¿Y qué han argüido ellos contra ustedes?

—Pues, chico, intrigas, como en todas partes. Figúrate que, como tú comprenderás, «allá» no se puede andar con «misterios» y todo, más o menos, se sabe. Menos mal que el idioma nos ayuda un poco... Sí, porque se intentó utilizar el esperanto y, por fin es el que se usa, aunque por fortuna casi nadie se entiende en él, porque en cuanto un italiano se encuentra algo en italiano dentro del esperanto, sigue en italiano, no te ocupes, y la gente empieza a chiflar en las asambleas igualito a como cuando en el cine la película va por un lado y el *vitaphone* por otro. Bien, como te decía, la cosa comenzó como te conté, por las puyitas, las risas, las burlas, el estarnos sacando nuestras pobres o ningunas hazañas y compararlas con las suyas, que esas sí, según ellos, habían estremecido al mundo. Y, de mayor en mayor, la cosa se puso tan fea que llegó hasta la categoría de asambleas en las que, inclusive, algún imprudente llegó a plantear la cuestión de nuestra expulsión del «Seno de los Inmortales», como se dice «allá». Figúrate, hubo que defenderse. Y aquí fue donde vino bien el que yo hubiera dado algunas clases de historia con tu padre, don Félix; y, sobre todo, que el Soldado Desconocido inglés, no fuera soldado. Si no, a patadas nos botan de allá. Te voy a contar.

»Por lo pronto, celebramos nosotros una reunión secreta. Algo así, como dicen los comunistas, «reunión de célula». Consideramos los problemas y, después de un análisis lo más profundo de la situación, sin ocultarnos la gravedad de la misma, acordamos un plan, inspirado casi todo por el inglés. Este dijo que teníamos que hacer frente a dos problemas: primero, dividirlos a ellos y, simultáneamente, fortalecernos nosotros. Dentro de este plan general, nos pusimos a considerar cuáles serían las posibilidades de dividirlos y encontramos que unas eran positivas y otras negativas; es



decir, que unas podían ser propiciadas por nosotros y otras existían ya y no había sino que utilizarlas inteligentemente. En cuanto a fortalecernos, aunque ninguno nos podíamos ver entre nosotros, la habilidad del inglés para concertar coaliciones venció el problema. En realidad, —ya yo lo he estudiado— esta habilidad no consiste más que en hacer creer a todos que su problema es el mismo y que su problema es el más urgente. Y les disfraza el análisis, creándoles problemas de manera que no los deja pensar. Por eso, inmediatamente, se dispuso que cada uno de nosotros, picando el nacionalismo, nos atrayéramos a los guerreros de nuestras naciones respectivas, diciéndoles que una expulsión nuestra era una mancha de infamia para nuestros países.

—¿Y cuál fue el resultado de esas gestiones? —inquirí.

—Bueno, así así. Desde luego, el Soldado Desconocido italiano, se apareció con sus artes oratorias haciendo el elogio de las legiones romanas, de Manlio Capitolino, de Muscio Scévola, de los Escipiones, de Valerio Corbo, de Lúculo, César, Pompeyo y toda la trailla y como todos estos tipos estaban acostumbrados a la retórica de Cicerón, este les resultó un mal barbero. Figúrate, César, que siempre tan maricón, tenía por marido al feroz y gigantesco Maximino, relajó a nuestro comisionado de una manera implacable y le demostró que no sabía nada de lo que estaba hablando. Y, como para apaciguar la crítica de César, sabiendo lo vanidoso que era, elogió demasiado sus triunfos, se puso a mal con Pompeyo y todos los republicanos. Quiso buscar apoyo en las «masas populares», y allí lo desenmascaró Espartaco quien dijo que todo lo que se traía eran unas maniobras asquerosas con la burguesía romana y que nada tenía que hacer con ellos, aconsejándole, en tono despectivo, que se fuera a donde los Gracos, que esos eran unos «oportunistas de izquierda». Y estos, por no estar presente su madre, doña Cornelia, no pudieron tomar acuerdos. Y así en todas partes. Y si no llega a ser por Fabio el Contemporizador, Catón, con su estribillo de que «tenía que ser destruido», se hubiera salido

con la suya, y no regresa ni el nombre de Soldado Desconocido de Italia. Pensó entonces buscar apoyo en tiempos más modernos y como después de aquellos tiempos, los héroes desaparecieron por completo por ni se sabe cuántos siglos, tuvo que venir a recalar en el Renacimiento. Pero he aquí que en cuanto le hablaba a un «héroe», este le preguntaba de qué ducado era, y florentinos, venecianos, genoveses, romanos y napolitanos, al comprobar que no era paisano suyo —porque en realidad era de Roma, pero, ya por temor a opacar el brillo paterno de Rómulo y Remo, no se atrevía a decir que él también era hijo de una loba del Arno— enseguida trataban de envenenarlo o de meterle una daga por la espalda, viéndose obligado a usar siempre cota de malla, como en las novelas de Rocambole, mientras trató con ellos. Por fin, vino a parar a los tiempos de Garibaldi; mas este le dijo que para asuntos diplomáticos se entendiera con el conde de Cavour y lo dejara a él tranquilo oír los discursos de Mussolini.

»El Soldado Desconocido alemán fue peor recibido aún. Federico el Grande lo vejó y le dijo que con qué cara se titulaba héroe cuando había sido vencido. Moltke declaró que la deshonra de Alemania se hacía eterna con su eterno recuerdo en tal Soldado Desconocido; y allá por el Walhalla retumbó tal trueno que el desdichado creyó que había estallado algún Gran Berta. Y no quieras oír los horrores que le dijeron, por cobarde, Rodolfo de Habsburgo y Federico Barbarroja. Blucher lo fulminó con una frase terrible. Le dijo que para tener el apoyo de los alemanes tenía que ser alemán primero, es decir, invencible. Y nuestro infeliz «comisionado» seguro de que también había tenido su Waterloo, no hizo ninguna otra gestión, y ahíto de tanta cerveza antigua como había bebido regresó a dar cuenta de su fracaso.

»Yo, por mi parte, tuve problemas de otra índole. Me puse a buscar un héroe norteamericano y no lo encontré por ningún lugar. Según me explicó despectivamente el general español

Vara del Rey, que, al enterarse de que yo era de Santiago, se hizo amigo mío, para tener con quien evocar sus «hazañas» por Barracones y Marina... que le interesaban más que las del Caney, «todos esos yanquis, en cuanto el negocio vino a mal, huyeron de aquí y ahora están creo que metidos con las estrellas de cine, con Valentino y comparsa». Y así fue como supe que Paul Revere, al menor indicio de crisis económica, montó de nuevo a caballo y huyó a todo galope al grito de ahí vienen los ingleses, que tanta alarma puso siempre en sus compatriotas. Y dicen que el del «Mensaje a García» anda ahora metido, como buen periodista, a entrevistador de todos los que van llegando de alguna importancia, sobre todo si son gánsters o miembros de la Sociedad de Amigos de la Silla Eléctrica. Al único héroe americano que pude encontrar fue a Lafayette, al pobre marqués de Lafayette, siempre asistiendo a todas las convenciones, muy decrepito y venido a menos, porque después de su fracaso durante la Revolución francesa no vivía de «otro cuento», como decimos en Cuba, más que del de la deuda que los americanos tenían con él, y ahora, no sólo se la habían pagado, sino que Francia se había quedado debiendo, según había leído en los periódicos... Lafayette, naturalmente, en cuanto me vio la piel un poco morena, creyó que yo tenía que ver con Toussaint Louverture y se puso en guardia, y, desde luego, comprendí que tenía poca importancia tener o no el apoyo de este héroe americano, que ya había cobrado sus bonos, que me puse a hablar con él de la Revolución y de la Guardia Nacional, pero en el acto le entró un fulminante dolor de cabeza y casi que huyó de mi lado, pensando acaso que había dado, de manos a boca, con uno de esos biógrafos modernos, a los que tanto terror tiene, y los cuales, como detectives de Poe o de Conan Doyle, averiguan todas las debilidades de la vida de un hombre, con sólo saber que tiene la quijada un poco corta, o el bigote ralo, o el gusto por las corbatas azules... ¡Son terribles, sin duda!, comentó Hiliodomiro. Y cuando Lafayette, se iba aprisa, cojeando con su inseparable mochila

de marqués llena de proyectos de «derechos del hombre», el conde de Turena, que acababa de leer a Voltaire, me dijo: «¿A qué no sabe usted en qué se parece el buen marqués de Lafayette a un hombre ahorcado injustamente?» «No sé», —le dije—. «Pues es que ha sido condenado sin merecerlo, y su fama la tiene por lo que no hizo y no por lo que hizo...»

»En cuanto a Rolando Bayardo de Burdeos —que este es el nombre que ha adoptado en ultratumba el buen boticario de Burdeos, soldado desconocido francés, temeroso por instinto del inglés, y sin olvidar jamás lo de la quema de Juana de Arco, y, pensando que, de todas maneras, a él lo único que le interesaba era estar bien con sus franceses, se fue a contarle a estos lo que había planeado el inglés. Inmediatamente, sus colegas reconocieron que, puesto que era francés, galo, no había duda ninguna de que se trataba de un héroe y que, por consiguiente, todos los manes de la Francia tenían que protegerlo. Carlos Martel le dio tan terrible espaldarazo para armarlo caballero, que por poco le parte los riñones; Breno le regaló un escudo de oro de los que se había llevado cuando la toma de Roma; Felipe Augusto, le dio un título de duque; Carlomagno lo nombró caballero de la Orden de la Mesa Redonda; Rolando le dio permiso para usar su nombre y le aconsejó que tuviera mucho cuidado con los españoles que eran una partida de estúpidos incapaces de respetar ningún prestigio, advirtiéndole que no fuera a pasar por Roncesvalles; Bayardo, finamente le agradeció que hubiera decidido usar su nombre y le recomendó que se cuidara mucho de los españoles puesto «que estos eran nobles caballeros pero asaz forzudos»; el duque de Crillon lo invitó gentilmente a cruzar su espada en amable asalto; el príncipe de Condé, lo nombró Ayudante de Campo honorario y, por último, cayó en la gloria, cuando compareció ante Napoleón Bonaparte y este, sin decirle una palabra, mientras tocaban *La Marsellesa* todos esos tamborcillos heroicos que pinta Víctor Hugo, le impuso la Cruz de la Legión de Honor. De seguida, con el simple gesto de uno de los dedos que tenía

metidos en la barriga, hizo que se le acercara el mariscal Ney, quien, dirigiéndose a Napoleón III, que arrinconado y humilde tuvo que escucharlo, le dijo que este hombre sencillo, procedente como ellos del pueblo, había rescatado el honor de la Francia, manchado desde su vergonzosa rendición. Y marselesas de nuevo. Ya, hasta Carlomagno canta *La Marsellesa*... Sin embargo, con todo su triunfo, se encontró algunas dificultades. Por lo pronto, le exigieron que no tuviera contacto ninguno con el Soldado Desconocido alemán y que nunca estuviera de acuerdo con el inglés. Además, toda «su gente» de la revolución, como él la llamaba, estimó indispensable que rompiera todo contacto con los otros, y así se vio entre los galos y los *sans-culottes*, como quien se queda entre dos fuegos. Por otra parte, aunque no lo dijo, Napoleón fue su gran decepción, a pesar de la Cruz de Honor y de todo. Y, en efecto, no has visto tú individuo más parecido a Greta Garbo que el tal Napoleón. Siempre enigmático, silencioso y empeñado siempre en poner cara de inteligente, o de individuo a quien le aprietan los zapatos. Yo con él no me llevo más que de «abur, abur», de afuera a fuera. Y la realidad es que nadie lo puede ver. Alejandro dice que quiso imitarlo y fracasó en su conquista de Egipto en donde lo mejor que hizo fue el discurso de las Pirámides; Aníbal asegura que su campaña de Italia, aparte de que no fue contra romanos, fue una mala copia de la suya; César asegura cínicamente que lo único que le interesa de Napoleón son sus cuerpos de hermosos y gigantescos granaderos de la Guardia Imperial; Carlos XII de Suecia dice que sus triunfos fueron debidos a que no tuvo contrarios de categoría, sino una partida de «aguantagolpes». Y así por el estilo todos, y esto sin contar el odio a muerte que le tienen los primeros generales de la propia Revolución y todos los «libertadores», más o menos importantes, que ha tenido el mundo. Sólo por medio de Víctor Hugo, que es una especie de *valet* de su fama, y le ha catalogado las victorias y retocado las derrotas, como quien ordena trajes de ceremonias, resulta accesible.

Sólo Víctor Hugo lo hace sonreír sombríamente de satisfacción. Y si según te digo, Napoleón se parece a Greta Garbo, no has visto escritor que más se parezca a Napoleón que Víctor Hugo. Siempre anda, imponente y solitario, escribiendo, según asegura, obras maestras. Lleva con él una libreta, y tan pronto se le ocurre una frase, la apunta, y entonces escribe un capítulo sobre ella. Y algunas veces hasta un libro. De nosotros nos ha dicho con desprecio que éramos «como águilas de plomo, pintadas de oro, enanos sobre escalas de gigantes, ranas uniformadas, héroes a franco la tonelada», y otras cosas por el estilo. Naturalmente, todo el mundo lo odia, y está tan pasado de moda y es tan ridículo que si viviera hoy sería poeta de tangos... ¡De buena se han salvado ustedes!... Bien, el caso es que nuestro hombre regresó sin otra conclusión que la de que él era francés, y, por lo tanto, héroe. Con todo lo cual, y siempre como francés, no tardó en imaginar que todo el mundo estaría pendiente de él y que todos nosotros giráramos a su alrededor. Como primera medida nos declaró que «la Francia, una indivisible e inmortal, lo apoya a él y nada más que a él». Y, acto seguido, comenzó a cantar *La Marsellesa* con todo furor.

»El inglés, a pesar de su aspecto, no le hizo gran caso, seguro de controlarlo al cabo, como un loquero que conoce ya las debilidades de su loco y sabe que lo mejor es dejarlo desangrar a gritos. Por eso, se limitó a informar que la Sección Inglesa, unánimemente estaba a nuestro lado. Y que Ricardo Corazón de León, atemorizado por la marcha de los acontecimientos, había sido el primero en pedir ayuda a todos para apoyarnos; que Guillermo el Conquistador — quien por cierto no se cansa de decir que si conquistó Inglaterra sólo fue porque ya no podía soportar más a los franceses, sus paisanos—, Enrique Plantagenet, Cromwell, y Wellington, estando de acuerdo en que Inglaterra había ganado la guerra, necesario resultaba apoyar todas sus conquistas, de las cuales una de las más notables era esta de los soldados desconocidos, que de haberla conocido ellos

bien les hubiera servido para eliminar algunos cuantos ambiciosos con ínfulas.

»Y, claro está, que se calló las instrucciones sobre la manera de utilizar al francés azuzándolo contra el alemán y al alemán azuzándolo contra el francés, poniéndose en el medio como salvador, en tanto que no hubiera algo que ganar.

»A primera vista nada habíamos obtenido. Más tú no puedes imaginarte las cosas que es capaz de hacer un inglés con la diplomacia. Por lo pronto, nos dijo: «Ahora podemos descansar nosotros, porque ahora comenzaron las peleas entre ellos». Y, efectivamente, en la próxima asamblea, cuando parecía que se iba a tratar el problema de nosotros, los «nuevos», los «héroes desconocidos», como nos llamaban, se armó enseguida una tartaria descomunal.

»Feidípides, el soldado de Maratón, se atrevió a hacer una interpelación no sé con cuál motivo, y lo interrumpió Leonidas, el espartano de las Termópilas, diciéndole que él no era tal héroe y que toda su fama se debía al hecho de haber querido llegar a Atenas antes que Milciades, para correrle la mujer... Se levantó este héroe de «casco palpitante» —como decía Homero, quien por cierto ni es ciego ni Cristo que lo fundó, sino un vividor de siete suelas que se pasó la vida guataquéandole a todos los príncipes acaienos y troyanos— y furioso se dirigió por igual contra Feidípides y contra Leonidas, al primero por haberlo tarreado y al segundo por proclamar su desdicha, y después de decirles de quiénes descendía, y que su padre había sido domador de caballos, y su abuelo había cohabitado con una náyade de Poseidón, la cual era su abuela, y que, por tanto, era descendiente de los dioses, como Teseo y Heracleo, los retó a funesta lucha, de todo lo cual estaba tomando nota Sófocles, quien según Tirteo, no sabe hacer un drama sino es a base de cosas bárbaras y grotescas. Alguién gritó: «¡Qué se callen esos griegos charlatanes!...» Y entonces se armó más gorda la bronca, porque Alejandro y Filipo se lavantaron llenos de majestad a protestar y un romano les gritó que de qué

protestaban, puesto que ellos no eran griegos, sino macedonios, como dándoles a entender que no era lo mismo ser de Santiago que del Caney, tú sabes. Bueno, inmediatamente se formaron las falanges macedónicas por un lado y por otro las legiones romanas, y, dado el odio que los cartagineses tenían por los romanos y el deseo de que también se acabara con los cuentos de Alejandro Magno, Aníbal, que era el único autorizado para intervenir allí, se abstenía regocijado, y era evidente que hubiera propocionado una hecatombe de la historia antigua, si los héroes de la Edad Media, interesados en que ello no fuera así, no hubieran mediado, pues, de producirse tal hecatombe, y quedarse el mundo antiguo sin romanos que vencer, ni los galos hubieran valido nada en la Historia, ni los árabes, ni los vándalos, ni Atila, ni, en fin, todos los que cogieron los «mangos bajitos» cuando ellos empezaron a echar pa'tras. Así es que intervinieron todos y después de un gran tumulto comenzaron a disolverse las falanges y las legiones y a restablecerse la calma. Mas en esto, los conquistadores españoles y sus antecesores, Pelayo y sus asturianos, al ver moros metidos en la polémica, se metieron ellos también con el Cid a la cabeza y entonces fue Almanzor quien formó sus hordas. Y cuando todo el mundo se disponía ya a presenciar algunas de esas feroces luchas entre «moros y cristianos», ciertos guerreros de las Cruzadas creyeron que era el momento de resucitar la cuestión de Jerusalén y el Santo Sepulcro y de nuevo se formó la trifulca, pues los héroes anteriores al nacimiento de Cristo no tenían por qué creer en él y los posteriores a su nacimiento lo consideraban únicamente como un gran negocio, por lo que fueron desenmascarados. Y en esta discusión, los griegos, romanos, cartagineses y persas y los galos se unieron con los árabes y los franceses, italianos, alemanes, ingleses y otros se unieron con los españoles y ya sí que parecía inminente el más feroz conflicto de la historia, cuando al inglés se le ocurrió que era el momento de que actuáramos de una vez para dominar la situación.



»En efecto, aparecimos en medio de un estallido ensordecedor de granadas, dentro de un tanque, con caretas contra los gases asfixiantes, y el pánico fue espantoso. Los griegos se encaramaron todos en las Termópilas; los chinos se treparon a su Muralla; los árabes enterraron la cabeza en la arena; los indios huyeron en sus caballos; los romanos se refugiaron en el Capitolio. Se hizo un gran silencio. Y entonces salimos nosotros del tanque. Uno cayó desde un avión con paracaídas. Con ametralladoras de mano y careta. Animales más extraordinarios jamás se han visto sobre la tierra. Hasta el hombre de Neardhenthal, al contemplarnos, pegó un aullido de pavor y huyó hacia su caverna, soltando el descomunal garrote. Naturalmente, aprovechamos como era debido el momento, y previa una ceremonia más de aterrizamiento, en la cual echamos un poco de gas lacrimógeno, que puso flojos del vientre a casi todos los adalides antiguos, expresamos bien claro que exigíamos «cierta compostura y cierto decoro» para convivir, como «héroes desconocidos», con quienes, a pesar de ser tan conocidos como héroes no sabían comportarse sino como una mano de pendejos, cuando no como mujerzuelas histéricas. Y la gente comenzó a acercarse con cierta prudencia y recelos hasta que algunos, como el Cid, probaron sus tizonas sobre el tanque, en cuyas planchas, naturalmente, se quebraron todas. Desde entonces, puedes creerlo, no hemos tenido más tropiezos con los héroes conocidos...

## V

Meses discurrieron sin que yo volviera a tener contacto con Hiliodomiros del Sol. Habíase este esfumado precisamente al iniciar Mussolini sus pantomimas etiópicas. Mi fe, sin embargo, permaneció inquebrantable. Para mí no había duda de su real existencia. Y por eso, ni por un momento, di albergue en mi cabeza a la idea de que cuanto va aquí narrado fuese el resultado de un proceso alucinatorio o de debilidad cerebral, diagnóstico este último, que los médicos suelen utilizar cuando algún individuo se da súbita cuenta de que está pensando e imaginando y viviendo de manera distinta y más brillante que antes y, asustado, acude a su consultorio por la razón de lo que le acontece. La verdad monda y lironda es que nunca he gozado de mayor lucidez que en esta sazón. Estaba —estoy— en mis cabales. Y aquí me surge, de pronto, una duda tremenda: ¿tendrá algo que ver esto de mis cabales con las reservas de hambre que llevo acumuladas en este exilio? He oído decir por ahí, que el equilibrio mental y la panza repleta se excluyen radicalmente. No sé si tendrá esa opinión una base científica. Ni me importa. Por lo pronto, mi caso personal parece confirmar definitivamente el dicho. Con todo, mi más cara aspiración en estos momentos es poder sumergirme en una bañera rebosante de arroz con frijoles y no salir de ella hasta ingerir su contenido íntegramente.

Sin duda, que para cualquier otro que no fuera yo, la prolongada ausencia de Hiliodomiros hubiera sido la demostración más evidente de que la videncia es un cuento. Pero, a tal extremo estaba fija en mí la idea de su existencia concreta que a pesar de ser un espíritu, y, por añadidura, un inmortal entre los inmortales, ante su desaparición sin rastros me

asaltó más de una vez la sospecha de si no había muerto de alguna enfermedad o de algún accidente imprevisto. Todo, en efecto, puede suceder. Aun en ultratumba. ¿Cómo si no habría la manera de explicar el por qué unos espíritus permanecen vivos, y, como quien dice, saliendo cotidianamente en los periódicos, y otros, por el contrario, ni salen jamás, ni dan muestra de vida alguna, ni más ni menos que si fueran miembros de una academia científica, literaria o artística?

Muy pronto los hechos vendrían a confirmar plenamente mi fe. Un día, cuando ya la crisis de Abisinia había pasado, al salir del trabajo, a la puerta de la escalerilla del sótano, que daba a la calle 145, allí estaba Hiliodomiro esperándome, leyendo un periódico con las últimas noticias. Realmente, estaba demacrado, como individuo que ha pasado por larga enfermedad o por un período de angustias morales y mentales. Lucía un poco icterico también. Después de los saludos de rigor, así se lo dije, afectuosamente, preguntándole la causa de aquella apariencia física un tanto deplorable.

—Chico, la guerra, me contestó. No te puedes imaginar los problemas que nos ha traído esta guerra, y Mussolini con sus bravatas, y el relajo de la Liga de las Naciones, que se nos ha choteado definitivamente, y las amenazas de Inglaterra, y la actitud de Hitler, por último, y todo sin contar con las amenazas izquierdista en Francia y en España, en estas elecciones que se avecinan.

Mientras caminábamos por la Quinta Avenida, contemplando, a su mejor hora, el arroyo multicolor y aromado de mujeres, Hiliodomiro no habló. Le gustaban, como en sus tiempos de Santiago, rumberos y provocadores, las hembras, las buenas hembras de todos los países que pasan por la Quinta Avenida, a las horas de tiendas; le encantaba aquel río humano con perfume sutil de sexo; aquel avance hacia los ojos de senos rotundos, iluminados por ojos brillantes de todos los colores del mundo; aquel juego de curvas, de caderas ágiles y elásticas, que se perdían unas entre otras, que se alejaban de la vista dejando una estela de fragancias recón-

ditas; aquellas piernas escultóricas, por millares, por millones, que evocan audacias arquitectónicas de los árabes o los florentinos; aquel río de curvas y de colores, en el que nadaban raudos, hundiéndose, flotando, perdiéndose, huyendo ante los ojos voraces, el encendido rojo de las bocas ansiosas, el brillo de azabache, o zafiro, o esmeralda, o turquesa, o amatista de los ojos de misterio o audacia; el jardín de las manos en guantes lilas, azules, verdes, amarillos, blancos como infinitas flores; y las cabezas magníficas, cubiertas de inverosímiles sombreros inimaginables, cada uno como un audaz pájaro desconocido o como una nueva y jamás repetida especie de orquídea salvaje...

—Y en cada una de estas mujeres maravillosas, una pasión, una esperanza, un desastre... La vida en cada una... La vida entera... ¡Y cómo amo la vida!...

Hiliodomi, ante aquel espectáculo femenino único, de los millares de bellezas en la Quinta Avenida, asumía una actitud melancólica; la actitud de un hombre en decadencia, algo parecido a esa pena por el recuerdo de hazañas y triunfos de la juventud que tienen algunos hombres viejos, todavía con externa prestancia otoñal. Pero Hiliodomi era un hombre joven, y, por eso, su fervor imaginativo y a la vez melancólico, ante tanta esplendidez femenina, me trajo entonces a la imaginación una pregunta un poco terriblemente curiosa. Bueno, ¿y «allá» no...? Pero decidí callarme por no herir su susceptibilidad varonil... Él dice bien: —¡Cómo amo la vida!... Porque, si en efecto, no hay en ultratumba una Quinta Avenida; si es falsa la promesa de las huríes del profeta, ¿para qué va a ir un hombre joven al cielo? ¿Para escuchar los sermones de San Pedro, o los sofismas de Sócrates...? ¡Si siquiera hubiera cuentos de Quevedo!...

La tarde, a fuerza de bella se había puesto tan tristonera para Hiliodomi que este parecía ausente de todo intento de contarme nada. Momentáneamente se había vuelto introspectivo y recordaba, para sí, algunos días mejores, felices, vibrantes y anónimos de su juventud exuberante de

parrandero infatigable, allá, en el caliente, sucio y bello Santiago de Cuba, en donde las montañas tiemblan como senos de mujer.

Por fortuna, un escandaloso periódico de Hearst lo arrebató de su mundo imaginario. Un titular negro e inmenso como la muerte llenaba media plana anunciando que Hitler no reconocía pactos de Locarno ni de ningún lado y que la guerra era cuestión de una edición más o menos del periódico. Compró Hiliodomiro el periódico y a poco lo botó.

—Son unos ladrones estos periodistas, dijo. Tan ladrones como Hitler. Como que no me explico por qué Hitler no es periodista. Y que son iguales en todas partes, aunque aquí sean más mentirosos y alarmistas que en ninguna otra parte. Despidete del escándalo que han armado con todo eso de Etiopía. Bueno, claro, ya te habrás enterado.

Yo, comprendiendo que había llegado el momento de hacerle hablar sobre todo el largo período en que no lo había visto, le dije: «¿Qué? ¿Has tenido muchos líos con esto de Abisinia?».

—¡Cálculate!... Porque no era la cuestión de Abisinia. Era la cuestión de una posible nueva guerra mundial, que nos tiene a todos nerviosos hace años... Hasta al inglés inclusive.

—¡Cómo! —le dije—, ¿a ustedes también puede afectarles la nueva guerra mundial? Yo creía que eso sólo podía perjudicarnos a nosotros.

—¿Que si nos perjudica? No lo puedes calcular... Piensa nada más en lo siguiente: la nueva guerra nos trae este dilema terrible. Si se triunfa, quiero decir, si alguien triunfa —lo que no es lo más probable— tendremos una nueva avalancha incontenible de soldados desconocidos con la consiguiente agravación del problema del desempleo entre nosotros; nueva situación difícil con los héroes antiguos; desplazamiento posible de muchos de nosotros por los nuevos, que ya organizados con mayor conciencia de clase, harán su gremio y nos plantearán a cada momento «reivindicaciones inme-

diatas». ¡Menudo «titingó» tenemos en perspectiva!... Y esto, si se gana, si es que hay alguien que salga ganando en esta nueva guerra. Que si se pierde, que es lo más probable, despidete. Por lo pronto, no hay quien evite la hecatombe, la revolución. La teoría que tiene el Soldado Desconocido rojo —como lo llamamos nosotros para molestarlo— de que todo esto del homenaje al soldado desconocido no es más que un insulto al carnerismo popular que no hay «soldado desconocido», si no «oveja desconocida»; que en la guerra, en la verdadera guerra de liberación de los pueblos, no hay, no puede haber héroes desconocidos, porque el pueblo conoce a todos los que lo aman y se sacrifican por él, esta teoría demagógica y endemoniada, que nos está haciendo estragos, se va a imponer sin remedio. Por eso, nuestra oposición a la guerra; oposición a muerte. Por eso, no te extrañará que yo contribuya con ustedes a esta campaña contra la guerra, porque, si los beneficia a ustedes, en mayor medida nos beneficia a nosotros. Puedes tener la seguridad más absoluta de que, hoy por hoy, no hay nadie que sea más antifascista que nosotros, los soldados desconocidos. Esto es, por eso que ustedes llaman en su lenguaje las «contradicciones internas»... Gracias a tales «contradicciones internas», nosotros, producto de la guerra, que por ella tenemos gloria, prestigio, honores y posición, la combatimos, la tememos, la odiamos y luchamos por que no se repita... Es, para que tú lo comprendas mejor, ya que eres escritor y te codeas con artistas, como cuando un escritor o pintor o músico, llega a la fama y luego no le da el chance a ningún discípulo. Y si se lo da, es únicamente a condición de que se parezca a él y sea capaz de prolongar en cierto sentido su gloria y sus triunfos... Ni más ni menos, chico. Todo es así en este cabrón mundo, desengáñate.

—¿Así que tú piensas que Mussolini y Hitler han estado provocando la guerra, con esto de Abisinia y del Rhin? —le pregunté a Hiliodomiro para traerlo a las confesiones que más me interesaban.

—Te voy a decir. Lo cierto es que nos han hecho sudar de lo lindo. Pero a nosotros no se nos puede engañar. Y no se nos puede engañar porque, aparte de que somos espíritus, tenemos, como internacionales que somos, un servicio de espionaje que el de los alemanes y los japoneses no sirve para nada a su lado. Yo, por ejemplo, cuando Mussolini lanzó sus primeras tropas contra Abisinia y en respuesta a ello Inglaterra comenzó a almacenar barcos en el Mediterráneo, que parecía aquello un lago en día de regatas, me ericé, francamente. Dije para mí, aquí se va a armar un dale al que no te da que ni la Chambelona le va a hacer nada. Y por si acaso, recordando que yo, después de todo, no soy sino Soldado Desconocido de Arlington, el Soldado Desconocido norteamericano, me dispuse, prudentemente, a lanzar mis declaraciones de que América, la tierra de la libertad y la democracia, se mantendría alejada de los problemas europeos. Esto, te advierto, sobre todo, ahora que pronto vendrá el período electoral, era un gran golpe político de mi parte, porque aquí nadie quiere pelear, con lo que se demuestra un buen juicio magnífico. Pero el caso fue que no se hizo necesario el que yo publicara mis declaraciones; al enterarse los otros soldados desconocidos de lo que yo pensaba hacer, corrieron a verme y me explicaron con claridad cuál era el proceso real de las cosas. Así, el Soldado Desconocido italiano, me dijo:

—Vamos, no seas bobo. ¿No conoces a Benito? ¿No ves que lo que él quiere hacer es distraer un poco a nuestros paisanos, salir en los balcones sobre las plazas y hablarle a la muchedumbre; ir al Coliseo a evocar las grandezas de César, y, si es posible, conquistar Etiopía, aunque provisionalmente, y traerse algún mariscal de allá y recibirlo a la antigua, como se hacía con las legiones romanas? Esto es todo, chico, porque él sabe que ni Inglaterra tira, ni Alemania tira, ni Francia tira. Y, él mismo, a la primera oportunidad que se le presente, tampoco tira nada. Aquí, no te ocupes, que todos quieren «ir al segurete», como tú dices cuando te pones a jugar el pocker.

Y por eso él tira su «farol». Está viendo que Egipto, y Siria y la India están poniéndose belicosos y sabe que a la primera de cambio se sacuden las cadenas y se va a quedar sin imperio y sin esclavos. Y no le conviene. Mientras más barcos tú veas en el Mediterráneo, más miedo puedes calcularle a los ingleses. Y si no, pregúntale a este —y se dirigió al Soldado Desconocido inglés—, del que ya te he hablado antes.

—Bueno, miedo no, porque Inglaterra jamás ha sentido miedo, dijo orgullosamente. Pero lo cierto es que Mussolini está poniéndose atrevido en demasía y es necesario contenerlo. Y no es ningún bruto en el fondo. En realidad, él no sólo busca un pedazo más en África, sino que quiere ir ganando preeminencia en el Mediterráneo hasta desalojarnos de él. Este es su sueño. Y pretende olvidarse que nosotros, que Inglaterra, es la reina de los mares, como dicen todos los periódicos. De pasar el Mediterráneo a manos italianas, a la cultura latina, que es el disco de Mussolini, vendrá un gran atraso para la Humanidad, pues de nuevo, para explotar hasta el colmo la memoria de los romanos, impondrá el uso de la vela latina, y la navegación a remos en trirremes y quinquirremes. Y hasta puede ser que, para demostrar definitivamente que Colón era italiano, se le ocurra armar nuevas carabelas y mandarlas al descubrimiento de América y, enseguida, a su conquista...

El inglés, creyéndose que había dado con el gran argumento para hacerme salir de mi anunciada neutralidad en la próxima guerra, lo que significa\*

\* Aquí se interrumpe el manuscrito. R.R.





**CRÍTICA ARTÍSTICA  
Y LITERARIA**



## Nota del editor

Como complemento de este tercer volumen de las obras de Pablo de la Torriente Brau que ahora publica nuestro Centro, y con el que concluimos la publicación de sus textos de ficción, hemos decidido incluir algunos de sus trabajos de crítica literaria y artística que, si no fueron numerosos, permiten conocer sus gustos literarios y artísticos, sus opiniones estéticas —y su evolución en este sentido—, entremezcladas con sus opiniones políticas y antimperialistas, así como jalonados con su penetrante sentido del humor, siempre presente en su vida y en su obra.

Algunos de estos textos han sido reproducidos en las varias recopilaciones de sus obras que se han difundido, o republicados en la prensa periódica y en las revistas literarias, como es el caso de «Reivindicación de Emilio Salgari», «El *vernissage* de los artistas», «Edgar Allan Poe, el extranjero» y su laureado «Guajiros en Nueva York», casi con seguridad el último artículo de este tipo que escribió antes de su muerte en España.

Incorporamos también otros tres trabajos que, hasta donde sabemos, no se habían vuelto a publicar después de su aparición en las páginas de *Ahora*. Son estos «El libro de Leví» y «Dos barcos», reseñas literarias en las que expresa muy abiertamente sus criterios sobre dos obras que por diferentes razones resultaron significativas en el momento de su aparición. Lamentablemente, nos hemos visto obligados a reproducir el texto del segundo artículo con varias mutilaciones por el lamentable estado de conservación en que se encuentra la colección de ese diario, pero no quisimos descartarlo por las agudas opiniones que allí expresa Pablo sobre la obra de Carlos Montenegro. El tercero, «Saint-Malo, violinista del

trópico y de París», el único dedicado a la crítica musical, permite apreciar la sensibilidad y el conocimiento de Pablo en lo que a la música culta se refiere.

Nos pareció también interesante incluir aquí dos jocosos prólogos escritos por Pablo; uno para el libro de poemas de su esposa, Teté Casuso, *Versos míos de la libreta tuya*, y otro para *Bufa subversiva* de Raúl Roa. En ambos, hechos para obras muy dispares por su contenido y calidad, más que presentar estos libros, muestra, sobre todo, el perfil psicológico de sus autores y los entrañables sentimientos que lo vincularon a la mujer que tanto amó y a su mejor amigo.

Por último, forman parte de esta selección dos trabajos que, al parecer, han permanecido inéditos: «El Cid en Nueva York» y «Al Congreso de Artistas...». El primero está dedicado al conjunto escultórico creado por la artista Anna H. Huntington en homenaje al legendario héroe español y a la presencia del arte peninsular en los museos de aquella ciudad.

Comentario aparte por su significación merece el texto «Al Congreso de Artistas...». Se trata de un documento elaborado por Pablo de la Torriente y que fue leído por el pintor Antonio Gattorno en el Congreso de Artistas Norteamericanos, convocado para iniciarse en Nueva York el 14 de febrero de 1936. A través de la correspondencia escrita por Pablo durante su segundo exilio en esa ciudad, puede apreciarse su interés por extender la lucha política a la esfera de los intelectuales y artistas cubanos mediante la creación de una organización que velara por sus intereses y el desarrollo de la cultura cubana, y que los compulsara a integrarse a la lucha social. Para ello indaga acerca de cómo funcionan algunas organizaciones de escritores y artistas ya por entonces existentes en otros países latinoamericanos, como Ecuador y México, con la intención de fundar una similar en caso de que se produ-

jera su regreso a Cuba.<sup>1</sup> Además, puntualiza sus criterios acerca de la función social de la creación artística desde una óptica revolucionaria y militante, quizás expresada por primera vez de forma tan meridiana en nuestro medio.

Esperamos que la recopilación de estos trabajos resulte útil a los estudiosos y lectores de la obra de Pablo de la Torriente Brau para tener una visión más cabal de sus concepciones estéticas.

<sup>1</sup> Véase Pablo de la Torriente Brau, *Cartas cruzadas*, selección, prólogo y notas de Víctor Casaus, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1981, apud.



## Reivindicación de Emilio Salgari\*

*Para Raúl Roa, cabeza desordenada  
de Beethoven hambriento y figura  
de Hamlet estilizado.*

Hay que reconocer que Raúl Roa y yo tenemos la enorme y vital virtud de ser exagerados, excesivos, hiperbólicos. En el fondo, esta es la única manera real de ser. Lo demás, como Raúl dice, plagiando indecentemente a no sé quién, «es ser sombra». Este preámbulo no viene a cuento, pero ya está hecho y no me gusta empezar tarea alguna dos veces. Además... pudiera ser que explicase todo esto, que tuvo por teatro la galera 18 del Castillo del Príncipe.

Una noche, hace ya mes y medio, él y yo estábamos sentados al borde de la cama de Mongo Miyar y los tres nos habíamos dado gusto diciendo que el Dante, a quien no hemos leído, era un pesado; que Cervantes era muy inferior a don Quijote, desde luego, que Shakespeare en definitiva sólo resultaba un matón insoportable, y qué sé yo cuántas insolencias más... De aquella reunión salió el acuerdo solemne de considerar como intolerables la gran mayoría de las obras universalmente famosas.

Luego nos remontamos río-tiempo arriba y llegamos al arroyuelo de la infancia en donde el agua corrió siempre a brincos, blanquiazul y alegremente tempestuosa. Aquel arroyuelo, que fue engrosando el caudal de la vida, fluyó siempre por un cauce virgen, aun en la cercana ancianidad de su recuerdo. Allá fueron los sueños ardientes y hermosos, el presentimiento en brumas del amor y el ansia vibrátil

\* Escrito en el Castillo del Príncipe, en marzo de 1931, se publicó en *El Mundo*, La Habana, 5 de noviembre de 1952, p. A-4.



del heroísmo sin límites. ¡La realidad es sólo un sueño pobre, y la vida, si la vida es algo que quiera valer la pena, es de veras el huracán de sueños de los primeros años impetuosos, locos, vehementes y desaforados!

Y es casi una prueba de ello el que evocar es vivir.

Aquella noche, al borde de la cama de Mongo, con su eterna preocupación de no meter en sobres distintos las cartas interminables que escribía, los tres llegamos también a este acuerdo fundamental. Emilio Salgari era mucho más grande que todos esos señores hieráticos e inalcanzables a los que casi ni se les puede mirar de frente en los retratos. Porque indiscutiblemente, la emoción es la onda sonora del espíritu y ninguna ha vibrado tanto ni tan larga y hondamente en el nuestro, como la que le arrancara en aquellos años primeros la inaudita epopeya de los héroes inverosímiles, palpitantes en los libros de Salgari.

La larga, interminable lista, fue brotando entusiastamente de nuestros labios; y los naufragios tempestuosos, los abordajes increíbles entre la ensordecedora gritería de los corsarios y los piratas, las caminatas sin término por entre las selvas tupidas y majestuosas, las cacerías de búfalos en las praderas del Oeste, las luchas entre las fieras, y las muertes y las victorias grandiosas, se siguieron unas a otras con precipitado ritmo para llegar a la total convicción de que todo aquel remolino desorbitado de vida fantástica, fue más que ninguna otra cosa, el alimento crudo y vigoroso, enérgico estimulador de temperamentos por modelar, que anhelaron entonces ser creadores de realidades imposibles y ser dignos alguna vez de llegar como héroes hasta las páginas de un libro inverosímil...

Y, enseguida, con el rogojio del recuerdo claro todavía y viviente, los héroes fueron saliendo, agitados y frenéticos, de las memorias antiguas de la evocación del momento. Allí estuvo, más vivo que ninguno, impetuoso y ardiente como el huracán desenfrenado, aquel incomparable Sandokan jefe de los fieros Tigres de Mompracen, que amó a Mariana

Guillonck, la rubia Perla de Labuán con el ímpetu salvaje del tigre y odió a los ingleses, conquistadores de sus islas, con el fuego inextinguible de un volcán; allí estuvieron también Yáñez, su inseparable amigo, y Tremalnaik, y, luego, en catarata y de manera loca, como en una ilustración de Gustavo Doré, estuvieron danzando sobre la cama, entre fulgores de cimitarras, yataganes, lanzas y puñales y aullidos de triunfo y voces de agonías sangrientas y terribles, el León de Damasco y su hijo, los náufragos del Liguria, los cortadores de cabezas, los coolíes chinos, la soberana del Campo de Oro, las pieles rojas, el hombre de fuego, el Corsario Negro, Carmaux, Wan Stiller, Moko, Yolanda, Morgan, la Capitana del Yucatán, los conquistadores del polo, los pescadores de perlas... ¡Los cien, los mil maestros de valor y de audacia que fueron culpables, en más de una ocasión, de magníficas pateaduras recibidas años atrás, cuando la exaltación provocada por la lectura de sus hazañas, nos hizo atrevidos y hasta insolentes!...

Y como todos estuvieron allí y de alguna manera era necesario rendirles tributo, acordamos que era preciso reivindicar la memoria injustamente desdeñada de Emilio Salgari, creador de tanto inaudito personaje. Raúl y yo entonces proyectamos escribir, para pasmo de nuestros críticos literarios, una *Evocación de Emilio Salgari*, en la que él se ocuparía de descubrir el aspecto antimperialista de su obra —«porque lo tiene», decía Raúl recordando las luchas de sus protagonistas contra los defensores de las grandes potencias— y yo, de su valor educativo como impulsador de la infancia por los caminos más nobles del heroísmo y del esfuerzo. Y, naturalmente, enseguida mandamos a pedir los libros que «nos hacían más falta consultar».

Dos cosas enseguida acabaron de poner el ambiente a tono con nuestro deseo: una fue que poco después de aquella noche evocadora, un grupo de penados, capitaneados por Sergio y por Romero, entraron violentamente por la madrugada en la galera y nos tiraron de las camas, dando lugar a

que viviéramos instantes de rebelión peligrosa; y la otra el saber, por Carlos Montenegro, que Salgari se había matado colocándose una bomba en el vientre abierto. Murió, pues, como un héroe de él mismo y esto le añadía un profundo interés humano.

Así, cuando llegaron los primeros libros que nos mandó Gonzalo Mazas, todo el mundo dejó las lecturas pendientes y se puso a leerlos desordenadamente. ¡Y que se trataba nada menos que de la colección del Corsario Negro, sombrío e inverosímil caballero de la venganza y del triunfo!

Emilio de Rocabruna, señor de Veintimiglia y de Valpenta, se enseñoreó de nuestra galera, y sus intrépidas aventuras nos las contábamos con un asombro burlón que nos hacía gratas las horas. Mongo Miyar se aprendió de memoria muchos de los juramentos de Carmaux y cada vez que al «loco» Roa se le ocurría cometer uno de sus impublicables alardes, Farina gritaba: «¡Por el vientre de un tiburón!» O, si la cosa era grave, con más énfasis todavía: «¡Millones de cañones!»

Sin embargo, el entusiasmo no llegó hasta su punto más alto —y ya nadie leyó otra cosa en la galera— sino cuando vino la serie de Sandokan. Unos a otros nos preguntábamos por dónde íbamos y nos poníamos en turno riguroso para ir leyendo *Sandokan*, *La mujer del pirata*, *Los dos rivales*, *Los estranguladores...*

Fue Raúl Ruiz, el popular Cienfueguito, quien vino a estropear aquel «ingenuo y pueril volver a la infancia» —como diría Juan Marinello, según imitación de Raúl— cuando una noche exclamó, con su voz chusmona, al leer algún párrafo escalofriante de *Sandokan*: ¡Caray, este hombre quiere ser más guapo que nadie!... ¡Mira que tiene rabia!... ¡Con una herida así en el pecho y estar nadando tanto tiempo como un pescado! ¡Qué va, no trago!» Y terminó haciendo una observación que nos hizo reír a todos. «¡Y luego, a estos “paraos” lo único que les rompen los cañones es el bauprés!»

La efervescencia no puede durar mucho nunca y esta se agotó también. Ya sólo queda que de vez en cuando Carlos Montenegro, para distraer los ochenta y pico de días que le quedan para irse en libertad después de once años de prisión, viene a pedir «un libro de Salgari», para al día siguiente devolverlo un poco desencantado, sospechando, como en una esperanza que «estos de ahora sean hechos por otro» para aprovechar la fama conquistada.

Y queda también que algunas veces Mongo recita con énfasis pirata, aunque no venga al caso, aquello de: «¿Y Singal, el más valiente y audaz pirata de la Malasia? ¡Atravesado el pecho por una bala de espingarda cayó a mi lado! ¿Y Sangau, el León de las Romades? ¡Yo lo vi! ¡Cayó a mi lado con un casco de metralla en la cabeza! ¡Muertos! ¡Muertos todos mis valientes! ¡Pero les vengaremos!...»

Y de aquel deseo de Raúl Roa y mío de hacer una reivindicación de Emilio Salgari, del gran poeta de las aventuras, sólo quedan estas líneas. Sin embargo, perdura en ellas algo que ya es bastante: un bello recuerdo de la infancia.

Marzo de 1931. Castillo del Príncipe.

## El Cid en Nueva York

En la plazoleta interior de la regia ciudadela de museos que se encuentra en Broadway y la calle 156, la inspiración de Anna Hyatt Huntington ha plasmado en imponente bronce la arrogancia soberbia de un caballo poderoso, conquistador y bravío, sobre el cual se empina la figura del Cid Campeador, con su brazo prepotente y su gesto de ¡Adelante!

En estos días los periódicos han vuelto a reproducir esta estatua del Cid, y se ha vuelto a hablar del héroe castellano, con motivo del homenaje que ha querido rendir el gobierno francés a Anna Hyatt Huntington, concediéndole la medalla de la Legión de Honor.

A mí —y es una opinión personal que no sin cierta vanidad he venido a ver confirmada ahora por eminentísimos críticos de arte— el monumento me parece más levantado al potro formidable que al formidable Rodrigo Díaz de Vivar. En la figura de este, el brazo hercúleo que sustenta la lanza le resta atención a la nobleza un poco desvaída de la cabeza y, en general, la talla del héroe carece de majestad, parece excesivamente corta, sobre todo en proporción con la magnitud gigantesca del animal. Este, además, ostenta mucho más aire de conquista que su dueño. Las postales, por otro lado, no suelen reproducir las figuras que rodean al monumento, todas las cuales, en este o aquel detalle, muestran la evidente maestría de la escultora yanqui. Son cuatro, cuatro clásicas figuras de héroes pensativos, en las cuales, o la exuberante musculatura o las cabezas magníficas atraen siempre la atención. Una sobre todo hay, que mira al espectador desde el fondo de su cerebro de bronce, con tal intensidad patética, que uno se siente como recogido, como si el héroe pensativo hubiera sido uno de los testigos de las hazañas del

Cid, y hoy, mudo por la inercia del metal, quisiera contar las épicas proezas del guerrero, con la emoción profunda que emana de su profunda mirada bronceada.

Pero no era de esta escultura famosa de Anna Hyatt de lo que yo iba a hablar aquí. No era del Cid de bronce de quien yo iba a escribir, sino del otro, del que es una encarnación de todo un pueblo tan ingenuamente admirado aquí, en las tierras del Norte.

Efectivamente es así. No es que en Nueva York, por lo inmenso y por lo cosmopolita, haya un lugar para todo. Eso es verdad, desde luego, pero hay que reconocer que una simpatía espontánea se une a ello en el caso de España a quien se adora aquí, aunque sea un poco falsificada por la novela mala y la película peor.

Por eso resulta de justicia reconocer el altruismo generoso y el inteligente esfuerzo que lleva a cabo por rescatar a la España auténtica de tanta falsa interpretación, la Hispanic Society of New York, patrocinadora de este monumento al Cid Campeador y de los espléndidos museos de arte español, antiguo y moderno, entre los cuales la estatua se levanta.

En estos museos —y no hemos mencionado la biblioteca maravillosamente organizada y atendida por simpáticas muchachas sordomudas— existen verdaderas y auténticas joyas. Baste con decir que Joaquín Sorolla y Bastida, el glorioso maestro de los mares incomparables, tiene para él solo una espléndida sala. Y en otra aparecen cuadros de Zuloaga, Anglada Camarasa, Pinazo Martínez, etc. Pero estos museos merecen crónica aparte y ya la haremos la próxima vez. El lector hará con nosotros la visita.

New York, 4, 6, 933

## Prólogo a *Versos míos de la libreta tuya*\*

...Y como se trata de hacerle un prólogo o algo así, a los versos de Tété Casuso, pues nada más natural que sea yo quien lo haga. Lo contrario sería oponerse a los axiomas fundamentales del arte de prologar, que establecen antes que nada, que el prólogo debe ser un elogio...

Hombres osados ha tenido la literatura: hay quien ha escrito con minúscula después de punto; hay quien no ha usado los signos en su lugar y quien ni los ha usado siquiera; hay quien ha empleado los signos suspensivos con la marcial elegancia de regimientos que desfilan..... o con la terrible inclemencia de los disparos de una ametralladora... ..; hay quien se ha sentido escéptico, con el vientre lleno, y hasta ha habido escritores de vanguardia literaria propietarios de almaneces de tasojo...

Hombres audaces ha tenido la literatura, sin duda, pero, que yo sepa, jamás ha habido quien fuera capaz de escribir un prólogo asegurando que lo hacía por compromiso; que era un engendro descabellado lo que venía detrás y que el autor del libro tenía un estilo por el estilo al empleado en los manifiestos políticos.

Jamás se ha visto fenómeno semejante. Siempre, en el más cataclísmico de los casos, «el joven autor, todavía no maduro, revela poseer “un algo” especial que “algún día” se manifestará en sazonados frutos»... Y detrás viene el retrato en las revistas, que es como el espaldarazo final de la gloria. ¡Descanse en paz!

Por todo ello es que, para ser un buen prologuista, lo primero, lo fundamental, es tener el corazón blando y dulce como una mermelada y de ahí que, entre nosotros, haya sido Juan

\*Tété Casuso, *Versos míos de la libreta tuya*, La Habana, Cultural, 1934, pp. 3-6.

Marinello el maestro incomparable e indiscutible de los prólogos. Su ultratérrea-bondadosa manera de juzgar las «obras maestras» le han granjeado constante ocupación prologaria y a él nunca hay que preguntarle qué está preparando, sino a quién está prologando...

Arrastrado por la corriente iba también a pedirle que le hiciera el prólogo a estos versos de Teté Casuso, cuando, como buen amigo, tuve que desistir al enterarme que tenía en turno catorce tomos de versos, ocho novelas, siete ensayos, un estudio de geología, dos tratados de uranografía, la tesis de un histólogo, un diccionario de botánica y dos folletos sobre derecho penal, todo para ser debidamente elogiado. Gracias a esta pequeña complicación ha perdido Teté Casuso la oportunidad de que la declaren «una legítima esperanza de nuestra lírica»...

Comprendo que nunca llegaré a ser una estrella del prologuear, pero tratándose de este caso excepcional espero que me quedará bien.

Por lo pronto procede señalar a la posteridad el hecho importantísimo de que Teté Casuso es mi mujer, en lenguaje pequeño burgués; mi compañera en dialecto marxista. Pero la gente siempre le ha dicho Teté Casuso... ¡Y suena bien!

En realidad Teté Casuso es una muchacha loca que hace lo que le da la gana siempre. Cuando era chiquita y ahora cuando es una muchacha que hasta poetisa resultó.

Porque, indiscutiblemente que es poetisa. Bueno, siempre lo fue, desde luego, pero antes no hacía versos. Ahora tampoco los hace ya. Sólo los hizo cuando yo estuve en Presidio.

Una vez, en Isla de Pinos, me llegó una carta suya con unos versos que se titulaban «Llama»...

*Se han dorado mis ojos con la eterna  
[fascinación del fuego  
que me besó en la cara  
y estoy vibrante, loca, viva, como la llama...*

Me gustaron mucho. Los había escrito junto a una fogata del patio de la casa, al lado del platanal, debajo del árbol de aguacate.



Le hice tan numerosos elogios por sus versos que me mandó otros pronto. Y todos se llamaban *Versos míos de la libreta tuya*.

Algunos me han parecido estupendos. Algunos tienen una honda vibración lírica y una espontaneidad poco común. Casi todos me gustan más que los de Safo, que nunca he leído; los de Victoria Coonna, que tampoco he leído jamás; los de la Avellaneda, que jamás leeré.

Teté Casuso tiene un recuerdo infantil en sus versos. «Yo fui muchachita», «Creciendo», «Mi perrita», «Como el cuento de Blanca Nieves»... En muchos hay un toque cariñoso de infancia.

Y tiene también, otras veces, una sana alegría de amar o una emocionada tristeza de la ausencia. Y le obsesiona a veces la muerte:

*cuando me vuelva una yerbita más entre la yerba.*

Como casi siempre, desde que nació, ha vivido en el campo, junto a los ríos, cerca de los árboles, en casitas con enredaderas, con gallinas llenas de pollitos, perros simpáticos, terneros de ojos grandes, rosales, bijiritas perseguidas por los gatos, sinsontes y cielo azul, azul, azul, azul... pues quiere a la Naturaleza, a sus cosas grandes, como el mar, el cielo y el río, y a sus cosas pequeñas como las florecitas silvestres y los pobres pájaritos del monte. Ella es un personaje de *La pastoral*. Es una poetisa en azul.

Por este amor a la naturaleza es que a veces se parecen sus versos a los de Juana de Ibarbourou. Pero la culpa es de la famosa uruguaya por gustarle también tanto el campo.

El cielo, el sol, la noche y las estrellas son protagonistas en los versos de Teté Casuso; todos bajo la clave del amor de la juventud, la alegría, y la tristeza, siempre pasajera.

Una vez ella me mandó unos versos fatigados de tanto esperar que nos pusiera en libertad el asno machadista. Para darle nuevos estímulos se los critiqué mucho y dejó de man-

darme sus versos; no los escribió más. Resultó sensible, como todo poeta.

Por eso los publico hoy, para que vea que los creo buenos, los mejores de todos. (Y mi juicio es el único que vale en este caso, porque se escribieron para mí.)

Y los voy a publicar tal como ella me los mandaba con sus anotaciones despreocupadas. (Sus cartas eran mucho mejores que sus versos, pero son más de quinientas. ¡Qué lástima que no se puedan publicar!)

¡Pero es que le voy a hacer una cosa mucho más emocionante! ¡Se los voy a publicar sin que ella lo sepa, y una tarde me apareceré en la casa, con la edición entera, y le haré como con los discos y le daré un ejemplar, diciéndole: «para que veas que versos más bonitos!»...

Después... ¡hasta iremos al cine!

Y el padre de Teté, que es el que ha abonado el dinero para imprimirlos, y la madre, que también está en la «conspiración», pensarán en su interior, «que ya la niña es casi famosa».

Luego, yo le diré aparte, fuera del prólogo, que después de esta «desviación pequeño burguesa», procede que haga versos revolucionarios, versos con hambre y trabajo...

Pero Teté Casuso me dirá que ella hace lo que le da la gana y que ya ha escrito «¡Mira como sembramos!» y «Cuentecito» en que

*...nosotros ¡dos pececitos!  
nos comeremos los tiburones y haremos  
[la revolución social*

Y que además, «ahí están los artículos suyos y su trabajo en la Universidad» Y, por último, me dirá que se puede pensar en la revolución y amar las cosas bellas del mundo: ¡los árboles, las montañas, el mar, la noche, las flores, el sol y las estrellas!... Y que lo demás es sarampión marxista.

## El libro de Levi\*

Tuve tarde el libro de Levi Marrero, *La generación asesinada*. Y como es costumbre que no más allá de la primera semana se hable de los acontecimientos literarios, acaso pueda parecer extemporáneo este juicio.

Tuve tarde el libro de Levi Marrero, pero ello acaso haya sido una feliz contingencia. Porque el libro ganará con el tiempo, ya que, por lo menos para los que de alguna manera tomaron parte en la revolución la prontitud de la perspectiva hará que por un número de años la estructura de artificio de casi todos los empeños literarios aparezca demasiado visible.

Y sin embargo, el libro de Levi Marrero resuelve en todo lo posible ese problema, que a mí se me antoja por ahora insoluble: el de la perspectiva.

Cuando leemos muchos de los momentos que narra nos acordamos con intensa realidad de emocionantes episodios de la revolución; pero algo hay en el libro que pasa por encima de esto; algo que le da vigencia. Hay en Levi Marrero, muy joven aún, un escritor independiente, inconfundible con nadie entre nosotros. Su libro es una vibración. Las páginas, se atropellan como las horas trágicas de la revolución. Y la neblina de tristeza que tuvieron muchas de aquellas cosas se refleja en el libro con la fuerza de los recuerdos inolvidables.

La imagen es eléctrica; la visión del paisaje y del tiempo, precisa. Los personajes, como los de la realidad persisten en la imaginación envueltos en la tragedia.

*La generación asesinada* tiene, a mi juicio, un error grave: el del título. Parece que Levi Marrero, que tiene el sentido de lo dramático, que se ve mezclar al lector, como un protago-

\* *Ahora*, año II, La Habana, lunes 14 de mayo de 1934, p. 4.

nista más, en el interés de sus páginas, puso el título a su libro cuando lo comenzó y no al finalizarlo.

Hay otro aspecto del libro que ofrece una verdadera esperanza en Levi Marrero. Creo que de todas las páginas, una de las más logradas es la de la escena del son en el solar. Ello anuncia un escritor nuevo interesado en el motivo típico. E interesado con fortuna. Acaso en su próximo empeño Levi Marrero insista con mayor extensión en lo vernáculo y, sin duda, obtendrá un éxito.

Sin embargo, acaso porque el libro es página de la realidad más que novela, el lector, al final, encuentra que algo falta. Faltan algunas páginas más en las cuales algún protagonista superviviente constatará la inutilidad de tanto esfuerzo heroico y sin base, y la desvergüenza sin límite de los aprovechadores de aquel esfuerzo, casi todos emboscados entonces.

## **Saint-Malo, violinista del trópico y de París\***

Hace muchos años, cuando simultáneamente me aficioné a los deportes y a la música, tuve yo un amigo inolvidable. Murió a los 20 años, con una muerte desgarradora y dramática. Se llamaba José Ramón y tocaba el violín. Juntos, desde los asientos más altos del teatro, asistíamos, recogidos, casi religiosos, a la liturgia maravillosa de los concertistas, de los pianistas «que hacen sonar las dentaduras de los negros» en el piano; de los violinistas «que tejían la tela de araña brillante de los alegros; de las voces que se oían y a los sueños» de los cantantes...

José Ramón era poeta y tocaba el violín. Murió dramáticamente cuando tenía veinte años y ensayaba lleno de entusiasmo sus primeros números sencillos de concierto. *La danza No. 5*, de Estrams, la *Andaluza*, de Granados; los *Momentos Musicales*, de Schubert...

Juntos, desde lo alto de los teatros, oíamos a los grandes artistas del mundo: Paderewsky, Brailowsky, Levhine, Cortot... Mischa Elman, Kreisler, Kubalick, Veckscy y Heitfetz... Las voces gloriosas de Dussolina Giannine y Elsa Rethberg; de Titta Rufo y Schipa.

Después, los comentarios apasionados de la juventud: «Tenía Paderewsky la tempestad en los dedos.» «Brailowsky toca en un piano de cristal rosado»... «Heitfetz no es más que una violinola»... Y yo comencé unos versos que decían: «Oh, insigne maromero del violín»...

Una vez la interpretación que le dio Joseph Szigetti a la *Gran chacona* de Bach, nos dejó estupefactos... Y otra

\* *Ahora*, año II, no. 313, La Habana, miércoles 22 de agosto de 1934, pp. 1-2.

vez Efrem Zimbalist tocó el *Preludio y allegro*, de Pugnani Kreisler, con tan intensa vibración poética, en el Preludio, lleno de amplias sonoridades, y con tal empuje de alegría juvenil en el allegro, que José Ramón decidió en el acto aprenderlo. Y todos los días, en su cuarto de estudiante, su violín barato se esforzaba heroicamente en traducir la belleza singular de la obra de Pugnani. Y desde entonces nunca faltamos a un concierto en que se tocara, para comparar, para evocar la genial interpretación de Zimbalist...

Pero José Ramón se murió hace ya varios años, cuando sólo tenía veinte, y esta tarde no podrá venir conmigo a oír a Alfredo de Saint-Malo en la interpretación del número inmortal que revivió Kreisler.

### **Junto a un gran violinista**

Alfredo de Saint-Malo tuvo la gentileza de visitar nuestro periódico la tarde de ayer, y así se me presentó la primera oportunidad de hablar con uno de esos artistas que antes oía asombrado, desde lo alto de los teatros. Esta vez, con la beligerancia que da el ser periodista, he podido hablar largamente con uno de esos individuos admirables, sustraídos al estruendo de la vida por el milagro del sonido.

También Saint-Malo tocará el *Preludio y allegro*. Pero es mejor hablar un poco de él, de lo que conversó con su amigo Gerardo Gallegos, distinguido escritor ecuatoriano que ha publicado interesantes crónicas en *Ahora*.

### **Un violinista del trópico**

Alfredo de Saint-Malo es un violinista del trópico. Nació en Panamá, cuyo gobierno le facilitó la oportunidad de encauzar su vocación hacia las aspiraciones más altas, y fue enviado a París, donde en el año de 1919, uno después del triunfo en la Gran Guerra, ante numerosos competidores franceses, extranjero de un país casi desconocido, a pesar del

clásico chauvinismo de los galos, conquistó el primer premio del Conservatorio Nacional.

Saint-Malo, que ha viajado mucho, llega a La Habana en días en que la música más impresionante es la del estampido de las bombas y el tac tac de las ametralladoras. Por muy orfeida que él sea, su poder no alcanzará a impresionar a esta jaula en la que no hay fieras, sino hombres en su más alto grado de apasionamiento. Viene de países hoy más tranquilos: Venezuela, Puerto Rico, Santo Domingo, países que un día pagarán con creces su impotente inmovilidad interna. Viene también de recorrer el Norte, en el que una afición desbordada por la música se manifiesta del Este al Oeste y muchedumbres sólo comparables a las que asisten a los juegos de fútbol, se congregan en los estadios para oír las orquestas y los solistas.

Por donde quiera que ha pasado, la crítica ha percibido en Saint-Malo un fondo de naturaleza tropical, exuberante y apasionada; un aliento como procedente de los imponentes bosques silenciosos; un aliento como de los ríos profundos e interminables; un aliento como de los perfumes selváticos y penetrantes de las montañas gigantescas adornadas con la canción del pájaro multicolor. Eso ha percibido la crítica y, acaso precisamente por no saber explicársela, ha sido la crítica del Norte quien con más vaguedad paradójicamente explicativa ha podido dar idea de tal fondo en la interpretación del artista.

### **Un violinista de París**

Pero hay otra cosa, además. Saint-Malo es también un violinista de París. Hecho en aquel medio, la influencia de él lo ha penetrado. La finura, la elegancia, la flexibilidad, son características que también la crítica ha apuntado en su arte. Debussy y Ravel, César Frank y Chopin, Saint-Saens y Héctor Berlioz, en extraña y singular amalgama de escuelas y gustos, figuran en su repertorio, con una marcada prefe-

rencia a lo francés y a lo que, por lo sutil y lo elegante, parece también francés.

Corelli y Lalo, cuya *Sinfonía española* ha interpretado ante grandes públicos inteligentes, tienen preferencia para el artista, quien no deja de interpretar, también, consciente de las grandes preferencias del público, a Sarasate y a Paganini, a Wieniawski y a Glauzanow; así como tampoco deja de complacer a los amantes de los “clásicos” con obras de Mozart y Bach.

### **La música americana**

Saint-Malo no ha podido comprender aún todo el partido que la música negra puede ofrecer para el artista moderno. No deja de percibir, sin embargo, la potencia, el frenesí sexual que entrafía nuestra música popular que, según expresa, se ha extendido triunfalmente por los países que ha visitado.

Hay otra música, la música india, la que explota actualmente en el Perú el pianista Valderrama, y que trata de revivir la fuerza patética que tuvieron las melodías pentatónicas de la música quechua. De esta música, Saint-Malo ha compuesto algunas obras de las que ofrecerá en su concierto de esta tarde en el Principal de la Comedia el *Himno inca al Sol*.

### **Mussolini, amante del violín**

Alfredo de Saint-Malo ha tocado en muchos de los grandes teatros del mundo. Londres, Viena, Berlín, Chicago, Nueva York, Boston, París, Bolonia, Los Ángeles y Roma han podido apreciar las excelencias de su arco. Aplausos y éxitos con la monotonía de lo usual, de lo uniforme. Le cuesta trabajo recordar la anécdota excepcional.

En la evocación, sin embargo, dos recuerdos le transforman el rostro al violinista: una vez fue triunfalmente coronado en su pueblo, Panamá, con ese entusiasmo ingenuo que



por sus hijos predilectos suelen mostrar nuestros países. Otra vez... Otra vez tocó ante el Duce Mussolini, en audición particular, en la fastuosa Villa Torlonia, en donde descansa el gran histrión de Europa la fatiga de sus gestos poderosos.

Pensó Saint-Malo que por cortesía El Duce, escucharía un par de números; «pero, buen diletante, dejó por un momento sus preocupaciones fascistas, y escuchó todo mi programa de cerca de dos horas, en el que figuraron obras de Frank, Paganini, Sarasate y Tartini, con gran preferencia». El programa acusa, sin duda, una preferencia por lo difícil y espectacular. Sin duda que el *Trino del diablo* es una de las obras favoritas del antiguo socialista...

Saint-Malo se despide de nosotros, pero quiere hacer una última afirmación, que en un solo programa no puede ser mostrada. No prefiere lo antiguo a lo moderno. Prefiere lo bueno. Prefiere a Beethoven, Bach, Hayden y Simacowsky, Prokofiev y Strawinsky...

Esta vez acompañará al piano un gran pianista: Jascha Fischermann.

## *Dos barcos*\*

Francamente, no me gusta el cartel anunciador de este segundo libro de Carlos Montenegro. Dice: «De nuestro máximo cuentista»... ¿Es Carlos Montenegro «nuestro máximo cuentista»? No lo creo y, sobre todo, no me interesa, porque ese enunciado encierra algo de lastimosa cantidad, algo localista, de pobreza limitada. No creo que Carlos Montenegro sea nuestro «máximo cuentista», precisamente porque creo que él es algo más que eso, ¡que es tan poco! Carlos Montenegro es algo más que «nuestro máximo cuentista», por razones en realidad profundas, aunque naturales. Siempre tuve [mutilado], al ser interrogado por cualquiera, siempre he dicho en una amplia generalización que, para mí, Montenegro era uno de los primeros trágicos de América. Me parece que ya esto es algo más exacto.

Porque, sin duda, Carlos Montenegro es un trágico, un gran trágico, que ha tenido la suerte de encontrar su medio expresivo en el cuento, acaso la más poderosa arma de síntesis y sugerencias que existe. Tanto, que para mí, el cuento, el verdadero cuento, es precursor del verdadero cine, por cuanto puede ver en la imaginación, tras unos fugaces minutos de aislamiento, un mundo de posibilidades, de evocaciones, de recreaciones. Salgo de ver una película como *Amanecer* en el mismo estado en que me puede dejar la lectura de «Cargadores de bananas», esa página de Montenegro en su nuevo libro que me parece [mutilado] del comienzo de un libro como *Kyra Kyralina*, revelador de un mundo nuevo.

Pero debo no [¿especular?] y sí decir por cuáles razones, [¿profundas?] aunque naturales, Carlos Montenegro es a mi

\* *Ahora*, año II, La Habana, 12 de diciembre de 1934.

juicio, algo más que nuestro máximo cuentista [mutilado] de América.

Por lo pronto la biografía es la única responsable de la grandeza dramática de Montenegro. En la infancia, en esa edad remota como los siglos, a que pertenecen los primeros recuerdos, la tragedia le alumbró los caminos de la vida, hirriéndole la sensibilidad de manera indeleble («La escopeta»). Fue el contraste, incomprensible casi, de pasar de la vida plácida frente a las tranquilas rías, a la rampa vertiginosa de la miseria vergonzante en los «solares» de La Habana. Y vino la adolescencia y la atracción —¡la necesidad!— fascinante del mar y de la aventura. ¡Vida en lugar de libros; capitanes y sobrecargos en lugar de maestros; mujeres de los muelles en vez de noviecitas del colegio! Tabaco y ron antes de que llegara la juventud. Y de este modo, el mundo es algo cada día de la vida... Cada puerto es un pedazo de geografía visto con cristal de aumento: cada hombre un protagonista. Y la imaginación se torna en un diccionario enciclopédico de recuerdos agigantados.

Pero un día, de pronto, el que andaba entre protagonistas se volvió también protagonista; tomó parte, ya con vigor y agilidad para ello, en la desusada zarabanda... Mientras tanto, muchos de sus primeros compañeros de la escuela inicial, terminaban «brillantemente, con notas de sobresaliente» las últimas asignaturas del bachillerato, ¡en una carrera desenfrenada por llegar a doctores!...

Montenegro, protagonista ya —y con mayúscula— apenas comenzada la juventud, cayó en prisión, y los años le cayeron encima. Sus ojos, acostumbrados al cristal de los puertos, tuvieron que acostumbrarse también a la tiniebla del Presidio. Y el hombre de mar —carne de audacia, eructo de ron, rostro rojo envuelto en la neblina del humo de las pipas— se transformó ante su vista en el hombre del Presidio —¡carne de terrores, eructo de hambres, rostro envuelto en la neblina de la hipocresía y la traición!—. Nuevos protagonistas y nuevas historias para el gran diccionario de su

imaginación de recuerdos agigantados... Y, mientras tanto, ya muchos de sus compañeros de la escuela inicial, habían terminado «con notas sobresaliente» sus carreras de doctores e iniciaban su último esfuerzo en la pista en busca de la paz de un buen puesto, ¡en reconocimiento a sus méritos!...

Ya, cuando José Zacarías Tallet, por la virtud de un empleo burocrático, tuvo la oportunidad de conocer a Carlos Montenegro, de intimar con él y de «descubrirlo», para exponer «su caso» ante los intelectuales cubanos, el escritor estaba hecho, porque el escritor iba ser escritor de vida y ya esta le había mostrado sus más hondas cicatrices, sus más lóbregas profundidades.

Y este es el secreto de la grandeza trágica de Carlos Montenegro.

¿Puede ser «nuestro máximo cuentista» quien vivió la vida en numerosos paralelos distintos; quien durmió tantos años en las bodegas de los barcos y en las galeras de la prisión; quien tuvo por maestro a capitanes de barco («El discípulo»); por novias, las rameras de los puertos y por amigos marineros de humo y ron y presidiarios de miedo y de traición?... ¡Falso!... La vida le había ofrecido un panorama múltiple para que pudiera ser «nuestro». Esa ha sido su «suerte», su «compensación» por tantos años de tormentos y de injusticia. Como [mutilado] el camino del fracaso, al gran éxito de poder ser considerado como «humano». Y esta palabra es la verdadera, la que cuaja a la impresión que produce la lectura de los cuentos de Carlos Montenegro, y que me parece que descubrí en aquella ocasión, en que, leyéndolo, me dio la remota sensación de que leía algo traducido de un idioma que no acertaba a localizar.

Pero once años de castigo son demasiados para una juventud. Por eso Montenegro, con pleno derecho, se venga, y su ironía, que pretende ser fina, es muchas veces salvaje. Ahí está ese avaricioso abogadillo que hizo fingir loco a «Macaty», con la esperanza de sacarlo en libertad para que más tarde le mostrara el tesoro escondido, y «Macaty»,

luego, como al hombre asesinado, como a sus vacas ciegas, ¡le sacó los ojos!

Por eso once años de castigo; por la necesidad de haberse lanzado primero a la vida del mar, en las páginas de Carlos Montenegro generalmente no hay piedad; nadan en ellas la crueldad, la cobardía, el odio, la venganza, reflejos, por lo demás, de los protagonistas que conoció.

No hay piedad, ni siquiera en las páginas de juicio más que de narración, y que pueden considerarse las más flojas de su obra («Cuatro presidiarios») porque por ellas destila, a más de su derecho a la venganza y al insulto el recuerdo del deber que contrajo con todos sus compañeros asesinados o envilecidos.

Pero, aparte de la intensidad de sus relatos del penal o de los barcos, algo más hay de característico en Carlos Montenegro. Yo le encuentro una tiniebla en su prosa, una especie de penumbra melancólica, que me recuerda la hora crepuscular en las galeras de El Príncipe; algo que tiene también ese desgarramiento del toque de ¡Silencio!, cuando la corneta cuenta un día más, ¡o cuando se despide de un presidiario muerto!... Esta penetración sutil del ambiente en su estilo es, a mi juicio, la revelación triunfal de Montenegro; es decir, honradez con su paisaje, con sus protagonistas y hasta con su vida. Pienso que si algún día se apartara el escritor de esta línea, dejaría de ser grande e inconfundible. Montenegro literato, sería un fracaso, algo híbrido, sin color propio. El silencio, la costumbre de la revelación escondida, para escapar a la vigilancia asesina del Presidio, le forjó un modo propio de expresión. Acaso la libertad, la frescura de la vida edilicia que lo acompaña desde sus últimos días de preso, le modifiquen la forma y entonces sus cuentos de forzados no serán como los que escribió entre las rejas. Será el momento de esperar la revelación de Carlos Montenegro como escritor de ambientes nuevos, de distintos paisajes, de protagonistas ajenos a la raíz de su vida. Pero, con todo, podemos esperar («Cargadores de bananas», «El iluso», «Dos

barcos») que Montenegro, castigado durante tantos años de su vida, no habrá de olvidar el eterno castigo de la vida de tantos, que, además, no tuvieron como él el consuelo de saber formular la denuncia. Podemos esperar, con serena tranquilidad, que la pluma de Carlos Montenegro sea siempre una pluma denunciadora de la hipocresía social y de los crímenes de un mundo opresor.

## Trago inicial (Prólogo a *Bufa subversiva*)\*

Cuando Raúl Roa murió hubo que celebrar dos entierros. Uno para los amigos y otro para los enemigos. A éste concurren para despedir el duelo Jorge Mañach, Raúl Maestri, Pilar Jorge de Tella y otros. Al primer entierro acudieron sus amigos y hubo quien asistió a los dos acontecimientos. De hecho tan singular en la historia como el de un doble enterramiento dieron cabalmente cuenta los periódicos de entonces, a los que remito al lector. Ahora no tengo tiempo disponible, porque tengo que ir a comer con él a su casa, ya que todavía no se ha muerto y se comen allí unos muy estimables espagueti.

Sin embargo, me parece muy prudente dejar aquí algunos datos para su biografía que pueden olvidar los diccionarios y los críticos.

Vivía en un cuarto, con una cama, una mesa, una maqui-nita de escribir prestada siempre por alguien y en la que no escribía nunca; tenía también un escaparate con dos espejos, bastante anticuado. Había allí dos estantes con numerosos libros: *El control obrero*, *La teodisea*, *Batey*, *Rusia en 1931*, todo Freud. Sobre la mesa más libros: *El Capital*, *Páginas escogidas de Martí*, *Dramas de Shakespereare*, *Las catilinarias*, *Historia del materialismo* de Lange. Pero lo más importante del cuarto era la pared, llena de retratos: al lado del título de Bachiller, Mella y Lenin, José Carlos Mariátegui, más cojo que el cojo Estrada; Rubén Martínez Villena; el busto de Martí, por Sícre, incrustado con cabezas de Varona y Bolívar; Juan B. Kourí, que por estar en imagen

\* Raúl Roa, *Bufa subversiva*, La Habana, Cultural, 1935, pp. 7-9.

no está hablando mal de Platón, de los pseudo-sabios y de la mentira y de la infamia organizadas; José Manuel Valdés Rodríguez; Rafael Trejo; Navarro Luna en caricatura, o sea, Mongo Paneque; Juan Marinello, que fue de los que concurrió a los dos entierros; José Zacarías Tallet, con cara de fauno; y en una foto, juntos: Aureliano, Guillot, Pendás, Carlos Martínez y el propio Raúl.

En la mesa hay dos retratos: en uno está toda la familia: el viejo Ramón Roa, ayudante de Ignacio Agramonte y, adheridos, el actual «Viejo» Roa, la «Vieja» Roa y la «Vieja» Gilda, con mucho menos melena que la que usa ahora.

En otro marco: Ada Kourí. (Se trata de un primer premio en cualquier lugar: aunque sea en New Orleans o en Jones Beach.) Podría actuar como estrella de la Metro, pero solamente vive en Perseverancia, a donde todas las noches va Raúl. (Este dato es muy importante para la biografía.)

Pero en el cuarto, lo que más se parece a Raúl es una composición fotográfica: por paradoja, él, que lo destrozaba todo, le gustaba componer algunas veces.

Es una composición tumultuosa: Aureliano en pose de arenga; Gabriel Barceló muerto; el Directorio de 1930, preso; la tumba de Mella, en México; tánganas estudiantiles; Arsenio Ortiz; Sylvia y Georgina Shelton; la policía frente a la Universidad; Mella de remero; Mongo Miyar y yo; Teté Casuso y Ramiro Valdés Daussá y un perro de Isla de Pinos; tánganas estudiantiles; hombres asesinados en Santiago; heridos en Emergencias; Trejo herido; Benito Fernández; tánganas estudiantiles... Es una composición loca y agradable: lo más parecido a su biografía que hay en el cuarto.

Olvidaba dos detalles: en un rincón, sobre terciopelo rojo: la mascarilla en yeso de Rubén. Sobre otro estante: su cabeza en yeso bronceado por Julito Girona. Y aun quedan varias fotografías más; y el manifiesto del 30 de septiembre, redactado por él, manchado con sangre mía, aunque dicen que es de Trejo. Hay un título de Doctor en Derecho Públi-



co, para complacer a la madre. Y algunos pisapapeles de Isla de Pinos, como recuerdo del Presidio Modelo.

En este cuarto han sido creadas algunas cosas que nunca existieron, como *Agis, el espartano*. Y están juntas muchas cosas opuestas: el título de Bachiller y Mella; Lenín y Ada Kourí. Pero eso no importa.

Algunas veces en este cuarto ocurrieron cosas tremendas: la composición fotográfica se animó vertiginosamente en el insomnio; Trejo y Gabriel resonaron a gritos; la voz de Mella, era un estampido del mar; las manifestaciones de estudiantes se estremecieron aullando el lema de «Muera Machado»: Raúl Roa se puso a escribir «Tiene la palabra el camarada Mauser»... Pepe Tallet animó su cara de fauno y recitó «La Rumba»: Raúl Roa les dijo mentiras a varias mujeres anteriores y les dedicó verdades fisiológicas; Rubén Martínez Villena tenía los ojos claros como su dialéctica maravillosa y en la noche de insomnio Raúl Roa hizo un artículo de estructura marxista irreprochable...

Pero Ada Kourí hace tiempo que está sobre la mesa en su retrato solitario. Por eso, hace tiempo también que Raúl Roa tiene una nueva locura: la del silencio. Del silencio, como una ofrenda creo yo, es que sale este libro que debe ser recuento del trabajo realizado.

Pero el libro no servirá para el biógrafo: ¡Ah, si yo contara episodios de la Cabaña, del Príncipe, el Presido y la Universidad!... Pero en esta época de gases y petardos debo guardar silencio. ¿Qué museo guardará su lengua? ¿Y su melena?

## El *vernissage* de los artistas\*

Días febriles han precedido a este *vernissage* de la Exposición Nacional de Pintura y Escultura efectuado ayer tarde, con el grato acompañamiento de un delicioso ponche, que puso alegre a José María Chacón y Calvo.

Pintores y escultores han llenado los salones del Colegio de Arquitectos durante varios días, desembalando enormes cuadros de sus embalsamamientos de pinotea; otros han recorrido kilómetros y más kilómetros, por las pequeñas salas en busca de un lugar adecuado para colgar, al fin, una miniatura; Rafael Suárez Solís, el Director del Salón, en un anhelo de pura democracia, ha tratado de complacer a todo el mundo, y, dentro de unas líneas generales muy amplias, de organización, los artistas, ellos mismos, entre chismes, chistes, sarcasmos, y olímpicos desprecios, han colocado los cuadros y esculturas a su antojo.

Y a un lado está la derecha y a otro la izquierda: esto es, lo viejo y lo nuevo... No hay duda: se trata de dos enemigos irreconciliables, que se odian profundamente. Pintores y escultores olvidan las antipatías y envidias personales para agruparse frente a la facción contraria.

Las bromas sangrientas se organizan como una tropa. Y son flechas envenenadas con curare las que la gente nueva lanza contra la vieja. Esta, olímpicamente la desprecia.

Son divertidos los artistas. Las comadres son menos agresivas que ellos. Si usted hubiera ido al salón en los días en que todo se estaba organizando, en los días en que un torso ágil, lleno de esbeltez y de gracia moderna, se escondía en el baño, como si fuera una muchacha incompleta que tuviera

\* *Ahora*, La Habana, 17 de febrero de 1935, pp. 1, 11.

miedo de salir, desnuda, al Salón, hubiera oído cosas peregrinas y divertidas. Por ejemplo, hubiera oído decir:

—Este torso parece un autotorso de Rita Longa... Porque ella debe ser así... Y dejar en el aire una reticencia sobre el concepto de la belleza corpórea que pudiera merecer el cuerpo de la escultora...

Pero hubiera oído cosas mucho más terribles. Por ejemplo: ante un cuadro de Gattorno, un colega suyo decía, generosamente: «¡Qué lástima: parece una marca de fábrica de tabacos!»... Y cuando observaba con José Manuel Acosta el indio flechador de Sobrino, alguien se nos acercó para preguntarnos si queríamos saber de qué lámina lo había copiado... Por eso Víctor Manuel, que por ser artista los conoce bien, cuando le digo que su cuadro está por debajo de su nombre, instantáneamente piensa que algún «amigo suyo» me ha insinuado el juicio...

Mas, a pesar de que los artistas son peores que las comadres, por no tener, generalmente, más preocupación que la de ellos mismos, el Primer Salón Anual de Pintura y Escultura es digno de verse y digno del aplauso.

Lo nuevo, la izquierda, ha derrotado esta vez a lo viejo, a la derecha. Y, aunque las más famosas firmas de la vieja técnica y escuela hubieran concurrido al Salón, la gente nueva hubiera sobresalido sobre ellas con evidente claridad. La sensibilidad cambia de ojos, porque cambia el espectáculo del mundo. Y el mundo vive hoy con tan frenético ritmo que, sobre todas las cosas le interesa un paisaje diario. Y los que pintan a la vieja manera, aunque pinten cosas de hoy, parecen pintores de historia... ¡Y la historia interesa ya bien poco!... La historia vive hoy 24 horas nada más!...

Yo entro al Salón con la despreocupación feliz del que no tiene que ser juez oficial. Entro, a comprar, imaginativamente, todo lo que me interese, para colocarlo luego en algún palacio fantástico de mi exclusiva propiedad imaginaria. Y paso por el ala de los viejos, casi sin traer recuerdos, como res-

bala la vista por los carteles de anuncios de las vallas, cuando se viaja en tranvía.

Hay, sin embargo, al fondo del Salón, una escultura en yeso: *Vencido*, de José M. García, que está bien, que tiene la expresión de la derrota y el dolor; que está arrodillado, vencido, con la cara oculta y el machete roto en la mano. Es, como dicen los técnicos, «una academia». La musculatura es perfecta. Si la estatua se pusiera de pie y saliera de su vencimiento en un gesto arrogante, podría transformarse en un indio lanzador de jabalinas.

Adriano Baxter, tiene una *Negrita* juvenil y simpática. Sonríe uno ante el cuadro, sin darse cuenta. Pero lo mejor de esta sala son dos *Soneros* de Ramón Loy. Un mulato hace «llover» las maracas y el negro se entusiasma con su tres. Lo dos están abstraídos en su son. El pintor los pintó a ellos solos. Nada superfluo los rodea. Pero los pintó demasiado exactamente. Y, sin embargo, me gustan.

En la próxima sala hay un yeso hábil de Carriere tan escrupulosamente trabajado que, al pronto parece piedra. Es agradable y decorativo. Se llama *Ilusión*, y a pesar de que es un producto híbrido, de una muchacha sin experiencia sexual, que sufre un avatar de libélula cuando sus brazos se transforman en alas nacientes de mariposa estilizada a la moderna, la escultura es grata a la vista. Se comprende que siempre le gustó el trabajo a su escultor.

Aunque el tema es muy antiguo, un Jesús en Getsemaní llama la atención. Tiene una cara humana que nos recuerda vagamente alguna cara que tal vez ya conocemos. Es de Bencomo Mena.

Después, un poco más hacia acá, en otra sala, puede uno fijarse en un tranquilo *Desnudo* dormido de Ángel Tellaeche. Es una mujer que se acostó a dormir a plena luz.

Y al centro, en la rotonda, en el suelo, resaltando sobre el terciopelo verde, está la blanca *Inca voluptuosa* de Boada, el escultor de las sandalias. Nada en el Salón atraerá tanto la vista como esta escultura en yeso, de una mujer rotunda, en

su plenitud sexual, que duerme inquieta por el sueño sensual, perverso, voluptuoso. El espectador adivina que la modelo lo sabe ya todo, que nada tiene que aprender. Y el espectador se imagina que la estatua es el mismo modelo y que disfruta del estupendo placer de haberla visto desnuda, durmiendo... Boada quiso representar la voluptuosidad y lo ha conseguido. Ante la escultura no piensa uno mucho en arte. Las amplias caderas, los senos macizos y audaces, y una cara personal y evocadora de recuerdos sensuales determinan la estética del espectador ante la escultura. Y es curioso constatar que el pelo, una bella cabellera tendida sobre el lecho, realizada en una técnica moderna, logra, con su efecto, detener la impresión voluptuosa para que no traspase los límites de la salacidad. Los hombres se detendrán largo rato ante la escultura, simulando preocupaciones artísticas, y las mujeres desfilarán con rapidez ante ella, espantadas por tan formidable rival...

Tiene Boada, además, una cabeza afortunada de Varona, y una curiosa cabeza de *Negrito*.

Allí, frente a la rotonda, hay una *Cabeza de negro dormido*, de Abela, que es magnífica y fuerte; y las *Monjas trágicas* de Ponce, destacan por su colorido, uno de los más singulares y autóctonos del Salón.

En el pasillo hay dos cosas de Hurtado de Mendoza que confundirán las emociones de los visitantes: un biombo de motivos negros, divinidades y diablitos, y un sinuoso dragón decorativo, que pudiera titularse *La comparsa del dragón*. Y a lo mejor se titula así.

Y enseguida se pasa a la sala mejor, en donde está lo moderno, lo interesante, lo creador.

En el acto atrae la vista, al fondo, una colosal Diana, ambicioso empeño de Sicre. La figura es la de mayor magnitud del Salón. Tiene elegancia y audacia de líneas. Hay armonía y gracia. Pero, como me gustan tanto los perros, aunque el perro de esta Diana tiene originalidad, más me gustaría si hubiera sido mayor, si hubiera alcanzado proporción con la

diosa. Por lo demás, aunque la escultura sin duda será uno de los premios del Salón, se me antoja que a Sicre le falta movimiento, dinamismo muscular y facial.

En una esquina hay la *Figura y paisaje* de Víctor Manuel. Un estallido como de framboyanes cubre los típicos árboles propiedad de este pintor. En primer término dos figuras campesinas, la muchacha con la enfermiza emoción de las muchachas de Víctor Manuel. Es buena la obra, pero por debajo del nombre del pintor que mayor influencia muestra haber ejercido en el Salón, lo que será fácil de comprobar. Si su cuadro no es el más afortunado, su obra es la más penetradora de todas.

A un lado, un *Marinero* de Jorge Arché, perfecto en su ensimismamiento inexpresivo; en otro lugar, una pequeña cabeza de Ravenet: es *Lygeia*, y en la acertada aligación del colorido y la línea, recuerda uno a la trágica protagonista de Poe. Es muy pequeño el cuadro, pero puede uno estar mucho rato delante de él.

En otro rincón está Gattorno. A pesar del duro juicio motivado por el más moderno de sus cuadros, este tiene, como observa Acosta, una transparente limpieza, un acierto feliz en los términos; pero abunda en superfluidades accesorias que le restan atención a los protagonistas bucólicos. Y sin duda que es muy superior su cuadro *Autorretrato y modelo*, de 1926, uno de los mejores del Salón. Enfrente está lo mejor de Ponce, *Grupo familiar*, y uno lo ve y piensa... aunque a alguien pudiera parecerle disparatada la especulación imaginativa, que algún discípulo del Greco se ha hecho pintor moderno.

En el centro de la sala, en un solo bloque de piedra, está lo que más me gusta de todo lo expuesto: la estupenda *Maternidad* de Ramos Blanco, el único policia que hace algo bien hecho y no lo expulsan del Cuerpo. *Maternidad* es un acierto: es el acierto de haber sabido hallar la proporción entre el tamaño de la obra y la técnica empleada para hacerla. Y *Maternidad* tiene, además, emoción, lo que le viene preci-

samente de la justa proporción que he apuntado. Por eso es superior a la de Julito Girona, que, teniéndolo todo, le falta la magnitud necesaria para dar el sentido de realidad que ofrece la obra de Ramos. Este tiene, también, una fuerte cabeza de *Negro* y una admirable cabeza de negrita achinada, *Vida interior*, que conquistará la admiración unánime. En conjunto su obra es la primera del Salón. A pesar de que es un policía.

La pintura proletaria tiene también su representación. Allí está *Trabajadores*, de Peña, que pudiera titularse *Trabajadores de todos los países, uníos*, con un deseo revolucionario ingenuamente manifestado. Negros y blancos, mulatos y chinos y mujeres y niños vienen al lienzo para que el pintor los pinte y diga al público su deseo de unión; Ravenet tiene una familia campesina y Romero Arciaga, que presenta también *Tres nudistas*, para las que ha conseguido delicadas luces, ofrece un grupo de *Proletarios* trabajando, que se amontonan de manera excesiva. Pero lo mejor a consignar es la aparición del motivo revolucionario social. Nada de esto conseguirá el premio, pero por lo menos arrastrará, en su esfuerzo inicial, a la gente nueva que quiera perder un poco la enfermiza y casi histórica preocupación de los artistas hacia su yo, para pensar y mirar un poco el yo de millones y millones.

Me gusta la escultura en el Salón. La ya expuesta *Durmiente* de Julito Girona, sigue siendo, a los ojos de la crítica, una fortuna de hallazgos y de soluciones fáciles. El indio flechador de Sobrino, con su musculatura geométrica y su clásica fuerza juvenil, recuerda cuando Tecumpset, el joven jefe, tomó el fuerte de Tinconderoga... Maidagán, mandó su propia cabeza, para que dignamente lo representara en el Salón. Lo mejor que tiene Navarro es una inclinada cabeza de piedra. Algo ocurre al observar su *Maternidad* en talla de madera, que no acaba de cuajar en la emoción que el tema exige. Debe ser que el tema no tolera lo decorativo, y esta talla de Navarro es, indiscutiblemente, decorativa en sus modernas líneas que, por lo demás, no plasman en caba-

les soluciones. Y es justo recordar el finísimo torso, de Rita Longa, lo más elegante del Salón, superior a su *Grito*, al que no le falta, sin embargo, audacia lineal.

Pero queda algo más en el recuerdo de la pintura; lo mejor acaso. Addison Durland envió, desde Nueva York, unas *Azoteas* de fácil dibujo, y tiene María Capdevila, un *Ranchito cubano* y un *Paisaje y figura* que merecen atención; más que la que se pone aquí. Aunque el colorido es tumultuoso, Amelia Peláez tiene una cara de mujer rara e impresionante, que aunque no guste, intriga saber por qué no gusta. A Romero Arciaga le parece estupenda. Carlos, envió unos *Soneros*, en los que se adivina al personal dibujante y Arístides Fernández Vázquez, ya muerto, domina totalmente el humorismo con su formidable *La familia se retrata...*, un pequeño óleo que reproduce el grotesco espectáculo de una familia campesina colocada solemnemente ante la cámara, por un fotógrafo ambulante. Y no hay que olvidar su intencionalmente ingenioso *Idilio campesino*. Su ausencia perpetua es una pena.

Y quedan Cárdenas, Castaños y Carlos Enríquez, los tres perfectamente representados. Hernández Cárdenas tiene tres pequeños óleos magníficos y personales. El más pictórico, *La abuela*, una cabeza de negra vieja, a la que se le saltan las canas por debajo del pañuelo rojo en contraste con el cuello azul, y al fondo, el bohío —chocolate y crema— y los plátanos de un verde limpio por la lluvia. Su *Indigente*, con la gigantesca mano pedigüeña y *Cansancio*, de líneas sin conflictos, son inconfundibles también. Castaños, en un pastel de grandes proporciones, ha sabido resolver con facilidad la composición de un apretado grupo de figuras en su cuadro *Los albinos*, que será una de las atracciones del Salón. Tiene veracidad y los inteligentes hablan de la influencia de Rivera. Pero Castaños ha acertado, porque en una pequeñez que presenta, de una mujer recostada, logra una perfecta elegancia de dibujo y color.



Carlos Enríquez, se quedó para lo último, pero pudiera ser el primero. Es la avanzada; con unos jinetes de Ravenet, trae él su realismo a la Sala. Su colorido es el más personal de todos, el más distinto y el más fino y bello también. Su audacia también es la primera. Sus títulos, son desconcertantes: *Viudez de la Emperatriz Carlota* y *Retrato de Manuel García*. Esas obras espantarán de su rincón a muchos visitantes. Con el último, sin embargo, me quedaría yo si me diesen a escoger un solo cuadro. Como dice Teté Casuso, parece un caballero que se dispone a un desafío. Es una interpretación imaginativa, temeraria y feliz, de lo que debió ser el audaz bandolero, de mirada insolente, bigotes finos y altivos, potro con ojos fulgurantes y guardias civiles en las neblinas de sus fugas y asaltos espectaculares. Carlos Enríquez es el feliz precursor del celofán...

Y este es el Primer Salón de Pintura y Escultura, para el que la Secretaría de Educación ha instituido jugosos premios, en relación con la pobreza de nuestro ambiente y el que, en general, puede considerarse como un éxito desde todos los puntos de vista, lo que quiere decir que los próximos salones, de continuar el apoyo oficial, los superen con mucho, ya que, en lo adelante, los artistas trabajarán con el aliento de saber que hay un estímulo real y una magna oportunidad de conquistar renombre.

## Edgar Allan Poe, el extranjero\*

Si José A. de la Reguera, atleta con devociones artísticas, admirador en partes iguales de Beethoven, Martí y Poe, viniera alguna vez a Nueva York, sin duda que, antes que a ningún otro lugar, antes que a la torre del Empire, a la Biblioteca, al Parque del Bronx o al Washington Bridge, se dirigiría presuroso a la casita en donde vivió Edgar Allan Poe, allá, al borde de la Avenida del Grand Concourse, blanca, pequeñita, rodeada de un parque que llama la atención por la pobreza de su arbolado, aquí, donde tan hermosos macizos de bosque contienen todos los parques. En esa casita —que en su tiempo estaba emplazada unos cuatrocientos pies más al sur— escribió Edgar Poe la canción de Annabel Lee, considerada como una de las más puras joyas de la literatura inglesa, y, también, el prodigio sonoro de «Las campanas» y la trágica belleza de «Ulalume».

Gracias a una asociación privada, The Bronx Society of Arts and Sciences, se ha podido conservar este poético *cottage* en donde transcurrieron tres años de la vida del poeta y en donde murió Virginia, su sueño vivo.

La falta de interés colectivo hacia Poe hizo que la ciudad al extenderse no respetara Brennan House, en la calle 84 entre Broadway y Amsterdam; donde también vivió Poe y donde este, al escribir el inmortal poema «El cuervo», plasmó la enorme desesperanza de su espíritu con una fuerza patética tal que sólo admite comparación con ella la alcanzada por algunas páginas beethovenianas.

La casa de Annabel Lee era apretada como la congoja del corazón de Poe; pequeña como el recuerdo que ha dejado. Pero es, en su sencilla blancura, patética y pobre como

\* *Bohemia*.

su vida. Hasta después de muerto, la perennidad con que han querido dotar al hogar en donde produjo tantas obras maestras, ha tenido que ser prestada, de limosna casi, como su vida. La casa de Annabel Lee se ha amueblado con muebles de la época, entre los cuales muy pocos tienen la garantía de haber pertenecido a Poe o a Virginia.

De toda la casa, lo más interesante es el cuarto en donde murió Virginia con su propia cama de madera rústica y gruesas perlas incompletas. El cuarto es tan pequeño como un corazón y en él palpita toda la emoción que aún queda en el *cottage*. Por él, por su pobreza limpia, por su serena humildad, nos conmueve la real evocación de aquella verdadera Annabel Lee del poeta, y por su soledad, que apenas si aleja las miradas curiosas desde la puerta infranqueable, comprendemos toda la desgarradora desolación de Poe. Se adivina en aquella soledad dramática del cuarto donde murió Virginia, que esta tenía los ojos dulces y tranquilos, que ella era un remanso para el remolino febril de aquella vida enfermiza y atormentada de Poe.

En el resto del *cottage* no hay un verdadero interés para el visitante. En algunas repisas, cuervos baratos; en los pequeños estantes, algunos ejemplares sobre la bibliografía de Poe; y un libro registro de donaciones y algunas significativas alcancías.

En las tres veces que he estado en el *cottage* no he visto sino muy escasos visitantes. Sin embargo, según dato oficial, el año anterior lo visitaron cuarenta y tres mil personas. Lo que no es nada, porque recuérdese que el *cottage* está en medio de un parque siempre invadido de público. Y que está en New York, en una de sus barriadas más populosas, donde esa cifra es, más o menos, la entrada semanal de cualquiera de sus cines elegantes.

Pero todo esto no tiene nada de extraño. Si alguien quiere convencerse de ello no tiene otra cosa que hacer que preguntar en Nueva York: ¿Quién era Edgar Allan Poe?

Puede ser que muchas personas le contesten: «¡Oh, ese escribió unas historias terribles!: ¡El cuervo!... ¡El gato negro!» Pero si pregunta, inclusive, a personas de cultura, dónde vivió, dónde hay recuerdos de él, le contestarán, como a mí: «¡Mire, consígase una guía de Nueva York que ahí puede ser que encuentre algo!» Y es que Edgar Allan Poe fue siempre y sigue siendo en Nueva York un extranjero. Si algún día ello fuese posible, la fría burocracia de Ellis Island lo rechazaría y le impediría la entrada en el país de su nacimiento, por considerar sus papeles de ciudadano americano como sospechosos de falsificación.

Mas no puede echarse sobre el público la culpa de esta ignorancia casi insultante del nombre de Edgar Allan Poe. En las bibliotecas más grandes su nombre no aparece con la preeminencia a que tiene derecho. Hay salas con los nombres de Washington Irving, de Walt Whitman, de Hawthorne, Longfellow y Prescott, pero no con el de Poe.

Y, sin embargo, el hombre atormentado que escribió «El corazón revelador» y «Lygeia», es, acaso, la única figura universal, en el más amplio sentido de esta palabra, que ha producido la literatura norteamericana. Ningún otro americano es tan conocido fuera de su país como Edgar Allan Poe, espíritu fraterno de Baudelaire y Verlaine, grande entre los grandes poetas y grande entre los grandes prosistas que ha dado el mundo.

No es este artículo para hacer un juicio crítico de su obra y menos de su influencia, porque con extensión excesiva podría escribirse sobre ambos aspectos. En más de una ocasión he comparado su ingenio con un tintero en el que muchos, nimbados de originalidad, han mojado cautelosamente sus plumas. Uno de ellos fue nada menos que Sir Arthur Conan Doyle quien, por lo menos, antes de morir, urgido por sus temores espiritistas, quiso despojarse del cargo de conciencia y confesó que su famosísimo Sherlock Holmes era hijo espiritual de Dupin, el genial protagonista de «La carta robada». Muchos otros han tenido el cinismo de morir sin

hacer la confesión y, muchos aun, se conforman con copiar a sus copistas.

¿Habrá contribuido esto a esa especie de complot del silencio que se realiza en este país contra Poe? Ciertamente, no parece probable, porque, exceptuando la literatura polic ica, cada día más pobre, bien poco de la influencia poeniana puede notarse en la actual literatura norteamericana.

Ya se ha hablado con anterioridad de este problema de incomprensión del pueblo americano hacia la sensibilidad exquisita de Edgar Allan Poe y debemos tener cierto cuidado para no dejarnos arrastrar por los conceptos violentos y crueles que ya emitió Baudelaire, en respuesta a los primeros detractores y hasta infamadores que tuvo Poe aquí.

Porque si es cierto que ha tenido algunos defensores insignes, la realidad es que la crítica americana le ha sido adversa. De la antigua inquina ya mucha se conoce y por eso no procede hacer mención de ella; sólo nos referiremos, como muestra, y para que no quede sin réplica, a la última que se le ha hecho, esta vez, como todas, con una incomprensión tan absoluta que mueve a la reflexión.

Acaba de publicarse *The First Century of American Literature* (1770-1870), por el profesor Fred Lewis Pattee, cuya obra ha sido comentada, entre otros, por Percy Hutchinson en uno de los más conspicuos magazines literarios de los domingos.

Al enjuiciar a Poe, Pattee afirma que era «primero, último y siempre un magazinista que seguía su mercado», y de esta observación, tan peregrina como falsa, deriva el comentarista la sesuda reflexión de que «el magazine es la camisa de fuerza de la literatura americana», como se desprende de las centenas de revistas que se ven en los puestos de periódicos.

De todos modos resulta grotesco el punto de vista del profesor Pattee al juzgar a Poe como «un magazinista que seguía su mercado». Porque, para el más ignorante de la biografía del poeta no resulta un secreto el conocer que su

mercado era tan pobre que sus hambres y miserias fueron muchas veces culpables de sus borracheras; como también es conocido que pagándosele los cuentos por el número de las páginas que escribía, muchísimos de estos, los mejores muchas veces, son cortos, cuando como ha observado uno de sus biógrafos más eminentes, para su imaginación hubiera sido cosa en extremo fácil, sacrificar parte de la creación estética en beneficio del interés económico, de la necesidad de comer.

Pero Pattee insiste en su juicio, con una estrechez de criterio realmente lamentable: «Desde ningún otro punto de vista —dice— se puede entender a este hombre. Todos sus escritos, excepto sus poemas de adolescente, fueron creados con intención magazinista. Siempre trató de encontrar cosas que nunca fueran viejas, variedad, interés, elegancia.»

Es decir, que, aparte de la contradicción evidente que encierra el párrafo, Pattee considera que las mismas virtudes que han elevado a universal el rango de muchos escritores, en Poe no determinan más que su clasificación como un magazinista. Por encontrar «cosas que nunca fueran viejas», por tener un instintivo sentido de la elegancia verbal y por disponer de una poderosa imaginación, llena de originalidad y penetración, Poe supo dar un interés perenne a sus relatos trágicos y, gracias a su cultura excepcional, la gama de sus temas fue prácticamente infinita. Todo ello, sin embargo, no es más que un cúmulo de defectos para su último crítico, quien, para terminar su juicio, construye este párrafo: «Poe era un genio tirado en el montón informe de una generación iliteraria, los 30 o 40 femeninos de la América democrática. Su genio no tenía poder físico; sus fuerzas espirituales eran nulas; asíó unas cuantas pajas coloreadas y cayó en una derrota miserable. Era un magazinista que sólo producía para su momento.»

Difícilmente pueden amontonarse tantas inexactitudes y contradicciones en tan pequeño espacio. Hasta en lo de negarle poder físico a Poe erró el profesor Pattee, porque Poe,

como Byron —pero sin ser cojo— fue un magnífico atleta, y en aquellos tiempos, cuando todavía nadie intentaba popularizar la travesía a nado del Canal de la Mancha, Poe nadó seis millas en contra de la corriente del Hudson.

Pero, sobre todo, afirmar que las fuerzas espirituales de Poe fueron nulas es ya el colmo de la irresponsabilidad crítica. Poe, puede haber influido muy escasamente en la literatura norteamericana, cosa que parece natural, dada la incompreensión que hacia su obra siempre se ha manifestado en este país; pero, en cambio, su resonancia en la literatura universal ha sido enorme. En el siglo pasado, tan pródigo en figuras literarias de primer plano, muy pocos nombres pueden compararse con el suyo, como orientador, como pionero de géneros, como creador de modos. Y aun hay algo más que decir en este sentido: que su influencia perdura, que sus obras se reproducen en todos los idiomas del mundo y que aún sirve de tintero a la «originalidad» de muchos escritores famosos. Y todo esto en una escala frecuentemente mayor que la alcanzada por sus hermanos en grandeza durante el siglo pasado.

Muchas razones se han dado como clave de esta incompreensión. Conocidas de sobra son las emitidas por Baudelaire con toda la soberbia crueldad de su talento, en el emocionante prólogo que hizo a la edición francesa de las obras de Poe. «Mercantilismo frente a idealismo», han admitido muchos. Algunos, incluso, aunque con pobres argumentos, han pretendido negar esa incompreensión americana hacia la obra de Poe.

El asunto merece bien un ensayo, pero, de todos modos, me parece que en este sentimiento de incompreensión americana hacia la obra de Poe, hay algo de represalia y de castigo. Pienso que se ha sido injusto en cierto modo al analizar la cuestión, porque hay que reconocer las dos partes del problema, y entonces creo que fácilmente se llegaría a la conclusión de que Edgar Allan Poe tampoco llegó a comprender

jamás a su pueblo, considerándose, en el fondo, como un extranjero en el mismo.

Empezó por no comprender el típico hogar norteamericano de Mr. Allan, su protector, con el que rompió; fue incapaz de ajustarse a la disciplina de sus instituciones escolares y tuvo que salir de la Academia Militar, y, por último, a pesar de «no haber sido más que un magazinista», según Pattee, no pudo asimilarse la técnica necesaria para triunfar en sus empeños editoriales y en sus conferencias. Su obra, además, se resiente de esta incompreensión hacia lo americano.

Bajo uno de sus aspectos más notables, el de humorista, no desaprovechó la oportunidad para burlarse sangrientamente de las pretensiones monumentales de los Estados Unidos de hace un siglo, y escribió aquel formidable relato «Conversación con una momia», en el que, para ridiculizar a sus contemporáneos, comparó sus obras con las del antiguo Egipto. Y hay que reconocer que en esto pifió la imaginación de Poe, pues el Nueva York de hoy es más monumental que lo fueran nunca Tebas, Tynis, Abydos, o Menfis.

Él, autor de abstracciones tan maravillosas y sublimes como los coloquios de «Eros y Charmion» y de «Monos y Una»; de poemas como «Ulalume» y cuentos como «El hundimiento de la Casa de Usher»; hombre que amaba más las grandezas del pasado que las posibilidades del porvenir; que vivía una vida interna apasionada y febril, no podía comprender a un pueblo en el que había nacido y que ansiaba por sobre todas las otras cosas la conquista del futuro, aunque por los antiguos métodos rapaces, y que iba a aportar a la civilización, en lugar de grandes filósofos o artistas inmortales, el sentido del confort y del vértigo.

Y así es como hay que analizar el problema: los americanos no comprendieron a Poe, porque Poe tampoco los comprendió a ellos; él fue y es un extranjero en su tierra, porque su tierra no fue su tierra y en ella él consideró como extranjeros a su espíritu a los americanos.



Por eso, si hoy pretendiera entrar por Ellis Island, lo rechazarían las autoridades como un americano con papeles falsos y por eso hoy Poe, si viviera, no se burlaría de la monumentalidad de Nueva York, porque el *subway* es obra más colosal que la pirámide de Keops y los arcos del Washington Bridge más notables que todas las columnatas de Luxor, en cambio mordería con crueldad en la moral política que llevó a este país a la «conquista del porvenir», y acaso escribiría para la venta, alguna crónica en el estilo de Brisbane para pulsar el adelanto literario provocado en el pueblo por todos los magazines que el profesor Pattee y su comentarista suponen derivados de obras «tan áridas y extrañas como *Helena y Leonora*».

## Al Congreso de Artistas...\*

Pensamos que el arte no es más que una manifestación de la vida y que el artista, por tanto, no puede ser otra cosa que un intérprete de esta. Por ello, para nosotros no puede haber artista honrado, si no penetra con valor en la vida y a ella le arranca los temas para sus obras.

Cada pueblo tiene su arte, porque cada pueblo tiene su vida. El artista que sólo aspire a copiar el arte de otro pueblo, por muy excelso que sea ese arte y por muy glorioso que sea ese pueblo, ni alcanzará un triunfo perdurable ni cumplirá con la específica misión de ser un intérprete de su pueblo.

Nosotros, militantes de los Artistas Independientes de Cuba, reafirmamos en este Congreso de Artistas Norteamericanos, al que enviamos nuestro más efusivo y fraternal saludo, nuestras convicciones sobre el profundo ligamen que existe entre el arte y la vida y el artista y el hombre, y, ciñéndonos a la realidad concreta de nuestro país, no podemos dejar de denunciar —ya que tampoco hay arte noble donde no hay esfuerzo por hacer noble la vida— que el arte vegeta en Cuba de una manera torpe porque no hay para el artista-hombre más que las trabas de un régimen que pone todo su empeño en ocultar al pueblo la triste y sombría realidad de su vida de esclavitud y miseria; de un régimen en el cual sólo pueden encontrar amparo para su «arte» aquellos capaces de confundir la gloria del pincel con el servilismo del cepillo de sacudir levitas «ilustres»...

En su empeño de mantener las cosas ocultas al pueblo por la densa neblina de la farsa, los organismos oficiales sostienen, contra el vibrante movimiento de la juventud de los artistas, academias caducas regidas por profesores anquilosados en un clasicismo de sala en yeso de «antiguo griego», mundo

\* Febrero de 1939.

alejado del nuestro, con el solo propósito de crear en la mente del artista novel la aspiración hacia un sueño remoto, romántico e imposible, en lugar de fomentar en él la dinámica y triunfal, aunque peligrosa, proyección hacia los temas singulares de su pueblo, en cuya alma late un arte poderoso y propio, porque su historia está llena de una fuerza dramática incalculable, su tierra y su aire y su mar están plenos de potentes y sutiles efluvios vitales y su propia vida tiene un sentido jocundo y peculiar, rico en sugerencias y posibilidades autóctonas.

Y mientras esto ocurre, y mientras los organismos oficiales premian en concursos grotescos a los exégetas del perfil romano y dan generosas becas a los que mejor en el cincel manejan la lengua adulona y son una «esperanza» de que algún día lleguen a realizar una copia tan perfecta de Velázquez o Ticiano que casi pueda compararse con una litografía, a los intentos de plasmar el mundo nuevo, la realidad viva, que algunos artistas han emprendido contra todos los obstáculos, el régimen ha respondido con un terror salvaje y estúpido, utilizando para ello la soldadesca brutal, como ocurrió con los murales que se estaban pintando en la Universidad de La Habana y en el Instituto de la misma ciudad, en los que se exaltaba la figura de quien es símbolo de la juventud revolucionaria de América: Julio Antonio Mella.

A los artistas norteamericanos, en nombre de la fraternidad universal del arte, pedimos, a fin de que algún día en Cuba puedan alcanzar fulgurante esplendor las máximas expresiones del pensamiento y la belleza, apoyo para todas las luchas que mantiene nuestro pueblo, y las cuales tienen su origen y raíz, precisamente en los alientos expansionistas del capital norteamericano, que, a su vez, mientras para pagar su vanidad, funda y mantiene suntuosos y ricos museos, impide en el país el desarrollo del arte, cerrando las mejores oportunidades, por medio de un sistema de trabajo explotador, basado en la constante agonía del reloj, que dificulta por modo extraordinario la dedicación vocacional y la libre y amplia especulación del espíritu, sin la cual no puede haber obra fecunda de pensamiento y de belleza.

## Guajiros en Nueva York\*

Los guajiros han venido por primera vez a Nueva York. Los trajo Antonio Gattorno, el pintor menudo y silencioso que siempre se parece a sus cuadros. Tanto, que ahora ha venido a descubrirse que también él tiene, a pesar de su aire inconfundible de ciudadano pulido que ha visto ciudades y barcos, algo así como un alma de guajiro, recogida y tristona, que se manifiesta en lo exterior por esa fragilidad física y ese color palúdico, que él ha traído a Nueva York en los guajiros de sus cuadros, siempre impávidos, trágicos, silenciosos.

Desde las ventanas de la galería del French Institute, los guajiros contemplaron las últimas nevadas, y vieron, indiferentes, el asombro de los yanquis robustos y colorados, ante tal amarillez en medio de tanto azul, de tanto sol resplandeciente. Después, muchos de esos guajiros se han ido, siempre indiferentes, siempre melancólicos, a adornar rincones de turistas viajadores. Uno de ellos, obtuvo un premio en Chicago. Y, en general, el mérito del conjunto ha sido recogido por algunos nombres de categoría, como John Dos Passos y Ernest Hemingway.

Hubo óleos, y, sobre todo, tintas. Hubo algunas cosas que parecían antiguas, que no eran lo que el resto de la exposición. Por ejemplo, el óleo de dos hermanas, sin humano pergeño, pero reales sin duda, en trajes azul y gris indecisos, con sus manos resignadas, cuya monstruosidad rima con el paisaje estéril de río estancado, lomas silenciosas y cielo inmóvil de un trágico color violado. Y un árbol seco que en vano intenta retoñar a la orilla del río sin corriente.

\* *Bohemia*, año 27, no. 25, 21 de junio de 1936, pp. 11 y ss. Este artículo obtuvo póstumamente el Premio Justo de Lara. Fue remitido al concurso por la señora Bertha Arocena de Martínez Márquez.

## **Los «descubrimientos»**

Antes, cualquiera habrá pintado en Cuba chivos y auras tiñosas. Pero, que yo sepa, esta es la primera vez que los he visto como protagonistas, como partes del alma del paisaje campesino. Porque esto es lo que significan en los últimos cuadros de Gattorno estos «personajes» de la vida rural cubana. Tienen, evidentemente, algo de símbolo y mucho de función. El aura ha sido empleado de Sanidad al servicio del guajiro y el adorno elegante del cielo; tan elegante que parece inmóvil, por majestuoso, a pesar de su vuelo de rápidos planeos. El chivo, fuera de toda evocación politiquera, es el recuerdo de un pueblo que de todo saca energía, vitalidad, protesta y burla. Gattorno los ha traído al arte cubano, en su justo rango, junto con el penco cargado de yerba guinea, el guajirito raquíptico, narigonero, con manos de hombre y cara de hambre; junto con las mujeres deformes por una maternidad reiterada; junto con las «guarimínicas» o «guaricandillas», que no pueden dejar su cabeza sin el lacito de cinta «punzó»; junto con el color palúdico, malárico, color de sol enfermo, color de sol de eclipse, de los pobres hombres siempre cansados y siempre incansables. Los pobres guajiros explotados, que apenas ganan para comer con su trabajo de sol a sol y sobre los cuales, como una carga más, tantos estúpidos han echado encima la calumnia de la vagancia.

## **Hacia lo social**

Toda esta pintura última de Gattorno no gusta sólo porque sea buena. Y es buena. El dibujo, siempre fino y humano, y el color «lumínico» de las tintas, los contrastes entre los azules profundos, añílicos, de los cielos y los patéticos rostros amarillentos; los verdes potentes de los platanales y las palmas y la acusación roja de las tierras, son magníficos en sí, pero mucho mejores son por la intención lograda al usarlos. No hay duda de que, sobre todo desde un salón próximo a la Quinta Avenida de Nueva York, todos estos cuadros

han mostrado su clara motivación social. Han mostrado, ante rostros, rojos de todas las vitaminas, de todas las abundancias, el hambre de un pueblo entero desconocido, pero falsificado. Por eso, además, ha sido estupendo, que no trajera rumberas, mulatas de solar y negros de bongó. Y no porque en todo esto, que también es verdad que es parte vibrante de nuestra vida, la cara alegre de la tragedia, no haya también un empeño claro de interpretación nacional y social. Sino porque, sobre todo aquí en Nueva York, a través de cabarets malos y de artistas peores, lo mismo que se ha falsificado a México y a la Argentina, se ha falsificado a Cuba. Y según México ha devenido puro charro (charro, desde luego) y Argentina puro tango (malo), Cuba aquí no es ya más que una rumba descomunal. Por ello, para muchos, para casi todos los que vinieron a ver los cuadros de Gattorno, los rostros guajiros, imperturbables, amarillos, hambrientos, acusadores, han sido como una preocupación, una interrogación, un descubrimiento. Ya para muchos, allá en Cuba hay algo más que rumberos. Hay «guajiros».

### **El color de lo «incoloro»**

Además, se ha demostrado otra cosa que no necesitaba ser demostrada más que para los que de Cuba no conocen sino el Parque Central y los arbolitos recortados de la Plaza de la Fraternidad. A saber. que hay en Cuba colorido, vida pintoresca, personajes propios, motivos singulares inexplorados. Y el hecho de que hasta ahora no haya habido verdaderos pintores en Cuba no tiene otra explicación que la misma que puede darse al hecho de tantas otras cosas que han faltado: carencia de oportunidad y sobra de hostilidad.

Gattorno, para hacer sus cuadros, se fue, —y se fue deliberadamente, según confiesa— a las llanuras de Colón, en donde la tierra es más seca, el sol más igual, los montes más escasos, los ríos más pobres. Y en ese medio supo encontrar a los protagonistas, a los sujetos pictóricos. Y no es sólo

talento. Es, simplemente, que los había, que allí estaban desde mucho tiempo, esperando que pasara un pintor, un artista.

De allá, de las llanuras inclementes de Colón han venido a Nueva York, con su anemia guajira, con su color malárico, con sus ojos estrábicos, bizcos, hombres flacos de guayaberas punteadas, mujeres grávidas de razas confusas, y pechos y vientres deformes; han venido azules tempestuosos, llanos rojos, troncos de cocoteros y palmas y anchas hojas de los platanales, frescos y verdes como los ríos con sombra. Ha venido la acusación del paisaje y de los hombres.

Una vez, frente a la ventana donde estaba el pintor, pasó un «aguijonero» y miró al artista. En la tela quedó, sobre el horizonte y el cielo azul de la mañana, la guayabera rosa dando vida a un rostro lívido, bajo un sombrero de yarey que denunciaba la potencia solar.

Por un camino viene un hombre con una «mano» de plátanos burros sobre el sombrero y bajo el brazo un gran mazo de yerba de guinea. Viene rápido y apenas lo puede seguir el hijo.

Por otro camino viene un penco casi cubierto por la yerba en bandas. Detrás, sobre otro penco hambriento se «derrenga» un guajiro.

Al fondo hay un crepúsculo. Hacia él viajan un hombre y un niño de espaldas cansadas y enormes pies descalzos. En el crepúsculo está la fábrica. Los campesinos vienen de la tierra, guataca al hombro.

La lavandera va a entregar la ropa en la canasta y se va por un trillo; las madres cargan sus hijos pequeños y llevan otro en el vientre; contra el cielo azul, en las cabecitas infantiles hay siempre la chispa de la cinta «punzó». ¡Siempre! Siempre también, los campesinos de Gattorno, como él, tienen los ojos claros, ojos de esmeralda o de zafiros. De vez en cuando, una negrita de senos pimpantes y pelo de espuma negra; y algunos desnudos, como el de las que reposan entre un platanal cuajado de blancas campanas elegantes. Pero siempre, vuelve el tema. y están los muchachos con su chivito negro y blanco, «pelando» sus trozos de caña, mientras

piensan donde «amarrarlo» «que no se lo coma todo». Y los bohíos, lejanos y cercanos; y el padre, con los tabacos en el bolsillo de la guayabera y las palmas que se inclinan sobre el bohío, con el recuerdo del último ciclón, mientras un hombre pasa contra el viento, oculto por el enorme sombrero y otro se dobla sobre la tierra, escarbando con la guataca; allá en lo alto, el aura es arrastrada por un tempestuoso viento azul.

Taburete y bohío; cielo y tierra; caña y chivos; auras y pencos; hombres y hambres... Cuba campesina... Eso es lo que trajo Gattorno a Nueva York... Y los guajiros, que han aguantado tanta hambre, también han soportado el frío. Muchos de ellos se quedarán aquí para siempre. ¿A qué volver?

### **Futuro**

Pero Gattorno quiere más. En realidad, siempre ha querido más. Y esta es la única manera de hacer algo y de que ese algo valga la pena del esfuerzo. Además, tiene hace tiempo una obsesión, es decir, un propósito. Es pintor con brújula, con rumbo. Algún día, hará murales. Eso es todo. Después que hacía decoraciones teatrales la idea se le clavó como una espina. Le da dolor que todavía no se pueda hacer pintura mural en Cuba. Una vez, junto con Jorge Rigol —que por cierto estaba realizando un prometedor trabajo— comenzó a pintar un local del Ala Izquierda Estudiantil en la Universidad. Una de las avalanchas de la reacción devastó aquel comienzo. Desde entonces está seguro de una cosa: no habrá pintura mural en Cuba sino con la revolución. Si es que quiere ser grande. Mas la esperanza no ha de perderse. Gattorno, en la evocación de lo que hay que pintar todavía, proféticamente cree que su generación pintará a Cuba.

Y si ello es verdad, para esa fecha, los pintores harían bien en irse a Oriente, a ver los «arrollados» de Santiago, las «tumbas» de los Hoyos, los «origué» de Monte Oscuro, las lavanderas de Bayamo; o los esteros de Morón, en Camagüey,



donde viven los carboneros, entre fiebres y mosquitos, como en la Ciénaga de Zapata. Tal vez haya en esto, como en otras cuantas cosas, lugares y motivos, mayor interés cubano que en los autorretratos pensativos, los paisajes sin nadie, los callejones de París, los marinos de pipa, y hasta que en el nobilísimo e inmortal perfil de la Venus de Milo y de yeso, tan poco parecido al María Belén Chacón.

¿Será algún día Gattorno un gran pintor mural? Esto no es un problema del horóscopo ni del «querer es poder», de Marden, el inmenso predecesor de Brisbane. Es un problema de tema y de técnica, de verdad y de fuerza. Gattorno tiene el tema y la verdad. Sin duda, hoy es un pintor cubano que ha dejado los espejuelos de París. No queda por resolver más que una incógnita: la de la magnitud. La de saber si tiene o no ese sentido de lo grandioso y sencillo al par que da aliento y triunfo a la pintura mural contemporánea.

Mas no hay temor. Cuando llegue la hora, no será él sólo quien se lance a la empresa, porque es incuestionable que de su generación para acá, en Cuba, son muchos los artistas que saben que no hay arte sin palpitación de la vida y varios los que, como él, han abordado ya los temas tabú. Alguno llegará a la cima y olvidando «la conquista de París», será el gran pintor de Cuba.

## **APÉNDICES**



## Relato de la guerra\*

Es un relato de la revolución, y, en realidad, no es ni más ni menos extraordinario que otros de los muchos oídos en la prisión. Es la guerra, la guerra civil la que trae tales cosas tan propias para ser contadas.

El hombre había llegado barbudo y con los pantalones llenos de sangre y los zapatos de fango. Aquellos días fumaba mucho y en silencio se pasaba todo el día... Aquellos días las más espantables noticias corrían y misteriosos traslados de presos ocurrían. A uno, a dos mejor dicho, se los llevaron una noche y todavía no tenemos noticias de ellos.

Sin embargo, más tarde entramos en intimidad, cuando el gobierno logró aplastar el movimiento, y entre la banda de asquerosos políticos, victoriosos y vencidos, comenzó el consabido movimiento por una «ley de amnistía que borre los errores y quite la barrera que separa a los hermanos de una misma patria»... ¡El cuento de siempre! El triunfo de la canalla, mientras el grupo interminable de los infelices había dejado la vida en el monte y su pánico en las cárceles y cuarteles.

Bueno, pero el caso es que por entonces fue que comenzamos a hablar, y un día entre bromas yo le hablé de su impresionante silencio de los primeros días. No hizo más que sonreírse muy pálidamente. Y luego, al otro día o después, me contó su episodio, que en realidad no era de él. Fue así:

El doctor Alvarado era abogado en Camaguey y él trabajaba con el doctor Alvarado. El doctor Alvarado era político opositor, y hasta orador de combate en ocasiones, y él se hizo también opositor. El doctor Alvarado, cuando llegó el momento del alzamiento, cogió el caballo y se fue para el monte, hacia el lugar en que debía alzarse y él, naturalmente, lo acompañó.

\* Esta narración se omitió involuntariamente en nuestra edición de los Cuentos completos de Pablo de la Torriente Brau (La Habana, Centro Cultural Pablo de la Torriente Brau, 1998).

Después de todo, una revolución no suele ser una cosa tan peligrosa como aparece luego en la historia. Y si no fuera así ¿cómo explicar la existencia de tantos veteranos de todas las revoluciones? ¡Vamos!

Sin embargo, ¿por qué negarlo? Ya una vez sobre el caballo oscuro y desconocido, bajo la ceiba gigante, a la salida, en la noche negra, algo impresionante comenzó a sentir. No era miedo de seguro, pero tanto él como el doctor Alvarado, comenzaron a hablar muy bajito, como si alguien los viera desde lo alto del árbol. Un aura aleteó lentamente para cambiar de palo y los dos se estremecieron. ¡Bien que se acuerda!

Cuando el guía que debía acompañarlos se acercó tan silenciosa e invisiblemente que sólo vinieron a verlo cuando les habló, fue un verdadero sobresalto lo que sintieron... Tres hombres, sin embargo, sienten muchos menos miedo que dos, y así ellos partieron por un trillo lateral a la carretera internándose por un monte espeso, negro, profundo e interminable. Trotaban los caballos a veces, y a veces chapoteaban por el fango de las charcas hasta manchar los estribos.

Un vez, impresionado por la lobreguez del monte, el doctor Alvarado, comenzó a silbar muy bajo una canción y el guía en el acto lo hizo callar. Otra vez quiso él mismo encender un tabaco para ver algo y apenas el guía sintió rayar el fósforo, le gritó en voz baja que apagara enseguida, y habló de emboscadas a la salida del cayo y de que había que llegar sin ser vistos hasta la cantina.

No hacer nada da miedo. Y, además, la noche, el silencio, el aletear lento y bajo de las lechuzas, la imprevista respiración honda de los caballos... Todo da miedo cuando uno va para la guerra. Esa es la verdad, qué caramba, decía mi compañero. Y, sobre todo, lo que da más miedo es lo que se deja detrás: la casa, la mujer de uno en la cueva del enemigo, el hambre de la familia si se pierde o si se muere. «Ya cuando uno está en camino, dentro del monte, es que se da cuenta de que lo que dice la historia es verdad... La guerra es algo serio»...

Llegaron por fin a la cantina aislada, en mitad de la sabana interminable, como a las tres y media de la madrugada, y aunque la luz estaba apagada, el cantinero, viejo negro veterano, los esperaba. Antes de que se desmontaran les dijo: «Hace una hora pasó la rural por aquí y dijeron que iban en vuelta de La Luisa. Los mandaba el teniente Portal. Eran como treinta. Ya saben que la revolución

ha estallado»... Este aviso nos puso un poco nerviosos, es la verdad, pero nunca pensamos que fuera a impresionar tanto al guía como para dejarnos plantados. Porque nos dejó. No pudimos evitar que se fuera, alegando que ya había hecho bastante, que tenía familia y que no quería morir colgado de una guásima... Le dijimos que era un cobarde y un traidor, pero se fue. Debimos haberlo matado, la verdad...

El doctor Alvarado reflexionó un momento y me dijo: «Nosotros no podemos echar para atrás. Cueste lo que nos cueste, tenemos que seguir. Hay hombres, muchos hombres esperándonos y no podemos dejarlos enganchados. Además, ya yo había contado con esto.» Y registrando sus alforjas, sacó un largo plano en ferroprusiato. Le pregunté al cantinero si podía encender el candil y como este respondiera que sí, nos bajamos de los caballos y entramos en la cantina, donde, sobre una vieja mesa, extendió el plano que traía marcados los caminos. Por él comprobamos que a unos dos kilómetros de la cantina el camino se partía en dos, cogiendo el de la derecha para La Luisa y el de la izquierda para La Matilde, que era precisamente la finca en la cual debían concentrarse los alzados. El doctor Alvarado pensó breves momentos y comprobó con el cantinero si en efecto los caminos se dirigían a esas fincas, si había llovido mucho aquellos días, y el tiempo que tardaríamos en llegar, y como los informes fueran favorables, montamos de nuevo a caballo y continuamos el camino.

«Si tenemos suerte llegamos al aclarar a La Matilde, me dijo Alvarado al poco rato. Y no habló más en el camino hasta que de pronto paró el caballo en seco y volviéndose hacia mí me expresó su duda instantánea: «¿Y si han dejado una emboscada en el cruce?»... La pregunta daba frío. Porque el teniente Portal sabía ya la noticia del alzamiento y conocía la condición de opositor del doctor Alvarado. Además, eran enemigos personales por varios motivos que más vale no nombrar... El cuento de que iba a visitar a unos clientes y que estaba preparado de antemano, para la cuestión de unos deslindes, no valía ya. «Pero ya no queda más remedio que seguir» —dijo Alvarado— y con una serenidad que daba alientos, puso el caballo al trote y pronto pasamos al galope por el cruce con los ojos abiertos hasta el límite y los revólvers en la mano, dispuestos a no dejarnos coger... Un kilómetro más allá, cuando aguantamos los caballos, todavía el corazón nos latía con fuerza. «¡Por fin!» —dije yo—, y Alvarado se rió de buena gana.

Al aclarar, en efecto, divisamos La Matilde al salir del último cayo del monte. La casa se divisaba a un kilómetro en la sabana abierta. Ni un hombre cruzaba el camino ni circulaba por todo el contorno. Alvarado me dijo: «Francamente, no me gusta esto. Parece que la gente no ha venido todavía. Porque si no, aquí debían haber puesto una guardia»... Y luego, como si hablara consigo mismo, dijo: «Pero bueno, si el ejército hubiera llegado antes no hubiera dejado de poner aquí una emboscada... Vamos, vamos para allá»... Y para allá nos fuimos, y sólo las vacas de ojos inmensos y asombrados nos miraban pasar. A la puerta de la finca nos paramos por última vez; pero era pueril, caso de haber alguien ya no había chance de escapar y nos acercamos a la casa. Antes de llegar a ella lo primero que oímos fueron las carcajadas y el entrecejo se nos desarrugó. Efectivamente, las carcajadas no hicieron más que preceder a los diez springfields de reglamento y al teniente Portal que reía de una manera insolente y cruel... «¡Ah, cabrón, caíste en la trampa —decía dirigiéndose a Alvarado—. Ya van cuatro... ¡Qué brutos son!... Si así van a tumbar al gobierno que me lo claven aquí...» Y hacía un gesto grosero que aumentaba sus carcajadas, que acompañaban los soldados de muy buena gana por cierto. Luego, como concediéndolo, dijo: «Sí, llevénselos, que acompañen a los otros»... Y cuatro soldados y un cabo nos hicieron rodear la casa hasta llegar al muro del traspatio... Allí había en el suelo dos hombres fusilados, llenos de sangre... Alvarado, al verlos, se puso más pálido aún, pero sólo dijo: «¡Los pobres!» Yo no los conocía. Parecían guajiros... El cabo, con una crueldad brutal nos dijo tranquilamente: «Bueno, pues los fusilaremos.» Y se sentó sobre una tinaja grande de la esquina. Un soldado yo lo conocía y me dijo: «Con nosotros está tu hermano»... Con una última esperanza le supliqué: «¿No lo puedo ver? Aunque sea un momento!» «Él está hablando con el teniente» —me respondió. Mi hermano es guardia rural. Tanto Alvarado como yo, tuvimos desde ese momento grandes esperanzas, pero los minutos pasaban con una lentitud atroz, y los soldados contaban con gestos grotescos el terror de los infelices compañeros fusilados poco antes y en sus caras se veía que no esperaban que el teniente dejara de fusilarnos también... Aunque en voz baja, Alvarado me dijo: «¡Qué chusma, esta fuerza estaba también comprometida. El sargento era de la causa y había hablado conmigo varias veces. Hasta dinero me debe!». Luego, con una serenidad que admiraré siempre, me dijo más bajo aún, en

medio de las burlas de los soldados: «Si tienes un chance procura hacer desaparecer la lista que tengo en mi bolsillo interior. Por suerte no nos han registrado»...

Pegados al muro, con los dos muertos al lado, estuvimos más de veinte minutos. Al fin vino el teniente con mi hermano que me abrazó y dijo: «Este los ha salvado por ahora. El sargento los llevará hasta Camaguey. Pero tú no te escaparás tan fácil» —y se dirigió a Alvarado—. Este sonrió con todo el desprecio que es permitido en semejantes circunstancias a un hombre que prefiere la prudencia a la temeridad inútil.

Sin soltarnos las amarras de la espalda, nos encaramaron en dos caballos y nos pusieron delante de la pareja que iba a acompañar al sargento... Como este conocía bien a Alvarado, se había mostrado ante todo más áspero que ninguno, al poco de ir caminando, mi compañero me dijo: «He llegado a la conclusión de que toda esta gente tiene miedo de que la crean vendida»... Su voz había sido muy baja pero el rumor les llegó a los soldados y el sargento picando con la espuela al tejano de dos saltos se puso a nuestro lado y nos dijo casi con fiereza: «¿De qué hablan?» Y luego, imperceptiblemente, agregó: «Hay que disimular doctor. Ya hablaremos»... Al poco rato nos dieron el alto. Creo que fue el momento en que más miedo tuvimos, porque habíamos oído cómo el teniente Portal, con una desfachatez asquerosa le había dicho al sargento: «Sargento, ya sabe, pongálos a la cabeza, y si son tiroteados los dos primeros balazos métaselos a estos»... Pero el sargento respondió: «¡Fuerzas leales!» Y del mismo lugar donde habíamos divisado la soledad inexplicable de La Matilde, salió la emboscada del Ejército, que sin duda nos había tenido enfocada con sus rifles, pero que sólo tenía la orden de detener a los que regresaban de la finca y no a los que iban hacia ella. «¡La trampa!»...

En el primer alto que hicimos, después de varias horas de marcha bajo el sol terrible, sin tomar agua, estropeados por la emoción y el camino, el doctor Alvarado, que tenía dotes persuasivas, le preguntó al sargento delante de los soldados: «Sargento, ¿usted ha recibido órdenes de matarnos los primeros si son acometidos, verdad?» «Sí, sí —se apresuró a contestar el guardia rural—. Y añadió: «Y que lo cumplo, no digo yo»... «Bueno, yo no digo que no nos mate —le alegó hábilmente Alvarado—, pero fijese en esto. Si usted nos mata y por casualidad las fuerzas lo vencen en el



tiroteo, lo que puede suceder, al cogerlo prisionero lo fusilarán también a usted y a estos pobres soldados al ver que han matado a amigos suyos. Usted lo que debe hacer es sostener el fuego, y después, si le parece, nos mata»... «Sargento, yo creo que tiene razón» —dijo uno de los soldados, mientras el otro asentía. Y con su voz apresurada de bruto, el sargento respondió: «Sí, sí yo creo que tiene razón... Bueno, de todas maneras, ya veremos lo que se presenta.» Aunque poco, algo nos parecía que habíamos obtenido.

El sargento nos dejó alejarnos deliberadamente y Alvarado aprovechó para contarme que aquel hombre era cliente suyo, que tiempos atrás lo había defendido de una acusación de violación, que aún le debía parte de los honorarios que ya no pensaba en cobrar, y que era de la causa, pero de los más comprometidos... Hasta esperanzas tengo de que nos dé una oportunidad de escaparnos. Yo sólo dije, «Jum». No sé, no me gustaba el tipo aquel.

Como a las tres de la tarde hicimos otro alto y esta vez Alvarado con su habilidad, obtuvo el que nos soltaran las manos, elogiando antes la buena puntería que debían tener y que hacía inútil todo intento de huida. Esta vez, también, la vanidad halagada cedió. Y Alvarado consiguió lo que quería: un chance para comerse la lista que llevaba en el bolsillo.

Por el atardecer, cuando ya avistábamos casi al final de la sabana, una casa en donde obtendríamos comida, el sargento se nos acercó y le dijo a Alvarado: «Sígueme doctor.» Y adelantó un buen trecho su caballo. Era, indudablemente, para hablar con él. Un cuarto de hora después dejaron que los alcanzáramos. A pesar de su disimulo, yo descubrí en la cara de Alvarado una alegría tremendamente contenida. Con mucho disimulo, tropezando los caballos, Alvarado me lo fue contando todo: «Tú estas salvado. Tu hermano es muy querido del teniente y le concedió tu vida. Pero la mía está en el hilo. Ese canalla le ha dicho al sargento que procure eliminarme. Mi suerte es grande. Este me va facilitar la fuga. Cuando lleguemos a la casa se llevará a comer a los soldados atrás y me escaparé escondiéndome en el cayo que está cerca. Intentaran seguirme un buen tramo y yo les quedaré detrás. Tengo muy buenas noticias. El sargento me asegura que sigue siendo nuestro, pero que todos están esperando el cuartelazo en la ciudad para secundarlo. Me ha hablado horrores del bribón de Portal. Dice que

parece que tuvieron una confidencia y por eso se anticiparon a llegar a La Matilde.

«Cogieron a la familia y la llevaron amarrada hasta dentro del monte. Los dos guajiros ahorcados fueron los primeros en llegar. Según me dijo el sargento piensa guindar a todo el que aparezca allí en el día de hoy. Fíjate que situación. Y sin tener con quien avisar. Si consigo un caballo en cuanto me escape vuelvo hacia atrás y trataré de burlar la guardia para avisarle a alguien. Es horroroso pensar en la muerte estéril e inútil de tanto buen amigo»... Yo le expresé mis dudas a Alvarado, le dije que no me gustaba el tipo aquel, mitad bruto y mitad ladino... Pero Alvarado disipó toda polémica cuando me aseguró que el hombre era de la causa, que él mismo le había entregado dinero en dos ocasiones y que personalmente le debía la defensa del juicio por violación. Y, además, en último término, tenía que escaparse para dar lugar al tiroteo a fin de que el sargento se justificase ante el teniente, pues este le había dado órdenes claras de que le facilitaran la fuga a fin de tener un pretexto... No quedaba más camino y tenía muchas esperanzas de que fuera bueno.

Nosotros llegamos al atardecer a la casa que hacía una hora estábamos divisando desde la sabana. Estaba cerca de una línea de monte que se prolongaba en la distancia hasta unas lomas, tan lejanas, que se confundían con las nubes. De la casa a los primeros árboles no habría más de cien metros. «Ya tú ves» —me dijo Alvarado—. Yo ya empecé a tener esperanzas. Y hasta me alegró, como si fuera un hombre libre, ver a dos perros que jugueteaban a la puerta de la finca, revolcándose por el suelo y dando locas corridas, y que de pronto, al vernos llegar por el camino, se plantaron recelosos y comenzaron a ladrar. No sé por qué me impresionó tan amablemente aquel pedazo campesino de la tarde.

Bueno, como ya habíamos llegado a la casa —donde nos recibieron con un gran temor, por cierto— nos dispusimos a realizarlo todo de acuerdo con las instrucciones. El sargento ordenó a la familia que se retiraran al fondo, a la cocina, y que preparara enseguida algo de comer, lo mejor que tuviera y café. Todos nos bajamos y nos sentamos en el portal y cuando estuvo lista la comida como había convenido con Alvarado, pedí al sargento que me llevaran al excusado de la casa, tanto para justificar el que se dejara solo al otro prisionero como para alejarme de mi compañero y evi-

tarme una complicación en algún juicio. Porque el Sargento había exigido que yo no me fugara también.

Todo se hizo bien y yo comenzaba a sentir la secreta alegría del éxito. Cuando pedí que me llevaran al excusado, los soldados y el sargento acababan de oír la voz que les anunciaba que ya la comida estaba lista y caliente, y el sargento dijo: «Sí, acompáñenlo, y vengan enseguida a comer.» Y entramos todos en la casa para ir hasta el comedor del fondo a comer. Había tal silencio en la casa que parecía abandonada. Cuando llegamos al colgadizo del fondo, dobló el sargento a la derecha y le quitó el rifle a un soldado. Vi en su cara una sonrisa malévola y traidora que me lo hizo adivinar todo. En mi segundo de vacilación él había comprendido que yo iba a gritar y fue entonces que sin escrúpulo ninguno me dio un culatazo en la boca que casi me hace perder el sentido... Por eso me faltan los dientes... Y abrió la boca como si ello fuera preciso para que yo viera que efectivamente le faltaban, pero a pedazos... Cuando me vine a dar cuenta, la sangre caliente me corría por la cara y la ropa y me apuntaba un soldado. En la esquina de la casa, el sargento, de rodillas, apuntaba. Todo estaba silencioso y parecía la trampa de alguna cacería. La muchacha de la casa que había traído la comida, estaba pálida de susto a mi lado. ¡Qué minuto de angustia! Yo no sé como Alvarado no se dio cuenta de tanto silencio. Por fin el sargento, con una risita asquerosa, hizo fuego dos veces seguidas y yo oí como entre sueños el grito del amigo... Luego, lo fue a ver muerto, ordenó a gritos la comida y cuando pasamos por su lado le movió la cabeza muerta con el pie enfangado y le dijo con sorna «¡Ya te pagué, ya estamos en paz y no me vendrás con más historias... ¡Y tú dale gracias a Dios! —me dijo a mí...

Esto es todo, nada más que un relato de la revolución.

## La Nochebuena del año que viene\*

...Y hacía frío y hacía poco la mamá se había muerto...

«Por eso es que papá está triste» —pensaba el muchacho con sus nueve años angustiados por tanto silencio...

¡Qué distinto era todo!... El año pasado, en la casa su hermanita y él comían dulces y gritaban y vinieron los amiguitos del barrio y los compañeros de la escuela y todos hablaban y se contaban cosas «del otro año» y de que habían visto muchísimos juguetes, y dulces grandes, así «como casas de muñecas, casi»... Todo había sido una alegría tumultuosa esperando que al día siguiente, cuando llegara la Nochebuena, todavía había de haber más dulces, más avellanas, nueces, manzanas y turrónes..... Y traerían un puerquito asado, con su rabito tostado, que se rompería como un caramelo... Y el pescado muy grande con la salsa amarilla por encima, y las lechugas y los rabanitos colorados. Y, luego, el arbolito de navidad, lleno de luces, de velitas azules, rosadas y verdes y de bolas de cristal brillante, y muñequitos y juguetes colgando de las ramitas del pino... ¡Ah!... ¡Pero entonces mamá estaba viva!... ¡Qué mamá!... ¡Mamá sí que era alegre... más que un muchacho... era alegre como la playa... como la arena y el agua que siempre juegan!... Mamá siempre jugaba con nosotros y el arbolito de navidad la ponía contenta, contenta... que se sentaba en el suelo y le daba vueltas y hacía pasar aprisa los juguetes... y los muñecos, con los brazos abiertos, parecía que pedían auxilio de tan aprisa que mamá los hacía dar vueltas... ¡Mamá era muy bonita, pero tenía cosas de muchacho, de muchacho varón, como yo...!

\* *Ahora*, Sección Dominical, domingo 23 de diciembre de 1934, p. 8. (A punto de concluir el proceso de edición de este libro, encontramos este cuento de Pablo de la Torriente del que desconocíamos su existencia, pues no había sido incluido en ninguna de las bibliografías activas del autor. Evidentemente, por la fecha en que se publicó, se trata de un cuento por encargo. Su valor reside en que, entre otros rasgos de la personalidad de Pablo, en él se puede apreciar su actitud optimista ante la vida.)

Y al niño, al calor de los recuerdos maternos, se le fue iluminando la cara con una alegría triste, con una tristeza sonreída, que acabó por sacar al padre de su melancólica abstracción.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—¡En mamá... la pobrecita mamá! Si ella estuviera aquí tú estarías alegre y mañana habría fiesta y cenaríamos con el arbolito que ella preparaba todos los años!... ¿Te acuerdas el del año pasado qué bonito fue?

—Sí, me acuerdo, como no... Pero este año, aunque estuviera mamá, no habría fiesta... Ya yo no tengo nada... yo no tengo trabajo... Todavía no sé si comeremos algo siquiera... ¡Es mejor que se haya muerto, la pobre!...

—¡Eh!... ¿cómo no iba a haber nada?... ¡Mamá nunca estaba triste, como tú!... Tú no debieras estar triste, callado ahí en el sillón, que das miedo de hablar... Si mamá viviera no estaría triste ahora, como tú... ¿Por qué no te ríes?... También tú antes jugabas con nosotros y con ella, cuando nos tirábamos todos en la cama, ¿te acuerdas?...

Al padre casi se le escapa un sollozo por los recuerdos cariñosos del niño y le dice muy serio, tratando de ser sereno, casi infantil:

—Mira, tú eres un niño todavía... Tú no puedes comprender ciertas cosas... Yo estoy triste por muchas cosas... Precisamente porque mamá era tan alegre yo estoy triste... ¿no comprendes?... Además, yo estoy sin trabajo... no tengo dinero... y me da vergüenza pedir prestado cuando sé que no lo voy a poder pagar en mucho tiempo... Y me da pena no poder hacer una cena alegre y bonita mañana y regalarles cosas a ti y a tu hermanita...

El niño se quedó un rato pensativo y después, sin parar, rompió a hablar, rápido y contento:

—Eh, bobo, no estés triste... Nosotros nada más que lo estamos porque lo estás tú... ¡Claro! Si tú estás serio y callado y no juegas ni nada, pues a nosotros nos da [tristeza] y nos ponemos a pensar en cosas. Pero mira, si no hace falta cenar ni nada, porque total, a Lila, como no hay juguetes, pues le entra sueño enseguida...

Y tomando una actitud cómicamente seria, prosiguió:

—...Y ya yo soy un hombre que ni necesita juguetes ni le hace falta cenar... Lo que no se debe es estar triste... Una vez que yo vine llorando del colegio, porque me habían dado una nota mala, mamá

me dijo que «no era una esperanza, sino una obligación, ser feliz, estar alegre». ¿Tú no te acuerdas cómo ella siempre lo decía?...

El padre, conmovido, acarició la cabeza del hijo a quien la vida, prematuramente transformaba en hombre, y aunque pensaba en que Lila era muy pequeña aún para exigirle cualquier sacrificio, una luminosa esperanza comenzaba a abrirse en el pecho, lleno de orgullo por el hijo alegre por el buen recuerdo de la mamá muerta... Algo como una inundación de alegría echaba a andar su antiguo jocundo optimismo, y el hijo, como un sutil acompañante, canturreaba una risueña canción infantil...

De pronto dijo:

—Ven, vamos a la calle, vamos a pasear.

Y aunque la noche estaba fresca y un viento de burla se llevaba los sombreros, se fueron para la calle, a pasear, a mirar la animación de todo, a contemplar los juguetes y los dulces y las frutas... a ponerse alegres con la alegría de los demás... ¡a recordar los recuerdos alegres y dichosos de la otra Navidad!...

Un hombre pasó con una canasta de manzanas que parecía una pirámide de rosas: otro, en un carrito, hacía humear las tibias castañas, y en un puestecito de cristales, tres lechoncitos con muecas burlonas, como si no les doliera, se dejaban picar en sabrosos pedazos... ¡De todo había por las calles!

Un pobre pasó ofreciendo mil pesos en un pedacito de billete...

Al chiquillo se le abrieron los ojos:

—¡Oye, papá, mil pesos... mil pesos...! ¡Oye, con eso sí que tendríamos cosas!... ¿Qué tú harías si tuvieras mil pesos?

—¿Con mil pesos?... Pues mira tú, mañana tendríamos la gran cena... Compraríamos un lechoncito, y un pavo, y turrone y frutas, dátiles, higos, almendras, dulces, membrillos, un arbolito con juguetes y luces... la mar de cosas, muchacho, y todavía sobran muchísimos pesos... Mil pesos son muchos pesos... Bueno... ¿y tú?... ¿Tú qué harías si tuvieras mil pesos?...

—¿Con mil pesos?... ¡Muchísimas cosas!... Mira tú, yo también haría todas esas compras, pero como nos iba a sobrar mucho dinero, pues me compraba una finquita y allí iba a tener lechones, y pavos, y gallinas... Y en un río que pasara, muchísimos pescados y patos y un bote... ¡Ah, y una vaquita con su ternero, y un chivito, y caballos también y bastantes perros... Y tendría sembradas lechugas y rabanitos y de todo, y así, cuando llegara todos los años la Nochebuena, pues tendríamos siempre con qué celebrarla... Y

habría allí pájaros de verdad y no de cuerda y pinos verdes para los arbolitos... ¡De todo habría! Y ni juguetes harían falta porque cuando vivíamos en el campo con Tribilín, el carrito y el chivito *Ramón*, teníamos de sobra y muchas veces lo llenábamos de guayabas... ¿Te acuerdas?

Y así, de imaginación en imaginación el padre y el hijo fueron haciendo fantásticos repartos del dinero que no tenían, realizando viajes, comprando cosas y distribuyendo una parte que siempre les sobraba... Y tan contentos se habían ido poniendo que al llegar a la casa los dos dijeron: «La Nochebuena que viene sí que va a ser alegre»...

Pero una duda le vino al padre en el último momento y se le puso sombrío el rostro:

—¿Y Lila? ¿Qué le decimos a Lila si mañana no hay nada, si no tenemos cena?...

El muchacho se quedó un momento pensativo y, luego, resuelto, aseguró:

—Yo le diré que había que matar animalitos y que a mamá nunca le gustaba eso... ¡Ella también se acuerda de mamá!...

Y, alegres, entraron pensando en lo alegre que iba a ser la Nochebuena del año que viene...

## Contenido

### Prólogo

Aventuras del soldado desconocido cubano. *Novedad y trascendencia.*

Denia García Ronda / 7

### Aventuras del soldado desconocido cubano

*Inicial.*

Raúl Roa / 31

Prólogo / 35

I / 49

II / 66

III / 73

IV / 86

V / 99

### Crítica artística y literaria

Nota del editor / 109

Reivindicación de Emilio Salgari / 113

El Cid en Nueva York / 118

Prólogo a *Versos míos de la libreta tuya* / 120

El libro de Levi / 124

Saint-Malo, violinista del trópico y de París / 126

*Dos barcos* / 131

Trago inicial (Prólogo a *Bufa subversiva*) / 136



El *vernissage* de los artistas / 139  
Edgar Allan Poe, el extranjero / 147  
Al Congreso de Artistas... / 155  
Guajiros en Nueva York / 157

### **Apéndices**

Relato de la guerra / 165  
La Nochebuena del año que viene / 173



